



EN EL PAIS DE LA GRAN MENTIRA

JESÚS HERNÁNDEZ



JESÚS HERNÁNDEZ

EN EL PAÍS DE LA GRAN MENTIRA

**DOCUMENTOS DE LA GUERRA
CIVIL ESPAÑOLA 1936 - 39**

Presentación

Narra aquí Jesús Hernández sus vicisitudes vividas en la Unión Soviética tras la finalización de la contienda española.

Continuación de *Yo fui un ministro de Stalin*, el mismo tipo de prosa servirá a Hernández para mostrarnos la gran decepción sufrida por el autor bajo la "dictadura del proletariado" y el sistema del Capitalismo de Estado implantado por los bolcheviques en la URSS tras la revolución de Octubre.

EN EL PAÍS DE LA GRAN MENTIRA

Jesús Hernández

Ex Ministro de la República Española

Ex miembro del Ejecutivo de la Komintern



Créditos

© LOURDES C. DE HERNANDEZ

G. DEL TORO. Editor. 1974

I.S.B.N. 84-312-0188-6

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Dedicatoria

A mi madre y a mi hermana, rehenes de Stalin en cualquier
lugar

-hace ocho años que no sé de ellas-
del inmenso campo de concentración que es la Unión
Soviética.

1952.

INTRODUCCIÓN

El campo literario se ha llenado en los últimos años de autobiografías; novelas y reportajes antisoviéticos. La menos profusa es la novela, que requiere dotes creadoras que no todos cuantos escriben poseen. Abundan más, mucho más, el reportaje y las memorias; en éstas, el autor deplora por lo general el no haberse producido de esta o de la otra manera, o bien estampa en las cuartillas la amarga decepción ante una realidad embustera que atenta contra su ideal; y todavía hay algunos -ino podían faltar!- que escriben sin otro propósito que el de anunciar su «barata» ideología como las verduleras los rábanos en el mercado: son los mercaderes de la fe.

Cuanto yo he escrito en estas cuartillas no pretende ser, no es ni novela, ni autobiografía, ni reportaje, géneros literarios que rebasan mis conocimientos en la materia. Es este, lisa y llanamente, un relato episódico en el que debo protagonizarme, porque me ha tocado actuar en función de agente activo, tanto en la génesis como en el desarrollo de los más dramáticos acontecimientos de la historia de España de nuestros días. A través de ellos pretendo evidenciar los móviles secretos de la política del Kremlin en la guerra civil de España.

No es empresa fácil la de desentrañar, descubrir y demostrar la ingente mentira que encerraba la tan aireada solidaridad soviética al pueblo español durante la guerra de 1936-1939. No puede ser esta la empresa de un solo hombre. y diré por qué:

Los agentes de Moscú son funcionarios perfectamente instruidos en la práctica de la conspiración más estricta. Aun en el caso de que no tengan necesidad de ocultar su función, jamás dejan tras sí la huella de una prueba escrita o de un indicio tangible que la revele. Quien incurriera en el más leve desliz sobre la regla no podría esperar suerte mejor que la del pistoletazo en la nuca o la del confinamiento perpetuo en las gélidas estepas de Siberia. Es por tanto prácticamente imposible, cuando de ellos se trata, el intento de ilustrar gráficamente una prueba. Hay que seguirles el rastro hurgando en el frágil archivo de la memoria y escarbando en la barahúnda de recuerdos personales, casi siempre diluidos o desdibujados por la lejanía. Es obvio, pues, que la obra no puede ser coronada plenamente por la contribución de un solo hombre, sino que se precisa la de cuantos han tenido relación directa o indirecta con Moscú y sus agentes en el

exterior para poder restablecer una verdad que yace sepultada bajo epitafio de amistad y de solidaridad y cubierta por la losa impresionante de la ayuda en armas a nuestra República... Por ello mi trabajo no puede ser otra cosa que una contribución más que provea de elementos de juicio al historiador de mañana.

Incurriría en error quien dedujera de la actuación del Kremlin y de sus agentes en España el deliberado propósito de empujar hacia la derrota a nuestra República. Semejante deducción conduciría de lleno a erigir una mentira para combatir otra mentira. No. En la guerra de España, Moscú jugó a que ganara Moscú. Nada más y nada menos. La causa de nuestro pueblo era para ellos como un simple peón en el tablero de sus cálculos. Si hubiera podido ganar la partida haciéndonos triunfar a nosotros a la vez, no hubiera titubeado en darnos el triunfo. Mas como viera que los tahúres rivales amenazaban con hacer saltar la banca, decidió utilizarnos como moneda de cambio en su partida internacional, a fin de poner a salvo su propia bolsa en peligro. Ni odio ni cariño hacia el pueblo español, ni sentimentalismo, ni principios, ni escrúpulos. Para Stalin todo eso no son más que palabras sin significado ni contenido de ninguna clase. En nuestra guerra juegan sólo las apetencias expansionistas, la conveniencia nacional, CHAUVINISTA, de quienes ya en aquella época comenzaban a desempolvar las apolilladas casacas de Iván el Terrible y de Pedro el Grande. Eso fue todo. La tragedia fue para cuantos cegados por la fe, o corroídos por las dudas, pero siempre disciplinados y obedientes, fuimos instrumentos dóciles de la política de Moscú, a la que en nuestra ceguera llegamos a sacrificar sagrados deberes que como españoles nos incumbían.

¿Se hubiera podido ganar nuestra guerra de haber sido distinta la conducta de los comunistas españoles? Más de una

vez se nos ha formulado la pregunta. El planteamiento de la cuestión está un poco fuera de lugar. Los comunistas en aquella época, para ser tales, no podíamos ser de otra manera que como éramos, y nos condujimos como lógicamente teníamos que conducirnos: como un regimiento prusianizado a las órdenes de Moscú, sin más jefe ni más dios que Stalin. Asentado este hecho, es obligado afirmar de inmediato que los factores de nuestra derrota están inexorablemente determinados por las condiciones nacionales e internacionales en que tuvo lugar nuestra contienda. Bloqueada la República por la «No intervención», cerrados para ella los mercados mundiales de armas, y perdidas por tal causa las ventajas iniciales que nos proporcionaran los primeros éxitos sobre los sublevados, sólo un milagro podía haber determinado que media población de España hubiera podido vencer a la otra mitad. La republicana, con escasísimo armamento, la franquista, con superabundancia de toda clase de buen material y con la cooperación activa y decidida de Alemania, Italia y Portugal, amén de la ayuda que le deparaba la indiferencia o la defección de las potencias democráticas frente a la causa republicana.

Culpar, pues, a los comunistas de la pérdida de la guerra sería, además de injusto, insigne torpeza política. A los comunistas españoles hay que juzgarlos en su actuación dramáticamente contradictoria. Los comunistas se batieron en las primeras líneas de todos los frentes con tesonera voluntad y abnegado sacrificio; hicieron prodigios de organización y contribuyeron con entusiasmo insuperable a desarrollar el sentimiento heroico de las multitudes españolas. Pero, a la vez que luchaban y morían por la vida y la libertad de su pueblo, se daba el contrasentido de que todo el contenido de su política estaba inspirado desde el extranjero y tenía por base las ajenas conveniencias que a la

larga resultaron trágicamente contradictorias con los auténticos intereses de España.

Como ahora los cominformistas de todos los países, los comunistas españoles no constituíamos entonces una fuerza nacional, sino una organización de fuerzas indígenas dependientes y al servicio del Comisariado de Negocios Extranjeros de la Unión Soviética. ¿Por qué no hemos sido capaces de comprender antes una multitud de cosas? ¿Por qué no hemos podido ver tantas otras de un modo tan simple? ¿Por qué hemos tardado tanto tiempo en reconocerlas y proclamarlas? Tiene ello una explicación. Durante muchos años hemos formado parte de una organización de masas forjadas en la disciplina ciega, en la obediencia sumisa, en la intransigencia apasionada, en la intolerancia fanática que, impermeables a todo otro razonamiento, tienen como único norte el de la defensa de la U. R. S. S. Romper con lo que se ha amado entrañablemente, hacer añicos con nuestras propias manos los ídolos por ella creados, ídolos que llenaban por completo nuestra alma, no es un proceso fácil; es, por el contrario, un proceso lento, penoso, cruel. Dejar de creer en lo que se ha creído presupone un período de crisis donde las mentiras aceptadas como verdades luchan contra verdades que se nos figuraban mentiras. Es un forcejeo entre el ideal que se desploma y la conciencia que se resiste a la catástrofe espiritual. El hombre necesita creer por ese horror instintivo a la nada espiritual que le deshumaniza. Por temor a ese vacío opta por seguir aferrado a la ilusión muerta. O prefiere una fe endeble a no tener ninguna. Quien de la noche a la mañana se declara ateo es que nunca ha creído en Dios.

Aquellos de nuestros lectores que dedujeran de esta implacable crítica a la actuación de los comunistas un intento de exculpación de nuestros propios pecados, o la justificación de los errores de los demás actores en el curso de la contienda española, comprenderían mal nuestras miras. La

unilateralidad de este estudio puede prestarse a ese equívoco. Pero me apresuro a declarar que no ha sido ese mi propósito.

Y comienzo por mí mismo. Al restablecer la verdad histórica sobre algunos acontecimientos no lo hago buscando dispensa o personal justificación. En política, los hombres se definen no por sus intenciones subjetivas, sino por sus actos concretos. Y la vileza de la política del Kremlin en España nos salpicó a todos sus servidores.

EL AUTOR

CAPÍTULO I

De la cárcel de Orán al Hotel Lux, de Moscú. Una conferencia en el viaje. El Estado especulador. Lujo y miseria. Corrupción sexual en la U. R. S. S. Un pueblo sin libertad y un régimen sin democracia. Manuiski descubre el «juego» de Togliatti. Pregunta sin respuesta. La consagración de los cobardes.

Nuestro avión descendió en un pintoresco pueblecito africano llamado Mostaganín. Las autoridades francesas nos dieron la bienvenida con un despliegue guerrero de senegaleses armados hasta los dientes. Éramos prisioneros de un nuevo adversario al que no hacíamos la guerra y como a prisioneros nos trataron. Un registro minucioso, y un despojo total de cuanto llevábamos encima. Los dos oficiales

franceses que comandaban a los senegaleses, ofrecían a éstos el espectáculo de disputarse con acaloramiento digno de mejor causa la apropiación de mi pistola Walter. Al enterarse de que yo era un ex-ministro de la República hicieron gala de la *politesse* francesa y con muchos *pardon monsieur* le ministre para arriba y *pardon monsieur le ministre* para abajo, me encerraron, en un cuartucho que habilitaron como cárcel. No tardó en llegar un ómnibus que nos transportó hasta Orán, distante unos noventa kilómetros del lugar de aterrizaje. Allí nos condujeron derechitos a la vieja prisión de Orán, desde hacía ya algún tiempo desechada como tal por considerarla totalmente inhóspita hasta para los delincuentes moros, a quienes no solían guardárseles muchas consideraciones que digamos.

Distiguióseme con un trato de favor y me dieron por alojamiento lo que antaño fuera cocina de la prisión y por cama el suelo, sucio de toda suciedad. Ni colchón ni manta. Con unos cuantos papeles de periódicos mi mujer y yo improvisamos un terreno neutro entre la basura y el cuerpo, y nos tendimos a dormir. Hacía cuarenta y ocho horas que no había cerrado los ojos. Y dormí, dormí profundamente, como si aquellos periódicos fueran el mejor lecho de miraguano.

No sé las horas que llevaba durmiendo. Me despertó un guardia de la prisión diciéndome que un grupo de periodistas quería hablar conmigo. Entraron como media docena de reporteros y un fotógrafo. Charlé de lo que quisieron. Tiraron algunas placas y se fueron deseándome buena suerte.

Trajeron la comida. Como no teníamos plato nos facilitaron unos botes vacíos de tomate enlatado. Miré el condumio: agua y macarrones. Me comí el pan. Ni mis amigos ni yo teníamos un céntimo: imposible, pues, comprar nada para suplir la bazofia que se nos daba. La esposa de Diéguez vino al cabo de un rato y nos dio unas tabletas de chocolate logradas no sé por qué generoso conducto. Me volví a tirar en el suelo y logré sin dificultad reanudar el sueño.

Me levanté muy temprano. Comencé a recorrer las dependencias de la prisión. Gran número de refugiados llegados en el «Stambrook» y en el «African Trade» poblaban las grandes galerías de la inmunda cárcel. Dormían hacinados, tirados por el suelo, todos ellos sucios y hambrientos. La Francia oficial nos acogía como una calamidad nacional. ¡Qué contraste con el gran pueblo francés!

Al día siguiente, haciendo valer su pasaporte de ciudadano soviético, Togliatti fue puesto en libertad.

Pocos días después nos trasladaban a orillas del mar sobre un campo arenoso cerrado con alambres de púas. Hasta allí llegó un mensajero de la dirección del Partido Comunista francés que me facilitó unos cientos de francos y me informó que sus gestiones cerca del ministro del Interior para libertarme del campo habían fracasado. Me permitirían salir para Moscú o para México. Al cabo de dos meses las autoridades francesas consintieron en mi liberación bajo promesa formal de mi parte y amenaza penal de la suya, de no pisar la Metrópoli más tiempo del indispensable para tomar pasaje y ausentarme de Francia.

Decidí partir para México. No me agradaba la Unión Soviética como lugar de asilo. No por hostilidad política con el régimen -que entonces no sentía, pese a todas las decepciones sufridas durante nuestra guerra, pues se limitaban estas decepciones a los hombres y no alcanzaban al sistema-, sino por tenerme bien sabido, merced a las experiencias adquiridas en mis repetidas visitas a la U. R. S. S., que este país era el menos indicado para residencia de un revolucionario «profesional». La Unión Soviética era, para el militante comunista extranjero, un remanso demasiado tranquilo, donde las mareas revolucionarias fluían por diques o embalses canalizados hacia playas prevenidas y planificadas. Tenía el convencimiento de que las tareas

revolucionarias del pueblo soviético eran diametralmente distintas a la de los comunistas del resto del mundo: ellos luchaban por construir un nuevo mundo y nosotros por destruir el viejo. Esta diferenciación de objetivos implicaba inevitablemente diferencias en las formas, métodos y procedimientos de vida y de lucha, que hacían difícil la adaptación aunque se intentara soldar el ensamble con la flama del más acendrado entusiasmo.

Cierto que para los dirigentes comunistas quedaba un refugio donde acogernos: el centro de la Internacional Comunista. Pero la sola idea me horrorizaba. Nada más ajeno a mi temperamento, educación y apetencia que el transformarse en un burócrata. No niego la utilidad del trabajo de despacho sobre todo cuando es creador, dinámico, dirigente, pero siempre he creído que para ser un buen burócrata se requiere cierta vocación, si no tanta como para el sacerdocio, sí la suficiente para avenirse a vivir la lucha por reflejos o a intervenir en ella un tanto «técnicamente». Yo no tenía ninguna aptitud para dirigente oficinesco. Toda mi vida había sido hombre de calle; mi ambiente la tribuna, la redacción, el mitin, el contacto con las multitudes; mi vocación la agitación y la propaganda.

Nada de esto podría hacer en la U. R. S. S., pues estas tareas las atendía con celosa exclusividad el Partido Bolchevique.

Tales eran las razones por las que no pensaba exiliarme en la U. R. S. S., y, a decir verdad, tampoco en México. Pensaba en Francia, no obstante mis promesas y las amenazas de las autoridades. Francia era la proximidad a España y el contacto con medio millón de españoles refugiados. En aquella y cerca de éstos estaban nuestros deberes.

Pero el hombre propone y... circunstancias enteramente ajenas a mi voluntad dispusieron las cosas de modo que hube de permanecer casi cuatro años en la U. R. S. S., en

función de representante del Partido Comunista de España en la Internacional Comunista.

De Orán me trasladé a Marsella, de Marsella a París y en París se hicieron añicos mis propósitos de residenciarme ilegalmente en Francia. Vittorio Codovila me esperaba. Apenas iniciados los saludos me mostró un telegrama de Moscú requiriendo mi presencia para informar, discutir y contestar a esta pregunta: «¿Por qué ha terminado la guerra del pueblo español en forma tan inesperada y luctuosa?». La pregunta, según me hizo saber, había sido formulada por Stalin.

La contestación a la pregunta tenía para mí un doble incentivo: el estudio de nuestros propios errores como españoles y como comunistas, y el esclarecimiento del juego de la Unión Soviética en nuestra guerra.

El mismo día me trasladé de París al Havre y, juntamente con un centenar de compatriotas, gente joven toda ella, muchachos y muchachas de nuestro Partido, severamente seleccionados para su envío a la U. R. S. S., me instalaba a bordo de un confortable barco soviético que horas más tarde zarpaba rumbo a Leningrado.

*

Navegamos por las siempre grises e inquietas aguas del Mar del Norte cuando me apercibí de un fenómeno singular: a medida que nos aproximábamos a las fronteras soviéticas la ilusión óptica sobre el País del Socialismo degeneraba en una alegre despreocupación que ganaba a la totalidad de mis compañeros de viaje. La despreocupación tuvo su más eufórica expresión en el despilfarro de prendas de vestir, que hombres y mujeres arrojaban cada mañana por la borda del

barco al mar. Volaban a las aguas zapatos, abrigos, pantalones, camisetas, medias, y cuantos objetos pueda uno imaginarse; sonoras carcajadas amenizaban aquellas fiestas de lanzamientos, hasta que las prendas despedidas se perdían en la lejanía, pasto del turbulento oleaje.

Una mañana vi a la esposa de Stepanov, una joven madrileña que iba a Rusia a reunirse con su marido, tirar con la mayor naturalidad al mar los pañales que ensuciaba su tierno hijito. Al preguntarle por qué los tiraba me contestó: «Todavía me quedan un par de docenas y con ellos tengo para llegar a Moscú. Allí me darán o compraré los que necesite.» Eran pañales de finísima batista adquiridos en el Louvre de París.

A uno que se paseaba descalzo por la cubierta del buque le pregunté qué había hecho de sus zapatos y me dijo tan campante que los había tirado al agua «porque le venían un poquito grandes; que al llegar a la U. R. S. S. le darían unos a su medida».

Aquella misma tarde convoqué una reunión en «El Rincón de Lenin» del barco. Tapices rojos adornaban los muros del pequeño salón de lectura del buque. En simétrica alineación pendían una serie de fotografías de todos los miembros del Buró Político Bolchevique. Al fondo del cuadrilátero dos grandísimos cuadros, representando el uno el asalto de los marinos al Palacio de Invierno, y el otro, la llegada de Lenin a Petrogrado dirigiendo la palabra a las multitudes armadas desde la plataforma de un carro blindado. Todo ello daba al saloncito un aire de museo provinciano. En el estrado que servía de tribuna un imponente busto de Lenin, con dos jarrones de flores artificiales a los lados, miraba con sus ojos mongólicos y sus pupilas de granito a la apretada y bulliciosa concurrencia de aquella tarde, que hablaba, reía y gritaba y que, con la natural despreocupación del español, hacía caso omiso de un gran cartel que decía «Nie Kuryt» -no fumar-; aquellos extraños pasajeros fumaban y tiraban las colillas en

el suelo, con no poco asombro de aquellos sencillotes marineros soviéticos, que consideraban un agravio a la solemnidad del lugar y a la «Kulturni» soviética la jovial indisciplina de los excombatientes de la España republicana.

Hecho el silencio rompí a hablar; y hablé casi dos horas en medio del más angustiado asombro de quienes me escuchaban.

«...En la Unión Soviética se está realizando la más grandiosa transformación de todos los tiempos... El régimen soviético se enfrenta a enormes dificultades... el cerco capitalista... la amenaza de guerra... el atraso industrial... la herencia zarista... la incultura... el atavismo... las exigencias del Plan Quinquenal... la creación de la gran industria... el inmenso costo de crear los nuevos cuadros técnicos de la industria y de la agricultura, de la ciencia y de las artes... la obligatoriedad de mantener un potente aparato policíaco y un gran ejército... todo ello impone una vida de privaciones y de sacrificios heroicos al pueblo soviético... »

Este preámbulo -aún siendo la explicación oficial que por entonces daban y dábamos a las miserables condiciones de vida del pueblo soviético-dejó un tanto perplejo a mi auditorio. Era comprensible. No estaban habituados a estas descripciones, sino a las exaltadas loas a la «felicidad en el Paraíso Socialista».

En sus miradas había curiosidad y en su quietud interés por el tema. Preparado ya el ambiente entré de lleno en la médula de mi disertación.

«...Cuántos os habéis imaginado a la Unión Soviética a través de las bonitas estampas de la revista «La U. R. S. S. en Construcción», podríais sufrir un amargo desengaño... La vida en la U. R. S. S. no son solamente bellas campesinas de largas trenzas y dientes blancos danzando al son de las balalaicas con apuestos cosacos de puñal taraceado al cinto... tampoco la de los imponentes ancianos que tremolan

gozosos las banderas del triunfo en la emulación koljosiana... ni la algarabía multicolor de los vestidos nacionales... ni los suntuosos palacios transformados en sanatorios; ni las mansiones convertidas en Casas de Reposo, ni las preciosas y limpias «Casas Cunas» con criaturas maravillosas, ni las viviendas de elegante confort...

»Desgraciadamente todo eso existe hoy nada más que como una promesa abierta al futuro de la Unión Soviética y a la esperanza de todos los explotados del mundo capitalista...

»Ahora vais a contemplar la realidad soviética no con los ojos del ideal, sino con los de la verdad cruda... En la U. R. S. S. queda poco tiempo para diversiones... la vida es de una dureza infinita... el nivel de vida de los proletarios muy bajo... se labora a destajo o mediante normas muy elevadas... con la producción de un obrero español en el curso de ocho horas, en la Unión Soviética difícilmente se podría untar de mantequilla una ración de 100 gramos de pan diarios... El triunfo del socialismo requiere máquinas... máquinas... máquinas... Las primeras generaciones proletarias están destinadas al sacrificio, a las penalidades... Todo el esfuerzo se dirige a la gran industria... Se carece de lo más indispensable... el pan, la leche, los huevos, la mantequilla, el azúcar, la carne, las legumbres, los cereales, todo, todo, está sometido a un severo racionamiento... Hay miseria y hambre en las capas de obreros menos calificados... Veréis infinidad de gentes vestidas con extremada pobreza en las ciudades y cubiertas de harapos en las aldeas... Es lastimoso, pero la gran misión del socialismo tiene que cumplirse sin sentimentalismos -dije para justificar las negras pinceladas del sombrío cuadro...

»... Sería grave error por vuestra parte hacer comparaciones entre el nivel de vida de un trabajador español y un trabajador soviético... Ellos eran todavía ayer un pueblo semibárbaro y nosotros arrastramos miles de años de civilización... Cualquiera de vosotros está habituado a vivir

en un departamento con dos o tres habitaciones, cocina y baño. En la U. R. S. S., la familia que puede disponer de cuatro metros de espacio debe considerarse privilegiada aunque en ese reducido espacio convivan padres, hijos y abuelos... los muchachos y muchachas solteras, generalmente, viven en habitaciones colectivas... Muchos ni se casan porque tienen que vivir separados...

Es la consecuencia de la afluencia de millones de campesinos a las ciudades en estos años de industrialización; el ritmo de construcción de viviendas es inferior al de las necesidades... Sucede con todo igual... Millones de hombres que antes no conocían los zapatos, ahora se han acostumbrado a ellos... no alcanza la producción... no sabían lo que era el jabón ni el cepillo de dientes y ahora los necesitan... y no hay para todos... No soñar, pues, con perfumerías, con zapaterías o con sastrerías y tiendas de confecciones... a las que podréis llegar y comprar lo que queráis o necesitéis... cuando tengan mercancía tendréis que disputársela a codazos a millones de ciudadanos ansiosos de adquirirla... Será difícilísimo que podáis encontrar alfileres u horquillas para el cabello, polvos para la cara o lápices de labios... En la U. R. S. S. no se tiene idea ni de las medias de seda ni de los calcetines de hilo, ni de las plumas estilográficas ni de los relojes de pulsera... El régimen -volví a aclararles, con la explicación oficial-no pierde tiempo en esas minucias de los hábitos burgueses que le distraerían de sus grandes objetivos industriales.

»... Tampoco encontraréis salones de belleza, ni tiendas de modas ni modelos de vestidos... se fabrica en serie... se ofrece lo que hay y se compra lo que ofrecen... Tropezaréis con las mismas dificultades en las farmacias. Si el doctor os receta un específico de patente deberéis esperar a que os toque el turno para cuando puedan facilitároslo... millones de gentes esperan... El régimen no puede invertir sus divisas en medicamentos extranjeros...

»... Nuestras costumbres burguesas sufrirán ante la ausencia de cafés, restaurantes, bares y tabernas que abundan en todos los países en los cuales si se nos antoja beber bebemos y si comer comemos. En la U. R. S. S., eso es considerado superfluo en la etapa actual, y en los pocos restaurantes que encontraréis comeréis sin grandes posibilidades de selección y a precios prohibitivos... Cada ciudadano tiene su tarjeta de racionamiento y su comedor colectivo; lo demás es lujo, y el lujo en la U. R. S. S. es muy caro... Encontraréis excelentes almacenes de víveres del Estado; en ellos hay todo lo que se carece en las cooperativas pero pagándolo con un mil por ciento de su costo normal...

»... A los espectáculos públicos: cines, teatros, circos, conciertos, etc., no podréis entrar jamás acercándoos a las taquillas en demanda de una entrada... Son insuficientes... asistir a ellos es un premio al buen comportamiento en la producción... las secciones culturales de las fábricas se los facilitan a aquellos obreros que se lo han merecido...

»... En la vida corriente tropezaréis con "las colas"... En la U. R. S. S., se hace cola hasta por lo más inverosímil. Las gentes están tan habituadas a esperar seis u ocho horas para adquirir cualquier producto o artículo, que ya las hacen por costumbre, sin saber lo que van a comprar... parten del hecho de que cualquier cosa les vendrá bien... les preguntaréis qué es lo que venden y os dirán que no lo saben, que están esperando porque han visto que esperan los demás... y observaréis un afán de compra como en ninguna parte del mundo: si venden gramófonos comprarán dos o tres... si lámparas de noche, media docena... si hornillos eléctricos, todos los que se puedan llevar... el dinero no lo aprecian, sólo quieren artículos manufacturados para cambiarlos por lo que necesitan. Todo esto ha dado origen al más fantástico de los mercados negros... Las autoridades lo toleran porque ello les releva de la obligación

de producir chucherías...

»... En los tranvías y trolebuses viajaréis hacinados entre trescientas personas en un espacio calculado para cincuenta... sucede igual con los trenes... amontonados como ganado, tras esperas de días y semanas enteras en los andenes de las estaciones... ¡Tan grande es el desplazamiento de gentes de un punto para otro!... El Estado no puede proveer actualmente los medios de transporte que esa población trashumante le exige ...

»Las costumbres también chocarán con nuestros prejuicios burgueses... Podréis ver en el río Moskova a las muchachas bañarse desnudas... y a los jóvenes hacerse el amor desde que tienen uso de razón... a las gentes emborracharse en las fiestas particulares como si fuese una necesidad... y en los W.C. públicos, donde no existen puertas ni separaciones, discutir o leer la *Pravda* mientras se aligeran el intestino o la vejiga...

»En las calles y en los parques hallaréis multitud de golfillos, los llamados "bezprizorniis", niños abandonados, sin hogar, que vagan a través de todo el país, que constituyen una plaga heredada de los años de la guerra civil y que son delincuentes tan prematuramente pervertidos que llegan a todos los grados de la criminalidad... Es una tragedia que ha obligado al gobierno a establecer la pena de muerte para los mayores de 12 años... »

Los rostros de mis oyentes se habían puesto rígidos. Las risas y las alegrías de un rato antes habían caído degolladas por la fría cuchilla de mis palabras. El estupor se reflejaba en sus bocas entreabiertas, en sus ojos redondos por el asombro y en el aliento contenido de aquel centenar de comunistas, que a otro que no tuviera la autoridad, la historia y la representación más, lo hubieran tirado por la borda del barco por calumniador, trotskista y contrarrevolucionario...

Declaro hoy que en aquel entonces no me movía ningún afán de desacreditar al régimen estaliniano. Trataba simplemente de adelantarles una pálida visión de la verdad rusa, a modo de vacuna preventiva ante el brusco asalto a la realidad que iban a sufrir. En 1939 yo mismo encontraba una explicación a cada uno de estos hechos. Creía en la verdad oficial, en la necesidad de sacrificar lo más caro de la individualidad, las más elementales necesidades de la vida humana en bien de la felicidad colectiva, cifrada en la industrialización de la U. R. S. S. y aceptaba como un «mal transitorio» la miseria de los trabajadores soviéticos, con tal de sumar altos hornos y dínamos, de tener muchos aviones y cañones.

Abrí un período de preguntas. Nadie se decidía a hablar. Les coartaba el temor a descubrir en sus palabras el fiasco de muchas de sus ilusiones. Al fin, uno de ellos hizo esta pregunta:

-¿Vive todo el mundo igual, pasan todos las mismas privaciones?

-No. En la U. R. S. S. se vive la primera etapa del socialismo, que se caracteriza por la fórmula clásica: a cada uno según lo que produce. Ello significa que, según cuanto das a la sociedad, así eres por ella remunerado. Y los que dan más viven mejor. Por ejemplo: un maestro de taller vive mejor que un simple oficial y un ingeniero mucho mejor que un maestro de obras. El trabajo está catalogado en una serie de escalas diferentes y cuanto más elevada sea la categoría más privilegios disfrutas. Puedes tener automóvil, una casa con varias habitaciones, almacenes especiales para comprar artículos de comer o vestir de mejor género y calidad, disfrutar de vacaciones en sanatorios más lujosos; puedes comprar abrigos de pieles, tienes preferencia para la adquisición de boletos para la Opera o el cine, etc., etc. Así se estimula a los de abajo a que escalen categorías superiores.

-Pues eso mismo es lo que sucede en España -comentó osadamente una de las muchachas-. El que más tiene vive mejor que el que tiene menos. No es que a mí me parezca mal la desigualdad de salarios; creo que es una medida natural e inevitable durante todo el período transitorio del capitalismo al comunismo; pero en la sociedad socialista deberían nivelarse un poco esas tremendas diferencias.

-Ciertamente, con la única diferencia de que allí es muy difícil que un obrero se haga ingeniero: a la burguesía no le interesa; extrae los cuadros superiores de su propia clase, en tanto que en la U. R. S. S. se facilitan todos los medios para que el simple peón pueda llegar a director de una fábrica y el soldado aspirar al generalato. Las diferencias se mantienen como un acicate.

-¿Eso quiere decir que existen clases? -aventuró tímidamente otro.

-Clases no; diferentes categorías de trabajo en el conjunto de los productores.

-¿Y no pueden esas «categorías» llegar a crearse intereses propios que las lleven a luchar por sus privilegios frente a los aspirantes? -preguntó otro.

-Entonces tendríamos que admitir que en un régimen socialista pueden crearse castas; cosa que reputo absurda, pues sería la negación de nuestros principios que dan a todos los hombres las mismas posibilidades.

En mi explicación repetía como un papagayo la vieja lección aprendida en los textos de la propaganda exterior soviética.

Con otra serie de preguntas de este tenor, a las cuales contesté con la misma convicción, dimos por concluida aquella reunión, nuncio de la sucesión de adversidades y pesadumbres que habrían de trocar en un calvario el paso de los emigrados españoles por el paraíso de Stalin, el presagio

de la tragedia que acabaría con muchos de ellos en los campos de concentración y en las cárceles y a otros conducirían a la locura; que había de convertir a nuestros muchachos en bandidos y en prostitutas a las niñas.

*

Las últimas cuarenta y ocho horas fueron menos alegres y optimistas que las de los cuatro días anteriores. En corrillos y tertulias mis camaradas de viaje comentaban con diversas interpretaciones los conceptos de mi conferencia. Por lo que pude saber predominaba el tono de la incredulidad y la mayoría se inclinaba a creer que había dado mi charla en un momento de depresión, cargando las tintas de mis amarguras de España a la cuenta de la U. R. S. S. Pero no volvieron a tirar al mar ninguna otra prenda de vestir.

Nos acercábamos a Kronstadt. La máquina del barco dejó de trepidar. Se oyó el chirrido de la cadena del ancla. Hacia nosotros venía veloz una lancha motora llena de aduaneros soviéticos uniformados de color verduzco. Examinaron nuestros modestos equipajes. Se despidieron y el barco se puso nuevamente en marcha. Horas después avistábamos la ciudad de Leningrado. Todos nos agolpamos a proa del buque. Todos queríamos contemplar las primeras manifestaciones de la vida en la histórica ciudad edificada por Pedro el Grande, sede a la vez de los fastos zaristas y de los más destacados episodios revolucionarios del pueblo ruso.

Un sol mañanero, desganado, descendía sobre las cúpulas doradas de los templos ortodoxos y ponía reflejos pajizos sobre las pétreas murallas de la fortaleza de Pedro y Pablo. A la derecha, infinidad de barcos de mediano tonelaje movían sus cabrias en trajinera faena de carga y descarga. Montañas de carbón se alineaban a lo largo de los muelles. Un hormiguero de gentes sucias y desarrapadas paleaban el

carbón, cargaban cajas y sacos, arrastraban pesadas carretillas y se movían febriles de un lado para otro. El aspecto de aquellos trabajadores de ambos sexos era por demás deprimente. Sucios de toda suciedad, rotos y remendados, descalzos unos y con zapatones de hombres la mayor parte de las mujeres, daban la impresión de ser unos condenados a trabajos forzados, pues por todas partes pululaban los soldados con fusil y bayoneta calada vigilando los depósitos de mercancías.

-¿Por qué tanta vigilancia? -me preguntó con marcada extrañeza Puente, un joven camarada de Madrid.

-Porque como en todas las partes del mundo, también aquí abundan los ladrones.

-¿Ladrones?...

-Tantos como prostitutas. Si no fuera por esos soldados, todos esos sacos, cajas y montones de carbón desaparecerían en menos que canta un gallo -dije.

-¿Pero qué ladrones pueden existir en un país socialista donde todo el mundo tiene el trabajo asegurado? -me compelió aún más atónito.

-Reminiscencias del pasado. Gentes inadaptadas socialmente que prefieren la vida a salto de mata a enrolarse en la disciplina del trabajo colectivo.

-¿Y las prostitutas también son reminiscencias del pasado? -se explicó riendo. Y agregó-: Serán ancianas, pues hace más de veinte años que el régimen prohibió la prostitución.

-Desgraciadamente son jóvenes, jovencísimas. En Moscú las podrás ver paseando por las proximidades de los grandes hoteles, bien vestidas y ofreciéndose con la misma impudicia que en las encrucijadas de Madrid.

-¿Y las toleran?

-Las autoridades hacen la vista gorda. Al fin comercian con

lo suyo y resuelven ciertos problemas a los extranjeros y a los funcionarios de provincias que llegan a la capital y que son los únicos que pueden darse esos caprichos, pues la prostituta soviética es bastante cara. No dispone de tarjetas de racionamiento, debe adquirir los productos en los «Gastronoms» del Estado y pagar precios fabulosos por cualquier cosa.

-¿Y son hijas de proletarios?

-Las hay de todo. Unas porque no quieren avenirse a ganar doscientos o trescientos rublos al mes en la fábrica, cuando pueden en una o dos noches obtener esa suma. Otras porque les gusta vestirse bien, y un par de medias les cuestan quince días de trabajo. Las más porque provienen de familias burguesas y pequeño burguesas de antes de la revolución y prefieren esa degradante profesión a ensuciarse las manos en un taller o encorvarse ante una máquina de escribir.

El barco había atracado. Una avalancha de chiquillos y de mujeres increíblemente andrajosos se aproximó a la borda gritando « ¡Iliep! »...« ¡Iliep! »... Así sonaba a nuestros oídos lo que decían.

-¿Qué dicen? -me preguntó mi mujer.

-Piden pan.

Llegaron unos cuantos soldados y a empujones alejaron a los pedigüños. Aquellas primeras estampas de la vida soviética debieron hacer recapacitar a mis camaradas sobre mis palabras. Ninguno decía nada. Miraban como avergonzados aquel espectáculo de miseria que ofrecía el muelle de Leningrado.

Desembarcamos y fuimos llevados a un edificio en cuyo frente se veían grandes pancartas rojas con consignas alusivas al plan quinquenal. Pasamos a un comedor donde nos fue servido un excelente almuerzo. Por los cristales de las ventanas veíamos los rostros sucios y macilentos de

aquellos chiquillos y mujerucas que nos tendían las manos...

Llegaron gentes del «aparato» del Partido. Sin perder tiempo nos condujeron a dos vagones de primera clase que nos esperaban en una vía muerta. Allí vendría la máquina del expreso de Moscú a engancharlos y conducirnos a la capital de los soviets. Una inmundicia sin paliativos era todo cuanto se ofrecía a los ojos asombrados de aquel centenar de comunistas españoles. Arrancamos. El paisaje era monótono y mustio, y jugaba pareja con el alicaído entusiasmo de mis compañeros. En cada estación la misma visión, idénticas escenas. Gentes escuálidas, desnutridas, miserablemente vestidas, cargando enormes bultos y sacos. Muchos soldados y alguno que otro ciudadano regularmente limpio y trajeado, esperando turno para tomar un tren con escasa impedimenta: los rusos casi no utilizan maletas para viajar.

A la mañana del siguiente día llegábamos a Moscú. Allí comenzaron las primeras protestas de los nuestros. Nadie; excepto mi esposa y yo y la mujer de Stepanov, estaba autorizado para descender en la capital. Deberían seguir su viaje hasta Jarkov, donde se les había habilitado alojamiento. Todos deseaban conocer Moscú, ver la ciudad; contemplar el Kremlin y visitar la tumba de Lenín en la Plaza Roja. Los compañeros del «aparato» de la Internacional Comunista traían mandato terminante. Nuestros compatriotas tuvieron la oportunidad de escuchar las primeras instrucciones en un lenguaje para ellos hasta ahora desconocido: «¡Camaradas españoles: en la Patria del Socialismo la disciplina es sagrada, nadie tiene derecho a romperla. Ustedes van a Jarkov porque así ha sido dispuesto y no podrán salir de allí si no es con especial autorización de la Komintern! »

Me despedí de aquellos camaradas en cuyos ojos entristecidos asomaban los primeros reflejos del desencanto. Tardaría más de un año en volverles a ver, dispersos ya por diferentes lugares y fábricas de la U. R. S. S. y aquellos ojos que ahora reflejaban la angustia de la primera desilusión me

mirarían entonces con destellos de rabia y lágrimas de desesperación.

*

Moscú. Me instalé provisionalmente en el hotel Lux. Me dieron algún dinero para gastos personales y me ofrecieron habilitarme una «dacha» en Kunsevo, lugar de veraneo y descanso de los altos funcionarios de la Komintern.

Enseguida vino a saludarnos Barneto, miembro del Comité Central de nuestro Partido y viejo líder del Sindicato de Obreros Portuarios de Sevilla, que habitaba en el mismo hotel y trabajaba en Moscú en calidad de representante de nuestro Partido en el Socorro Rojo Internacional. Obrero sevillano típico, amigo personal de José Díaz, provenía, como aquél, del campo del anarcosindicalismo. Sus opiniones sobre la Unión Soviética eran poco favorables y menos ortodoxas; le habían ocasionado ya más de un serio disgusto con las gentes del «aparato» de la Komintern; por ventura se habían limitado a clasificarle benévolamente de «anarcoide», y aún le toleraban con este calificativo; por muchísimo menos había millares de hombres en Siberia. Digamos en honor a la verdad que los estalinistas sólo conocían del pensamiento de Barneto facetas relativamente insignificantes.

Nos abrazamos. Me contó que su salud era muy mala. Padecía de una úlcera en el estómago, que había de llevarlo a la tumba inmediatamente al ser operado en la clínica del Kremlin. Renegaba contra todas las instituciones y contra todos los burócratas que desde hacía meses no habían sido capaces de resolverle el problema de su dieta, consistente en un litro de leche, unos huevos y un puré de patatas o legumbres, únicos alimentos que toleraba su estómago. En la

habitación del hotel tenía él mismo que cocinarse sus alimentos.

Le invité a que nos acompañase a trotar calles para apreciar los cambios habidos en los tres años transcurridos desde mi última visita a Moscú. A simple vista se apreciaban notabilísimas transformaciones. La gigantesca aldea, de casas de madera y de calles empedradas con guijarros, cedía el paso ahora a una modernización con trazos de gran ciudad. Enormes avenidas asfaltadas y grandiosas construcciones, algunas de tipo del rascacielos, embellecían la capital. Había aumentado considerablemente la circulación de automóviles y hasta se habían fijado «puntos» de taxis. Nuevos y elegantes comercios, con gran variedad de artículos de comer y de vestir, se apreciaban por todas partes. Las gentes, en general, iban vestidas con mayor decencia, aunque sin gusto y con pesada monotonía de color. Mi mujer me abrumaba a preguntas. La impresión del primer momento la llevó hasta censurarme mis palabras en el barco.

-Aquí hay de todo. Mira: vinos, juguetes, comida, tabaco, calzado, libros, abrigos de pieles... ibarrenderos con mandil blanco; ¡ni en Nueva York! -exclamaba gozosa.

-Cierto, cierto -concedí-. Existe mucho más de lo que yo había visto hace tres años. Hay un notabilísimo progreso en todos los aspectos. -Pero no te entusiasmes -terció Barneto-. Mira los precios. Compáralos en pesetas para que te sea más fácil la comprensión. Un obrero y un empleado modesto en España gana 300 o 400 pesetas al mes. Con ellas vive toda la familia y, sin grandes lujos, comen decentemente. Veamos ahora los precios de los artículos de vestir en el más importante de los comercios de Moscú que es ese que tienes enfrente de ti -dijo señalando un enorme almacén que ocupaba toda una manzana en la calle de Petrovka, esquina a la plaza de Sverdlov y frente al suntuoso «Bolshoi Teatro». Las gentes se avalanzaban torrencialmente en las cinco plantas del edificio. En este «Komerchiski» había

enorme cantidad de artículos a la venta. Desde objetos de platería fina hasta prendas íntimas de señoras, prendas de buena calidad.

-Ahora -dijo-vete haciendo cuentas. Toma como punto de partida que un obrero medianamente calificado gana 400 a 500 rublos por mes que, con descuentos, cuotas y pagos de empréstitos al Estado, etc., etc., se le reducen en un veinticinco por ciento, es decir, dispone al mes de 300 o 375 rublos. Con ello debe pagar sus alimentos y la habitación. Mira el precio de esas corbatas: 40 rublos, o lo que es igual, cuatro días de trabajo. Mira esa camisa corriente, 200 rublos, o sea, quince días de trabajo. Un traje de caballero: 2.000 rublos, o sea, cinco meses de trabajo. Un carrete de hilo de zurcir: 20 rublos, dos días de trabajo. Un par de medias toscas, de seda artificial: 100 rublos, o sea, diez días de trabajo. Un par de zapatos de caballero: 1.000 rublos, casi tres meses de trabajo.

Mi mujer había enmudecido: comenzaba a rendirse ante aquellos exponentes logarítmicos.

-Observa el fenómeno -insistía Barneto-. La mayoría de la gente se apretuja para ver, no para comprar. Les fascina contemplar lo que no pueden adquirir y llenan los almacenes por el afán morboso de atormentarse con el deseo. Vamos ahora al departamento de comestibles.

Descendimos a la planta baja. El público se empujaba bárbaramente. Los milicianos se las veían negras y deseaban para poner orden en aquella marea humana que se aplastaba contra las bien surtidas vitrinas de mantequilla, salchichón, pescado ahumado, latas de conservas, caviar, vodka, coñac, galletas, chocolates, pasteles, huevos, té, etcétera, etc. Leímos los carteles de los precios: mantequilla 180 rublos kilo, es decir 18 rublos los 100 gramos, que es el mínimo que debe consumir una familia. «Si ganas doce o trece rublos diarios -decía Barneto-no puedes gastar día y medio de

trabajo para untar el pan con mantequilla». Salchichón, 150 rublos kilo. Galletas, 25 rublos la caja de 400 gramos. Chocolates, 300 rublos kilo. « ¡Y ten en cuenta que este año de 1939, marca el punto más elevado de existencia de artículos de primera necesidad! »

-¿Cuánto tienen que ganar los que quieren comprar aquí? preguntó toda extrañada mi mujer.

-Ganan miles de rublos -contestó Barneto-. En la U. R. S. S. hay un tipo de gentes que pueden permitirse el lujo de gastarse de 5.000 a 10.000 rublos al mes. Son cierta categoría de técnicos, funcionarios, intelectuales, artistas, etc. Para ellos son estos almacenes. Los trabajadores se surten en otro tipo de almacén: en los anexos a las fábricas o almacenes cooperativos. En ellos rigen otros precios, pero están sometidos a un racionamiento, que difícilmente les permite obtener lo necesario para el consumo diario. Además, la mayor parte del tiempo ni siquiera pueden cubrir las normas de racionamiento fijadas en las tarjetas.

-¿Y qué precios rigen en esos establecimientos cooperativos?

-Según las tarifas hechas públicas por el Gobierno, la mantequilla debe expendirse a 28 rublos kilo; el pan a 2,80 kilo; el azúcar a 5,30 kilo; un par de zapatos a 300 rublos -puntualizó Barneto.

-Son razonables -observé-. Lo que importa es saber en qué medida es posible adquirir esos artículos. Por lo que las estadísticas oficiales dicen, el racionamiento en dichos almacenes es el siguiente: 550 gramos de pan diario; 2.200 gramos de carne al mes; 500 gramos de azúcar al mes; 2 kilos de pasta de sopa al mes; 400 gramos de sal al mes; 800 gramos de grasas al mes; una docena de huevos al mes; un litro de leche diario. Ahora bien, de estas ya raquíticas cifras debes segregar lo teórico de lo práctico. Lo que se ofrece y lo que se da. El obrero ruso se alimenta de pan

negro. Es un pan tan áspero y pesado que parece plomo terroso. De un día para otro, sobre la corteza de ese pan florece un verdín mohoso que provoca náuseas. La carne, la leche, los huevos, el azúcar y otros artículos indispensables escasean tanto en las cooperativas de consumo que normalmente hay que salir a comprarlos en los «Gastronoms» o «Komerchiskis».

-¿Y las verduras, los cereales y las frutas? -inquirió mi mujer.

-Eso corresponde al reino de los cielos. Si con esfuerzo logras encontrarlas habrás de pagarlas a precios astronómicos. Lo único que está a tu alcance, relativamente barato, es el pepino en sal y la col agria -repuso Barneto.

-¿Y ese racionamiento es por cada individuo de la familia? -siguió inquiriendo mi mujer.

-Ese es para el que trabaja. Los niños, no siendo lactantes, tienen derecho a la mitad.

-Resulta entonces que en este «delicioso» país los ricos son más ricos y los pobres son más pobres que en ninguna otra parte del mundo-apostilló mi mujer.

-Esta política distributiva -me creí en el deber de explicar- responde al propósito de provocar el incentivo al dinero, o lo que es igual, a un mayor rendimiento en la producción. El Estado ha introducido una serie de primas a la sobreproducción y al cumplimiento del plan quinquenal, que determina una mayor circulación del dinero.

El Estado procura recuperar ese dinero a precio más barato que lo ha dado, para evitar la inflación. Y se vale de

este tipo de comercio en el que hace pagar las mercancías que valen 100 a un precio de 1.000. Significa que recupera el dinero pagando por él solamente una décima parte de su valor efectivo. Es un tipo de impuesto indirecto que el pueblo paga. Gana en la sobreproducción, gana al apropiarse la

plusvalía del trabajador y gana al recuperar el dinero en esos almacenes «recolectores».

-En España le llamamos a esos por su nombre: atraco; un atraco, simple y llanamente -comentó Barneto.

Preferí no darme por enterado del exabrupto.

-¿Y para qué quiere el Estado todo ese demonial de dinero?
-preguntó mi mujer.

-Para electrificar, industrializar, cubrir los enormes gastos de la defensa, para instrucción, seguros sociales, etcétera -aseveré.

-Y para pagar sueldos fabulosos a esa clase de señores que lo administran todo -replicó Barneto, agregando enseguida:

-Lo lógico debería ser que esas cargas contributivas fueran equitativas entre todos los ciudadanos, pues tal como ahora se aplican resultan gravosas exclusivamente para los obreros, para las capas más humildes de la población. Si un ciudadano puede ganar 10.000 rublos. ¿Qué le importa pagar la mantequilla a 180 rublos el kilogramo?; pero el trabajador que no gana arriba de 400 rublos y tiene que pagarla a ese precio resulta saqueado brutalmente por el Estado. De hecho, el sacrificado es el más pobre. De hecho, pues, lo que aquí se denomina construcción del socialismo determina el hambre en unos y hartura en otros.

Volví a hacer oídos sordos a estas manifestaciones tan poco ortodoxas y que eran gravísimas en boca de un dirigente.

Habíamos salido a la calle y caminábamos hacia la plaza de Pushkin, cuando nos llamó la atención un tipo singular de comercio cuyo rótulo de grandes dimensiones anunciaba: «Komisioniskis». En su interior se exhibían los más raros y variados artículos. Desde zapatos usados hasta abrigos de petigrís, hornillos eléctricos y libros de texto. Era una especie de rastro con cierta decencia.

-¿Y esto? -preguntó mi mujer, insaciable en la curiosidad.

-Sitienes un objeto que te sobra, o que sin sobrarte quieres vender, lo traes a estos almacenes, propiedad también del Estado. Te tasan el valor del objeto. Te dan un plazo de ocho o diez días para que pases a recoger el dinero. Entretanto ellos lo venden con un recargo del 100 por 100.

-¡Caray! Eso es peor que los «Gastronoms». Eso es especular con la propiedad ajena sin arriesgar nada -comenté yo ahora, yéndome del seguro.

-¡Bolsa negra; Hernández! ¡Ni más ni menos! -dijo Barneto.

-La bolsa negra especula, pero a veces pierde. Arriesgan hasta sanciones penales los que a ella se dedican. Pero aquí se ejerce legalmente por el Estado -apostillé.

-Pues si preguntas a algún funcionario te dirá que son exigencias de la «Piatiletka» -comentó irónico Barneto.

-¿Y qué es eso? -preguntó mi mujer.

-El plan quinquenal.

-El plan quinquenal también tiene su precio. Todo esto es irritante e injusto, pero la construcción de la sociedad socialista, la nobleza del objetivo, lo hace más tolerable. Una vez alcanzado desaparecerán todas estas miserias -dije a modo de consuelo para ellos... y para mí.

Y como se acercara la hora de cenar propuse a Barneto que nos llevara a uno de los buenos restaurantes de Moscú. Entre los cuatro más notables: el «Metropol», el «Astoria», el «Aragbi» y el «Moskova», nos decidimos por este último, situado en el primer piso del hotel del mismo nombre y encuadrado en una de las esquinas que dan acceso a la Plaza Roja. Montado con gran lujo, amenizado con música y baile, y atendido por camareros que conocen su profesión, era uno de los preferidos por los escasos extranjeros con dinero para costear los exorbitantes precios y por los no tan escasos altos

funcionarios del Partido, la milicia y la tecnocracia, quienes podían permitirse estos y mayores dispendios sin merma apreciable en su economía personal. Es una casta mundana o mundanizada, aristocracia proletaria o que pretende serlo, la que aquí viene a distraerse, a aturdirse, a despilfarrar, a exhibir su propiedad comprada a costa de tanta pobreza.

El amplísimo salón-comedor, profusamente adornado con pequeñas palmeras, estaba repleto de comensales. Abundaban los ciudadanos vestidos con la «guinnastioska», típica guerrera de corte militar cerrada hasta el cuello, y calzados con altas botas de montar. El atuendo les denunciaba como funcionarios del Partido. En la mayoría de las mesas, una o dos jovencitas de equívoca estampa coqueteaban con unos y otros, sin perder ripio en los succulentos platos que al final pagaría el Creso «cliente» que las había invitado.

A medida que pasaba el tiempo se iba caldeando el ambiente. Las mesas se atiborraban de botellas de vodka, coñac, vinos y champaña. Las abundantes libaciones y los cadenciosos ritmos de una orquesta de zíngaros incitaban a la danza. Primero una que otra pareja, luego algunas más, y finalmente, casi toda la concurrencia se entregó al placer del bailoteo con tan poco arte como desbordante pornografía. Las «profesionales» del amor no se distinguían de las otras mujeres. El alcohol y la «ausencia de prejuicios» las igualaba. Ni pudor ni recato. La «libre educación» de aquellas señoras que habían acudido con sus respectivos maridos, les daba licencia para enroscarse lascivamente y unir sus bocas en apasionados besos con cuantos galanes las invitaban a bailar, ante nuestros ojos estupefactos y la mirada bonachona de sus esposos que, a la vez, buscaban su pareja con idénticos fines.

Con todo cuanto tenía de licencioso y repulsivo el espectáculo de aquella «alta sociedad» soviética, no hubiera merecido mayores comentarios de nuestra parte a no mediar

la presencia de algunas parejas de «machos» que bailaban con desmayados contorneamientos y estrechamente enlazados y que, al final, se despedían con prolongados besos en la boca.

-¡Maricones! -gritó Barneto que reventaba de indignación.

-¡Esto es asqueroso! -bramó mi mujer. ¡Ni en los más ínfimos cabarets de Shanghai se presenciaria un espectáculo tan indecente!

-Y en cualquier restaurante a que vayas, si es de cierto postín, te encuentras con la misma gentuza y los mismos espectáculos -ilustró Barneto.

-¿Y la gente del pueblo también? -preguntó mi esposa.

-No sé lo que hará la gente del pueblo, pues ellos no tienen acceso a estos lugares, aunque es de suponer que el hacinamiento y la promiscuidad entre gentes extrañas en que se ven forzados a vivir inevitablemente fomentará la amoralidad. Pero para todas estas señoras no hay excusa posible: son las que pasean en los automóviles por Moscú, las del privilegio, las esposas de los más encopetados dirigentes del Partido y de los altos cargos; las que deberían dar el ejemplo... ¡Y ya lo ves! ¡Corrompidas como vulgares cortesanas!

-En cualquier país meterían a esos tipos en la cárcel -comentó mi mujer refiriéndose al degradante espectáculo de los homosexuales.

-Desgraciadamente, el relajamiento sexual no es patrimonio exclusivo de la corrupción burguesa. La nueva sociedad lo arrastra como lacra heredada. Ese estúpido concepto del «amor libre», que hizo a Lenin exponer la «teoría del vaso de agua», diciendo que a ninguna persona normal se le ocurre beber en un charco sucio cuando puede beber en un vaso el agua limpia, se refería a estas desbordadas pasiones sexuales, que nada tiene de común

con nuestra limpia interpretación sobre las relaciones amorosas y la moral en la familia proletaria -aclaré a modo de explicación.

-Pues la tía gorda que está con ese coronel de la N.K.V.D., a nuestra derecha, ha abrevado esta noche en más de doce charcos; no sé en cuál de ellos se zambullirá -indicó riendo Barneto.

Pagué la cuenta, que ascendió a 600 rublos, sin más bebida que tres botellas de cerveza.

Como hacía una espléndida noche, nos adentramos en la Plaza Roja para acercarnos hasta la orilla del río Moscova. Pasábamos frente a las murallas del famoso y legendario Kremlin. Sobre sus cinco imponentes torres brillaban otras tantas estrellas que durante el día tiene reflejos de oro y de noche rutilan con destellos de rubí.

-¡Qué aspecto de solemnidad, de misterio y de grandeza, tienen estas torres y estas murallas! -exclamó mi mujer.

-Yo diría que son el símbolo del miedo al pueblo. La autocracia zarista, despótica y odiada, gustaba encerrarse entre amurallados torreones para aislarse del pueblo. Estas torvas y oscuras murallas antes producen temor que admiración -decía Barneto.

-Como quiera que sea, luce aquí grandiosa la arquitectura nacional rusa -terció mi mujer.

-¿Nacional rusa? -intervine yo-. No tanto, no tanto... Hasta el siglo XV el Kremlin era una fortaleza de madera. El Zar Ivan III trajo artistas italianos, y fueron éstos quienes edificaron esta joya arquitectónica. Más que una obra nacional rusa, es hija del renacimiento italiano.

Las torres posteriores a Iván III, son obra de un inglés llamado Gallosway, quien sustituyó las garitas de madera por

esas admirables eminencias. Por dentro, el Kremlin es precioso. En la época de Lenin se permitía visitarlo. Desde que Stalin trabaja en él, los permisos de entrada se dan a contadísimas personas. Mi mujer cortó en flor estos pinitos de erudito para interrogar:

-¿En cuál de esas habitaciones estará ahora Stalin?

-¡Cualquiera lo adivina! Sólo sus más íntimos colaboradores lo saben. Para el pueblo es misterioso secreto -respondió Barneto.

-Eso no se hace por casualidad -dije-. El alejamiento del pueblo es una manera muy particular de cultivar el prestigio. Pasamos frente al sobrio mausoleo de Lenin. Un bloque macizo de mármoles rojos pulimentados encierra el cuerpo embalsamado del jefe de la Revolución de Octubre. Casi todos los días, los campesinos que llegan a Moscú, forman largas filas para entrar a ver al «padrecito», y frente a la urna de cristal que encierra su cuerpo el pueblo reza oraciones con el mismo fervor que a sus sagrados iconos. La sencilla mentalidad del campesino ruso baraja confusamente lo místico con lo profano. Dios se les representa como la felicidad en el otro mundo. Lenin en la tierra. El recuerdo de Lenin va asociado a su liberación y a la entrega de la tierra. En infinidad de casas particulares de campesinos se encienden velas al santo de su devoción y al «padrecito» Lenin. El hecho me llamó vivamente la atención cuando allá por 1931 hice una serie de visitas a los más remotos koljoses de la Unión Soviética. En aquellas decentadas «isbas», se adoraba a Lenin. En muy pocas se veía el retrato de Stalin: las colectivizaciones forzosas, las sangrientas represiones, han hecho temido a Stalin, pero no amado por los campesinos.

Nos detuvimos un rato contemplando las cúpulas doradas de la iglesia bizantina de San Basilio, al fondo de la gran plaza.

-Vamos a visitar el «Metro». Verás qué maravilla de ferrocarril subterráneo -dije a mi mujer.

Allí mismo, junto a la Plaza Roja teníamos una estación. Descendimos por unas hondísimas escaleras mecánicas. Al entrar en el andén impresiona la majestuosidad de aquellos palacios de mármol, llenos de preciosos adornos, profusamente iluminados.

Tomamos al azar una de las líneas. Resultó ser la que conduce a las proximidades de la fábrica «Stalin» a orillas del río Moscova. Al llegar a la terminal montamos en la escalera mecánica. ¡Cuál no sería nuestro asombro cuando al ir ascendiendo íbamos descubriendo ante nosotros una especie de bóveda inmensa en la que, entre nubes celestes, aparece Stalin en actitud de un dios proyectando su mirada omnisciente desde los cielos a la tierra, algo así como ese Jehová que hemos visto en burdas litografías polícromas dictando a Moisés las tablas de la Ley!

Glosamos la estampa con palabras no muy reverentes para el nuevo dios. Mi mujer se hacía un lío calculando los millones que aquel fastuoso «Metro» habría costado.

-No hubiera estado de más un poco de modestia aquí y un poco de mayor atención a la construcción de viviendas para obreros. Aquí nadamos en espacio y nos aturdimos con el derroche de lujo; allí, donde habitan los trabajadores, en cuatro metros cuadrados vive una familia, separada de otra por unos trapajos colgados de cordeles.

¡Una vergüenza! -murmuró Barneto.

Regresamos. Al enfilear la calle de Gorki, en dirección a nuestro hotel, la insaciable curiosidad de mi mujer, que todo lo veía y observaba, le llevó a preguntar:

-¿Aquí no venden periódicos? No he visto en ninguna parte un solo puesto ni un solo voceador callejero.

-¡Cá! -dije riéndome. Aquí, al revés que en todo el mundo,

las gentes hacen grandes colas para adquirir uno de los diarios, *Pravda* o *Izvestia*, el uno del Partido y el otro del Gobierno. La tirada de menos de un millón de ejemplares es insuficiente.

-Insuficiente, no -aclaró Barneto. Sobrarían periódicos si no fuera porque cada uno de los burócratas necesita informarse de las disposiciones superiores para estar constantemente en la «línea» y no dar una opinión que difiera de la oficial, pues se arrepentiría para toda su vida. Los periódicos soviéticos son espantosamente aburridos. Stalin para arriba y Stalin para abajo; Stalin en la primera página y Stalin en el pie de imprenta. Elogios, alabanzas, ditirambos, encomios al dios infinitamente sabio y justo, Padre, Hijo y Espíritu Santo de todo lo divino y de todo lo humano, de lo acontecido, de lo que acontece y acontecerá -comentó sarcástico.

-¡Barneto! -exclamé bromeando. ¿Quieres ir a palear nieve a Siberia? Barneto pasó por alto el trágico fondo yacente en aquella broma y continuó impertérrito:

-¡Les puedo tolerar que le quiten a Edison la invención de la lámpara incandescente, a Marconi la telegrafía sin hilos, pero que le quiten la del submarino a Isaac Peral, eso no se los aguanto!

Barneto, no lo olvidemos, era andaluz como Isaac Peral.

-¿Pero aquí no llega ninguna prensa extranjera? -preguntó mi mujer.

-Ni prensa, ni revistas, ni libros, ni nada. Aquí no hay más verdad que la verdad oficial explicó Barneto.

-¿Entonces qué idea se tiene del mundo exterior?

-Ninguna. Caminamos como esos burros a los que les ponen viseras para que no vean más que en una sola dirección -, -insistió implacable Barneto.

-¡Bonita democracia!

-Vine aquí como un imbécil, por culpa de todos éstos - decía Barneto refiriéndose a mí-. Venía muerto de afanes de llegar a ver la tierra de promisión y no sabes lo hartito que estoy de estar aquí. ¡Lo malo es que no sé cómo salir! -dijo con amargura.

Llegamos al hotel. Al quedarnos solos mi mujer me confesó sin ambages que si a Barneto le habían hecho falta unos meses para inferir que la U. R. S. S. no era más que una ficción y una mentira, lo que ella había visto en unas horas le sobraba y bastaba para estar contando los días que tardaríamos en trasponer sus fronteras.

Con frialdad de cuchillo, sentía yo también la muerte progresiva de mis entusiasmos.

*

Al día siguiente, mi primera visita, obligada tanto por la deferencia como por la amistad, fue a José Díaz que se hallaba convaleciente de gravísima operación quirúrgica en el sanatorio de Barbija, en los alrededores de Moscú.

Fue un Himalaya de preguntas. José Díaz, postrado en el lecho, con la garra de la muerte clavada en las entrañas, seguía interesándose con la misma pasión de siempre por cada detalle y episodio de nuestra lucha.

Hablé con objetividad y crudeza de lo bueno y de lo malo. Entre infinitas preguntas me formuló estas dos:

-¿Cuál fue la actitud del Partido la noche del cinco de marzo? ¿Es cierta la acusación que se hace contra Pasionaria, Togliatti y Stepanov?

-Desgraciadamente es cierto. La noche del 5 de marzo la dirección del Partido Comunista nos hicimos reos de

deserción, de huida cobarde ante el enemigo, después de haber contribuido con nuestra pasividad y nuestra conducta a desbaratar las posibilidades de resistencia.

Hubo un momento de silencio. No sé lo que se agitaba en el alma de José Díaz. Su ceño de pobladas cejas se había fruncido profundamente. Reclinado en la almohada me hizo un gesto para que le alcanzase una voluminosa carpeta en cuya portada se leía a lápiz rojo, esta inscripción: «Muy confidencial». Extrajo unos manuscritos y, siempre en silencio, me los entregó. Eran unas declaraciones escritas de Castro, Modesto, Líster y Ciutat.

Modesto reconocía haber sido uno de los acompañantes de Pasionaria en la partida de naipes durante la dramática noche del 5 de marzo, cuando anunciaron la llegada de Castro con una información urgentísima de Hernández y Pasionaria no se molestó en recibirle. Confesaba el error -del cual él había sido partícipe-de considerar «que nada se podía hacer contra la Junta».

Líster, más agresivo en el tono y en la forma, calificaba de «intolerable la actitud de Pasionaria» y de «pánico» el acuerdo tomado en Monóvar.

El comandante Ciutat daba un cuadro del estado de fuerzas de la zona Centro-Sur que demostraba, sin ningún margen a dudas, que teníamos todos los elementos precisos para haber acabado en una hora con el golpe casadista.

Castro afirmaba lo mismo que Líster y Ciutat.

Esta declaraciones tenían el doble valor de haber sido escritas por testigos presenciales del desfonde de la dirección del Partido, y porque tres de los cuatro informantes eran miembros del Comité Central del Partido.

Al devolverle aquellos documentos, una vez leídos, José Díaz hizo esta manifestación: «Tu información coincide enteramente con las de estos camaradas. Cierto, la Junta

pudo ser aplastada y no lo fue. El hecho reviste tales caracteres de gravedad política para la dirección del Partido, y especialmente para quienes olvidaron sus deberes de dirigentes comunistas, que las medidas a tomar tendrán que estar a la altura de los hechos. Es penoso derribar pedestales tan trabajosamente levantados. Pero nosotros, como los árboles, nos robusteceremos también con la poda.»

¿Sabía Pasionaria esta opinión de José Díaz? No tenía en aquellos momentos ningún elemento de juicio para afirmarlo. Ulteriores acontecimientos trabados y enlazados por la intriga, iban a encargarse de revelarme poco después que no sólo Pasionaria, sino las más altas autoridades del Komintern estaban en el secreto de la intransigencia revolucionaria con la que Díaz pretendía sancionar el derrotismo y la deserción de los dirigentes del Partido que hicieron viable el fin desastroso de una guerra tan titánica y heroica como la nuestra.

*

Una llamada telefónica me hizo saber que Dimitrov me invitaba a cenar aquella noche, y que su automóvil pasaría a recogerme al sanatorio de Barbija, donde me hallaba.

Al filo de las nueve llegó el automóvil. En la "dacha» de Dimitrov, muy próxima al sanatorio, encontré al héroe de Leipzig acompañado de Manuiski y de la búlgara Blagoyeva, encargada de la Sección de Cuadros del Komintern, que iba a ocuparse de traducir del ruso al español y del español al ruso lo que allí se hablara aquella noche.

Me recibieron con demostraciones de gran afecto. Manuiski me habló del sentimiento que les había producido la noticia de mi fusilamiento, publicada en casi toda la prensa

del mundo en los confusos días del final de nuestra guerra.

Dimitrov me notificó que Stalin estaba preocupadísimo por «el fin luctuoso de nuestra guerra», y que se hacía necesario darle una contestación clara de lo sucedido.

Como la mesa estaba servida optamos por cenar primero y dejar la discusión para los postres. Transcurría la cena sin más especial interés que el que dedicábamos a los exquisitos guisados preparados por la esposa de Dimitrov, cuando Manuiski me preguntó cuál era mi opinión sobre la gestión de «Ercoli» (con este nombre era conocido Togliatti en los medios de la I. C.) en el período de la Junta de Casado.

Relaté cuanto había sucedido, omitiendo solamente las conclusiones a que yo había llegado. Con no poco asombro de mi parte hube de escuchar estas palabras de Manuiski:

-Todos los actos de los hombres pueden ser enjuiciados críticamente después de conocerse los resultados, pero me extraña que Hernández no haya comprendido la sutileza de la táctica de Ercoli en la famosa reunión del aeródromo de Monóvar.

-Allí no hubo táctica ni Dios que la confunda a no ser la del derrotismo y la fuga -afirmé.

-¡Esa es tu incompreensión! -aclaró Manuiski-. A Ercoli podemos criticarle por cualquier otra cosa menos por el acuerdo de «entregar las posiciones» el 5 de marzo.

Me rebullí nervioso e intrigado. Un gesto de calma de Manuiski me mantuvo en silencio. Prosiguió:

-La guerra la tenían ustedes inexorablemente perdida. El Partido mantenía la consigna de resistir con muy buen criterio, a pesar de que era evidente que ni un milagro podía salvar la situación de derrota en que se hallaba la República. La esperanza de un posible conflicto europeo era una ilusión totalmente errónea, pues tal conflicto no podría surgir mientras no se decidiera totalmente la situación española...

-No era eso lo que nos decían entonces -aclaré.

-Si no se os explicó, fue una falta de nuestra delegación -contestó Manuilski.

-Se nos decía exactamente lo contrario -respondí.

-De cualquier manera, el hecho no cambia el fondo de la cuestión. Aceptado el principio de que la derrota era inevitable, se trataba de salvar el prestigio del Partido del descrédito en que iban a hundirse todas las organizaciones del Frente Popular, que tanto habían intrigado durante la guerra. No era justo que nuestro Partido español compartiera la misma responsabilidad que los demás, cuando había sido el que mayor contribución de sangre y entusiasmo había dado a la lucha. Y Ercoli utilizó una táctica que reputo de habilísima. De un lado, mantuvo la consigna de resistir, demostrando así que los comunistas no deponían las armas contra Franco, y, de otro, dejaba el campo abierto a quienes, al sublevarse, evidenciaban hallarse dispuestos a poner fin a una resistencia -que creían inútil- y buscaban una paz negociada con Franco-solemne disparate a tales alturas. Ercoli dejó que las cosas se produjeran como era previsible que habían de suceder. Los casadistas cayeron en la trampa. Se sublevaron, atacaron a los comunistas porque los comunistas querían resistir hasta lograr la paz con la fuerza de las armas. Perseguidos los comunistas y alejados de toda participación en las gestiones de «paz digna» que prometían obtener los juntistas, el Partido quedó a salvo de toda responsabilidad por la catástrofe final y de la estúpida pretensión de los juntistas.

Manuilski hizo una pausa para encender un cigarrillo, y mientras nos ofrecía otro a Dímitrov y a mí, prosiguió:

-Ahora que las masas españolas están sintiendo la brutalidad de la sanguinaria represión franquista., lógicamente han de pensar que era preferible haber seguido las indicaciones de los comunistas, resistiendo hasta morir si

era preciso, para negociar una paz con las armas en la mano, a caer asesinados en esa guerra sucia, sorda, de tropillas falangistas y de patíbulos contra los hombres vencidos y desarmados. Y se revolverán indignados contra anarquistas y socialistas, contra todos los componentes de la Junta de Casado. La maniobra de Ercoli ha salvado el porvenir y el prestigio político de los comunistas españoles -concluyó Manuiski.

El estupor me tenía paralizado. No podía dar crédito a lo que estaba oyendo. La indignación me nublaba el entendimiento. ¿Era posible haber envilecido la táctica comunista hasta ese punto de criminal deslealtad? Recordé a Togliatti, al jesuítico y maquiavélico tercer secretario del Komintern, en su cínica e incomprensible conducta durante aquellos aciagos días del final de nuestra guerra. No cabía duda. Entre la actuación de la «troika» y las palabras de Manuiski había una relación lógica, monstruosamente lógica, pero clara y precisa. Y Manuiski era miembro del Comité Central del Partido Bolchevique, luego la continuidad de la deducción lógica llegaba hasta la cumbre, hasta Stalin.

-¿Entonces para qué se nos ha llamado a Moscú? ¿Para qué esa pregunta de Stalin? Explíqueme la táctica de Ercoli y todo le será tan comprensible como lo es ahora para mí -grité encolerizado.

Dimitrov alargaba e inclinaba el cuello hacia el lado de la traductora para recoger mis palabras. Cuando se hubo enterado quedó mirándome con sus ojos claros y acuosos y dijo:

-Naturalmente, la opinión de Manuiski es una opinión personal. Yo tengo mis dudas sobre la justeza de esa «táctica». A mi modo de ver la cosas debieron orientarse de diferente manera.

Manuiski se apresuró a interrumpirle hablando en alemán, idioma del cual ni la traductora ni yo conocíamos una

palabra. Una réplica y un gesto malhumorado de Dimitrov, fue todo cuanto pude captar de aquel diálogo entre el jefe nominal y el jefe efectivo de la Internacional Comunista. Era visible que había una disparidad de opiniones entre aquellos dos hombres.

-Algunos de ustedes tienen opiniones distintas ya lo sé. A veces los árboles impiden ver el bosque -dijo Manuïlski un tanto irónico.

-Claro que las tenemos. Y si el camarada Stalin quiere saber nuestra opinión se la daremos con toda precisión y franqueza -contesté.

-Discutiremos, discutiremos todo lo que sea menester -dijo Dimitrov, poniendo fin a la cuestión. Seguidamente, variando el tema, me preguntó cómo se encontraban nuestros compatriotas en los campos de concentración.

Le expliqué las dantescas condiciones en que se hallaban. Hablé de las mujeres que parían a sus hijos sobre la arena de las playas cercadas, de los heridos a quienes se les pudrían los miembros y morían gangrenados por falta de asistencia médica, de los millares de disentericos que agonizaban y contagiaban a sus compañeros de infortunio. Hambre, frío, piojos y senegaleses por todas partes. Cientos de miles de combatientes republicanos esperan su salvación de la solidaria acogida que les pueda brindar la Unión Soviética -dije a modo de resumen.

-Es un complicadísimo problema al que deberemos buscarle una pronta solución. Esos hombres entre los cuales se encuentran millares de Internacionales son un tesoro humano de incalculable valor para nuestra lucha -indicó Dimitrov.

-Esa podrida democracia francesa primero os dio la «No intervención» y ahora os da campos de muerte -gruñó Manuïlski.

-¿No sería posible enviar unos cuantos barcos y traer a la Unión Soviética a cuantos quisieran refugiarse aquí? -pregunté.

-No es posible. En la U. R. S. S. nos crearían mil enojosos problemas. No conocen el idioma, no les sería fácil aclimatarse a nuestros fríos, están habituados a otra disciplina de trabajo, tienen los hábitos y costumbres burgueses, y no comprenderían nuestros ritmos de producción. Serían una complicación. En cualquier país latinoamericano se encontrarán más en su ambiente que en nuestra patria -explicó Manuiski.

-Excepto México nadie se ha brindado a admitir un gran contingente de refugiados. Una emigración política de la significación de la nuestra no es muy grata para los países capitalistas por democráticos que sean -aclaré.

-Eso es cierto -indicó Dimitrov.

-La U. R. S. S., abriendo sus fronteras aliviaría inmediatamente la desesperada situación de la mayoría de los refugiados. Las dificultades de que habla Manuiski no las creo tan considerables, pues además de que la U. R. S. S. cuenta con zonas templadas, estoy seguro de que nuestros hombres comprenderían las diferencias de situación y costumbres entre el mundo burgués y el mundo socialista, y se conformarían con labrar tierras mientras superasen las dificultades del idioma, y después podrían ocuparse en sus respectivas profesiones -porfié.

-Ya hemos tenido la experiencia de otras emigraciones europeas, menos numerosas y más seleccionadas políticamente que pudiera serlo la española, y han terminado descomponiéndose y hasta volviéndose antisoviéticas -replicó Manuiski.

-Eso es cierto -indicó Dimitrov. Pero de cualquier manera hay que proceder rápidamente a auxiliar a la emigración republicana española y traer aquí, si no a toda, a una gran

parte.

-Lo más urgente es atender a los enfermos, heridos, mutilados e inválidos, pues cualquier dilación es para ellos la muerte. Traerlos a la U. R. S. S., prestarles atención médica inmediata y, cuando sanen que se queden los que quieran y que se vayan los que así lo deseen -insistí.

Manuiski meneaba la cabeza con signos negativos.

Después dijo:

-Es un problema del Socorro Rojo Internacional. La Sección francesa, de acuerdo con el Gobierno de la Re-

pública, deberá ocuparse de ese asunto y allegar los fondos necesarios.

Estaba claro que la U. R. S. S. no quería dar asilo a la emigración republicana española ni a los héroes de las Brigadas Internacionales. Lo que el Presidente de México, Lázaro Cárdenas, pudo hacer, Stalin no quiso hacerlo.

Cárdenas era una personalidad casi desconocida para el pueblo español durante nuestra guerra. Stalin era tan popular que nuestros hombres morían con su nombre en los labios. Hoy, por el contrario, Stalin se ha hecho odioso para una gran parte de los españoles y la de Cárdenas es la figura más amada por todos los republicanos sin excepción; su nombre traspasó los muros de las cárceles de España, llena de luz los sombríos hogares, alienta a los hombres en lucha y es para todos nosotros un símbolo vivo de la solidaridad humana.

Decenas de miles de combatientes españoles siguieron sepultados en los «Campos de la Muerte». Y cuando Hitler se asoció con Stalin para poder desencadenar con toda tranquilidad la tormenta de sangre y horror sobre Europa, la U. R. S. S. permaneció impasible ante el avance de las tropillas de la Gestapo, que eran un presagio de muerte para aquella multitud inerme y aprisionada por los Quisling de

Francia. Los hombres que habían sido los soldados de la «causa de toda la Humanidad avanzada y progresiva» no vieron en aquellos días de angustia, un solo barco solidario con la bandera soviética en los puertos de Francia. Y algunos como Companys, presidente de Cataluña, Cruz Salido y Zugazagoitia, destacados socialistas, eran entregados a Franco, para su ejecución, por el aliado de Stalin, mientras ambos consumaban el reparto de Polonia.

*

Por las referencias verbales y escritas que los dirigentes de la Internacional Comunista pudieron obtener de los miembros del Comité Central y del Buró Político del Partido Comunista de España, comprendieron pronto que discutir la gestión del Partido en el último período de la guerra motivaría un escándalo sin precedentes y de peligrosas consecuencias para la misma Komintern y para la autoridad del Partido Bolchevique. Por otro lado, y por motivos que al fin venían a coincidir en lo mismo, los dirigentes del Partido Socialista Unificado de Cataluña, Camarera y del Barrio impugnaban la actuación y conducta del Buró Político del Partido Comunista de España, lo que significaba atacar a la I. C.

Para eludir estos riesgos no quedaba más solución que la de no realizar la discusión, y si ésta no se podía impedir, alterarla y desfigurarla por completo. El desconcierto de los dirigentes de la I. C., se evidenciaba en las largas y aplazamientos que daban a la proyectada reunión. Para mí todo resultaba incomprensible. Habíamos sido requeridos con apremiante urgencia, y una vez en Moscú sólo se nos aconsejaba reposo, distracción y no tener prisa. A Stalin, por lo visto, ya no le interesaba conocer las causas del «fin luctuoso» de nuestra guerra.

Al cabo de varias semanas, para cubrir las apariencias, se nos encargó hacer por escrito la historia de nuestra guerra presentando conclusiones y deduciendo experiencias. El encargo no tenía pies ni cabeza. Ni nosotros éramos los más indicados para escribir en aquellos momentos la historia de la guerra del pueblo español, ni las conclusiones podían ser hechas, ni las experiencias ser deducidas sin mediar una amplia y profunda discusión sobre cada problema. La historia de nuestra guerra no era el relato episódico de la lucha, era, ante todo, para los comunistas, el análisis de los aciertos y de los errores en la política militar, económica, industrial, de unidad y de Frente Popular; era el estudio de la táctica seguida en cada etapa de la lucha y de la estrategia en su conjunto para impulsar, en las condiciones de la guerra, el desarrollo de la revolución democrática en España; era el estudio de la situación creada por el triunfo de Franco, a fin de delinear los nuevos métodos y formas de trabajo en la clandestinidad y la línea a seguir en la emigración.

Así se lo expuse a José Díaz y así me expresé ante Dimitrov. Insistió Dimitrov en las promesas de que se discutiría todo lo discutible. José Díaz, encadenado a su enfermedad, se revolvía en su impotencia física como un león enjaulado ante el acoso del hierro. Para él y para mí también, se comenzaban a dibujar claramente los perfiles de una maniobra dilatoria para rehuir la discusión. José Díaz se valió de toda su autoridad para exigir una y cien veces la celebración de una reunión conjunta del Secretariado de la Internacional Comunista y los miembros del Buró Político español. Al fin hubieron de acceder. Hacía más de dos meses que estábamos en Moscú. Al dar comienzo las deliberaciones nos hallábamos presentes Dimitrov, Manuiski, Stepanov, Ercoli, Togliatti, Gueré, Pasionaria, Uribe, Checa y yo. No quisieron invitar a ningún otro miembro del Comité Central del P. C. de España, pretextando que nosotros integrábamos la Comisión que se había designado para llevar a cabo las

discusiones.

Sería menester un libro exclusivamente dedicado a referir en detalle lo que fueron esas reuniones que se prolongaron más de un mes. Nunca en mis años de Partido -y había sido fundador de él-había presenciado o asistido o intervenido en reuniones tan absurdas, disparatadas y con una finalidad perfectamente planeada y decidida.

En vez de una reunión de camaradas responsables, de hombres políticos, que estudiaban unos acontecimientos históricos preñados de utilísimas lecciones en las que podía aprender todo el movimiento comunista internacional, me encontré con una especie de tribunal con la misión de investigar la vida y milagros de cada uno de los dirigentes altos o bajos del Partido, para sacar la «experiencia» de si el paso por el poder en sus distintos aspectos (gobierno, ejército, policía, administración, política, etcétera) había operado corrosivamente en la entereza moral y en la solidez revolucionaria de cada titular. Mi asombro no tenía límites y mi indignación tampoco al ver a Pasionaria ejerciendo la función de fiscal, asistida y apoyada por los más altos jefes del movimiento comunista internacional, convertidos a su vez, en escribas y en jueces. Como comedia no estaba mal, pero como acto político aquello era una burla sangrienta al Partido Comunista de España y al mismo pueblo español.

Sería demasiado ensañamiento adentrarme en la descripción, aunque fuere somera, de esos debates. Allí no quedó títere con cabeza. Todos nos habíamos dejado contaminar, en mayor o en menor grado, por la corruptora influencia del poder. Todos, absolutamente todos... menos Pasionaria y ¡cómo no! «la revelación de nuestra guerra», Antón, como tuvo el tupé de declarar Pasionaria. A los ministros nos pusieron como chupa de dómíne; a Checa, Cartón y Uribe, como no digan dueñas; a Líster y a Modesto, y con ellos al resto de los demás miembros del Comité Central, se les vapuleó de tal forma que sus barretas y

entorchados no los hubiera envidiado un cabo furriel. A Mije, por tratarse de un caso especial de irresponsabilidad manifiesta, se decidió separarle del Buró Político y de toda actividad de Partido, debiendo pasar a ocuparse de problemas del Socorro Rojo en la sede de este organismo en Moscú.

Todos estábamos en «pecado», todos habíamos fracasado, todos tenido debilidades, todos cometido errores. La única que salió impoluta, canonizada, la que había cumplido con su deber y demostrado firmeza ejemplar fue Pasionaria, la «dirigente de temple estaliniano», la integrante de la «troika» con Stepanov y Togliatti, la que jugaba a las cartas mientras se producía la sublevación casadista y la que rompía filas en la fuga hacia Francia en la madrugada del 6 de marzo de 1939. Y lo curioso fue que en las prolongadas e infinitas reuniones que celebramos en el curso de todo un mes no nos fue permitido abordar el tema de lo ocurrido en vísperas de la sublevación casadista y mucho menos de lo ocurrido en el aeródromo de Monóvar. El tema era «tabú». Allí no se pudo discutir más que aquello que dispusieron jueces y fiscales. La reunión se preparó con una doble finalidad. Primero, salvar toda la responsabilidad de la U. R. S. S. y de la Internacional Comunista en su política hacia España durante la guerra y, segundo, erigir a Pasionaria como jefe efectivo del Partido, heredera de José Díaz en vida de éste, afianzando así la obediencia de la dirección del Partido a la I. C., frente a cuantos habíamos mostrado tendencia a la crítica y a la independización de la tutela de Moscú. Y una y otra razón acarrearón un sacrificio: el de la unidad política de la dirección del Partido.

A última hora se hizo un intento para soldar la dirección del Partido. Era comprensible que la discusión había agravado la división interna entre los miembros del Buró Político del P. C. de E. y se redujo el Buró Político a tres miembros: Pasionaria, Checa y yo, José Díaz continuaría siendo el jefe,

pero residenciado en Moscú por razones de enfermedad. Los demás saldríamos para Francia.

¿Y la contestación a la pregunta que formulara Stalin? ¿Quién la dio? ¿Insistió Stalin en conocerla? Supongo que no. Cuando menos las reuniones sirvieron para escamotearla. La única voz que no se pudo acallar la que públicamente intentó, peleando con los censores del Komintern, opinar sobre «el fin luctuoso» de la guerra, fue la de José Díaz. En varios artículos recogidos en un folleto titulado «Las lecciones de la guerra del pueblo español» habló de «los lados débiles de Partido», de que «el Partido no previno a tiempo la conspiración», «el Partido descuidó movilizar a las masas»... «y no aplastó la rebelión aunque tenía a su disposición las fuerzas necesarias».(1)

La famosa reunión de Moscú fue el inicio de una política impunista en la dirección del P. C. de E. La gravedad del precedente había de hacer historia. Ungida Pasionaria con los óleos del Komintern, enfiló la proa hacia metas más ambiciosas: la secretaría general del Partido. (2)

Nos preparábamos para salir de incógnito hacia París, donde deberíamos instalar nuestro cuartel general, cuando un acontecimiento de trascendencia mundial nos sorprendió: la firma del pacto germano-soviético. Surgió la guerra creando una nueva situación en toda Europa y obligándonos a revisar nuestra decisión de instalar en Francia la dirección del Partido. Preveíamos las dificultades para trabajar, dificultades que se agigantaron con la reacción de indignada hostilidad de los que se sintieron engañados y traicionados por la monstruosa coyunda Hitler-Stalin.

La dirección de la I. C., consideró que deberíamos

permanecer a la expectativa en Moscú. Como protestara contra la decisión e insistiera en salir a trabajar fuera de la U. R. S. S., se convino en enviarme a organizar un «aparato de reserva» a los países escandinavos, que permanecían neutrales.

CAPÍTULO II

Pacto germano-soviético. Antecedentes diplomáticos. Stalin opta por Hitler. La «entraña» del compromiso. Rusia ayuda al «Führer». Imperialismo soviético. La traición de Stalin.

En Moscú es imposible saber nada de nada. En toda la U. R. S. S. sucede igual. El ciudadano extranjero que viva unos meses consecutivos en los dominios de Stalin termina por olvidarse hasta de la rotación de la tierra. Ni prensa extranjera, ni radio, ni informaciones del mundo, ni rumores o cuchicheos, ni declaraciones de políticos, ni indiscreciones de «allegados». Nadie habla. Nadie sabe. Nadie dice. Nadie curioseas ni se preocupa por enterarse, pues saber algo es peligroso. Si algún indiscreto pregunta la cosa más inocua corre el riesgo de verse detenido por sospechoso de espionaje. Se vive en el más definitivo de los limbos. Las noticias de Izvestia o de Pravda dicen sólo lo que quieren decir e informan de lo que quieren que se entere la opinión pública. Como no existe posibilidad humana de conocer

distintas opiniones de las oficiales, resulta que la política soviética siempre es la más justa y adecuada y que lo que dicen, hacen o dejan de hacer las potencia extranjeras es abominable o es estúpido. El ciudadano soviético no conoce otra verdad que la establecida por la sección de propaganda del Comité Central del Partido Bolchevique. El juicio de las gentes es dirigido hacia unas conclusiones preconcebidas. Puede creer o no creer, pero no tiene más base de orientación que el instinto. Resulta casi imposible enterarse de lo que sucede en la casa del vecino, del acontecimiento ocurrido a diez pasos de nuestro lugar habitual. Un pueblo puede ser trasladado íntegramente a Siberia y se necesitarán meses enteros para que los propios parientes que habiten a diez leguas de distancia se enteren del hecho.

La vida exterior no tiene dentro de las fronteras soviéticas ninguna repercusión en su espontaneidad. No se proyectan películas extranjeras, ni circulan libros o revistas de autores extranjeros, ni se leen novelas modernas ni se hacen representaciones teatrales de actualidad. Las mismas limitaciones se observan en la divulgación científica, artística o profesional. Al mismo tiempo, ningún ruso puede viajar de un lado para otro en el territorio nacional sin previa aprobación de la I.K.V.D., y salir al extranjero sólo es privilegio que se concede a diplomáticos o a contadísimos enviados especiales del Gobierno, quienes a su regreso deberán abstenerse de todo comentario que no sea para denigrar lo que han visto y para enaltecer lo que tienen en la propia patria.

En esta supina ignorancia de lo que acontecía en el mundo, nuestras conjeturas de cómo marcharían las complejas y amenazadoras intrigas internacionales que ensombrecían el horizonte de Europa en la primavera de 1939, se alimentaban en la fantasía, en los supuestos y en las deducciones de lo que sabíamos antes de trasponer la frontera soviética. Unos u otros sabíamos que la garra de

Hitler se extendía con trágicos presagios sobre Polonia; que la opinión pública en las democracias occidentales presionaba a sus gobiernos con vistas a concertar una pronta alianza con la Unión Soviética para frenar los desmanes del nazifascismo. Sabíamos que desde los primeros días de mayo de 1939, los políticos y la prensa de mundo capitalista hablaba insistentemente de la existencia de conversaciones entre Hitler y Stalin; que en esos mismos días el embajador francés en Berlín, M. Coulondre, había advertido a su Gobierno que Rusia y el Tercer Reich trataban de concertar un pacto de amistad. Sabíamos también que el 13 de abril Churchill había pronunciado un discurso en la Cámara de los Comunes en el que había dicho: «Si la paz ha de ser preservada deberemos incluir inmediatamente a Rusia en nuestro bloque defensivo».

Venían asimismo a nuestra memoria los parloteos entre Inglaterra, Francia y la U. R. S. S., en torno a la propuesta de las primeras sobre si Rusia estaba dispuesta a otorgar una garantía unilateral a Polonia y a Rumanía en términos semejantes a los otorgados por ellas a dichos países. Y conocíamos la respuesta negativa de la U. R. S. S., así como la contrapropuesta consistente en la formación de una triple alianza para resistir a la agresión, propuesta que después de muchos dimes y diretes, había sido aceptada con fecha 27 de mayo por Inglaterra y por Francia, culminando en el envío por Inglaterra de Mister Strang, funcionario del Foreign Office, como auxiliar del embajador inglés en Moscú para concertar los términos de dicha alianza. (3)

Lo que hubiera sucedido en el mes de julio y primera quincena de agosto, era riguroso «tabú» hasta para quienes teníamos destacada representación política en las altas esferas de la Komintern.

Del intrincado laberinto diplomático deducíamos que Stalin estaba jugando una peligrosa partida en un poker de tres: Francia e Inglaterra de un lado, el Tercer Reich de otro, y la

U. R. S. S. contra las habilidades de los otros dos. Razonábamos así: las potencias democráticas con su política de apaciguamiento constituyen una amenaza para la seguridad soviética y Stalin las va sujetando con sus amagos de acuerdo con Hitler. El «Führer» -a nuestro entender- era tan imbécil que no se apercibía de la red en que le estaba envolviendo Stalin. Tal era nuestro convencimiento. En nuestros cálculos entraba todo menos la posibilidad de un entendimiento del Kremlin con «el perro sarnoso de la más sangrienta reacción», como oficialmente se le había denominado a Hitler.

Suponíamos también que si Stalin no podía sostener el tambaleante tinglado de la paz intentaría que la guerra se desarrollara entre las potencias imperialistas, buscando quedarse al margen de la misma. Lo suponíamos todo menos la posibilidad real de un pacto entre nazis y bolcheviques. Nuestra falta de información de la marcha de los acontecimientos, no nos permitía tener una visión más aproximada a la verdad.

Ignorábamos, pues, que Stalin se servía de las conversaciones con las potencias democráticas, no para «agarrar del cuello» a Hitler, sino para cotizarse ante el «perro sarnoso» y acogotar a las democracias occidentales. Stalin tuvo la opción de elegir entre un bando u otro. Los rusos llevaban las conversaciones simultáneas con demócratas y con fascistas. Optaron por los fascistas. Con un grosero realismo Stalin comprendió que situarse al lado de las democracias significaba afrontar la guerra junto a ellas contra Alemania. Por el contrario, situarse cerca de Hitler le daba la seguridad de quedarse «neutral». ¿Cuánto tiempo? No lo sabíamos, quizá Stalin tampoco, ya que al parecer sus «geniales» cálculos llegaron incluso a descartar la inminencia de la guerra. Si esto último era cierto, el maquiavelismo de Stalin no pasaba de ser una auténtica zapatilla rusa. Al pactar Hitler con Rusia no lo hacía sólo por crearse una zona

de seguridad en el Este, sino para tener las manos libres en el occidente. Luego la guerra era inevitable. Si Stalin pensó en un nuevo Munich a costa de Polonia, repartiéndose la presa con los nazis, con el refrendo de las espantadas democracias, Stalin erró el tiro.

Entre la desorientada emigración española en la U. R. S. S., cayó como una bomba la presencia de Ribbentrop en Moscú, la publicación de risueñas fotografías de nazis y bolcheviques juntos y revueltos y la noticia de la firma del pacto germano-soviético, cuyo texto decía así:

«Los Gobiernos alemán y soviético, guiados por el deseo de consolidar la paz entre Alemania y la U. R. S. S. (obsérvese que no dice de mantener la paz en el mundo, sino entre ambos nada más), y fundándose en las prescripciones fundamentales del tratado de neutralidad de 1926, han decretado lo siguiente:

»Artículo primero. Las dos partes contratantes se comprometen a abstenerse entre ellas de todo acto de violencia, de toda acción agresiva y de toda agresión y esto, tanto aisladamente como en unión de otras potencias.

»Artículo segundo. En el caso de que una de las partes contratantes fuese objeto de un acto de guerra por parte de otra potencia, la otra parte no asistirá, bajo ninguna forma, a esta tercera potencia.

»Artículo tercero. Los Gobiernos de las dos partes contratantes permanecerán en el futuro constantemente en

contacto, por vía de consulta, para informarse recíprocamente de las cuestiones que afecten a sus intereses comunes.

»Artículo cuarto. Ninguna de las dos partes contratantes participará en un grupo de potencias dirigido, directa o indirectamente, contra la otra parte.

»Artículo quinto. En el caso de que surgiesen diferencias o conflictos entre las dos partes sobre algunas cuestiones, cualquiera que sea su naturaleza o su origen, las dos partes resolverán esas diferencias o conflictos exclusivamente por medios pacíficos, es decir, por un cambio amistoso de puntos de vista o, si fuera necesario, por comisiones de arbitraje.

»Artículo sexto. El presente tratado se concluye por un período de diez años, en la inteligencia que si uno de los contratantes no lo denuncia un año antes de la terminación de este período, la duración de la validez de este tratado se considerará prolongada automáticamente por un período de cinco años.

»Artículo séptimo. El presente tratado será ratificado en el plazo más breve posible. Los instrumentos de ratificación serán cambiados en Berlín. El tratado entra en vigor desde el momento de su firma.»

¡Así rezaba el cartel del infamante pacto, que el mundo no podrá olvidar jamás y que la clase obrera recordará siempre con el nombre afrentoso de la traición de Stalin!

*

En la noche de aquel mismo día hablé con Manuiski, en

cuya casa me alojaba. Nos conocíamos de antiguo. Manuiski era cordial, y su mentalidad, ágil, concebía como un occidental. Era de los pocos hombres de la vieja guardia y amigo de Lenin que todavía se mantenía como figura de gran relieve en la era estaliniana.

-¿A qué se debe este viraje, camarada Manuiski? - pregunté.

-Tratamos de evitar la entrada de la U. R. S. S. en una guerra para la que no estamos preparados... Necesitamos ganar tiempo.

-Pero si el pacto deja las manos libres a Hitler, las consecuencias, a la corta o a la larga, serán terribles para la U. R. S. S.

-No lo creas -dijo con cierta suficiencia. Nuestro propósito inmediato es liquidar a este gendarme polaco que siempre ha hecho de su espalda un puente para la agresión imperialista contra la U. R. S. S.

-¿Liquidarle?...

-Esa será la inmediata consecuencia del pacto. Polonia dejará de ser un Estado. Tendremos frontera común con Alemania -dijo sonriendo con sus ojillos un poco mongólicos y atusándose el bigote que le caía en cortina sobre la boca.

-Pero eso es la guerra. Sobre todo después de las garantías concedidas por Francia e Inglaterra a Polonia -observé.

-Sólo una banda de locos suicidas se atrevería a desencadenar la guerra contra Alemania y la U. R. S. S., por defender a Polonia. Están demasiado asustados los Chamberlain para aventurarse en tal empresa. Harán ahora como hicieron en Munich. Chillarán y patalearán, pero no creo que se decidan por la guerra -afirmó.

-¿Y ya han previsto ustedes la posibilidad contraria?

-Todo está previsto y calculado. Nosotros no podemos perder.

... Como observara en mí un gesto de extrañeza y de incomprensión, se apresuró a aclararme el misterio. Y suyas fueron estas palabras:

-Si los capitalistas quieren degollarse entre sí, mejor que mejor. Llegado el momento oportuno, cuando ambos bandos estén destrozados, nos veremos solicitados por las dos partes. Podremos decidir lo que mejor nos convenga. La intervención de nuestro ejército no será para sacar las castañas del fuego a ningún país capitalista, ¿comprendes?...

-Comprendo. Mi única reserva es ésta: si el poderío alemán logra devorarse a Europa entera ¿no se verá la U. R. S. S. expuesta a tener que hacerle frente cuando la máquina fascista se haya reforzado con los hombres y el trabajo de una Europa esclavizada?

-Si tal sucediera, Hitler tendría que distraer la mitad de su ejército para asegurarse tan extensa y peligrosa retaguardia, y nosotros contaríamos con la alianza de veinte naciones que nos acogerían como sus libertadores. Lo que no habrán logrado los capitalistas lo lograremos nosotros: los pueblos se alzarán en masa contra los invasores -afirmó con gran énfasis.

-Pero toda la estrategia de Hitler está montada en librar la lucha en un solo frente y este pacto viene a favorecer sus planes -observé.

-Momentáneamente, sí; pero también nos favorece a nosotros porque necesitamos ganar tiempo, tiempo y tiempo. Hizo una pausa y agregó: «No olvidamos las lecciones del pasado. El Kaiser Guillermo fue derrotado por la guerra en dos frentes. Y fueron las tropas del Zar en el Este las que impidieron que los alemanes descargaran toda su potencia contra París. Lo sabemos, pero no tenemos opción. Hoy sería una aventura arriesgarnos a participar en la guerra con unos

aliados tan vacilantes como los ingleses y franceses, que hasta ayer mismo han estado tratando de hacer con Hitler lo que hemos hecho nosotros. Si lo hubieran logrado, hoy tendríamos sobre nuestra frontera a doscientas divisiones fascistas.

-Pero si la U. R. S. S. fuera un aliado de las potencias occidentales...

-El panorama variaría poco. Serían unos aliados muy sui géneris: contemplarían cómo nos batíamos alemanes y rusos y si las cosas iban mal se apresurarían a buscar una paz por separado con Alemania a costa de nuestras costillas. ¡No! - exclamó riendo-. Dado el caso de que así nos conviniera, nos aliaríamos cuando toda su capacidad de maniobra estuviera rota y nos suplicaran que les sacáramos del pozo.

-Otra cuestión, Manuiski: ¿Qué repercusiones políticas producirá este pacto en los medios proletarios y democráticos en general? -pregunté con cautela.

-En los primeros momentos provocará confusión. Pero movilizaremos todas nuestras fuerzas para hacer comprender que los pactos diplomáticos nunca suelen inspirarse en razones ideológicas, sino más bien en rigor de ciertas conveniencias nacionales.

Al oírle tan cínica confesión no pude evitar el recuerdo de muchos acontecimientos en España. También allí habían jugado preferentemente las «conveniencias nacionales»... de los rusos. Manuiski estaba derribando las últimas bambalinas que velaban la comprensión de nuestra tragedia.

-Además -seguía diciendo-, a lo largo de los tiempos y de la historia siempre se han producido alianzas y pactos extraños. Cuando así les ha convenido, los protestantes se han aliado a los católicos y los católicos a los protestantes. No han faltado príncipes católicos que se han aliado al Turco para luchar contra otros príncipes de la cristiandad. Luis XIV fue aliado de los protestantes y revocó el edicto de Nantes.

Y, en política, no lo olvides, la razón del que triunfa, siempre es la mejor razón.

La explicación no hizo sino alimentar mis recelos. Los hechos vendrían a demostrarme que toda la argumentación de Manuïlski no era otra cosa que una cínica humareda para ocultar la más desaforada política imperialista de quienes habían cambiado a Marx por Pedro el Grande.

*

No han faltado escritores «simpatizantes» o rusófilos que han pretendido encontrar en el pacto germano-soviético la fría razón de un estadista que se valió del único medio que era viable para salvar a su pueblo de la guerra, y reputan la maniobra de genial. No cabe duda que desde el punto de vista de egoísmo nacional, del chauvinismo más cerril y de la negación de todos los valores éticos y políticos de un Estado, el pacto germano-soviético puede encontrar justificación. La U. R. S. S. recelaba de las democracias y tenía miedo a Hitler. Para ella, desde el punto de vista ideológico, la diferenciación entre ambas fuerzas eran simplemente de matiz. Si pactando con una se veía libre de las dos y, al mismo tiempo las empujaba a destrozarse mutuamente, la ganancia era segura, no tenía pérdida posible. Hasta ahí la felonía envuelta en el celofán de la razón de Estado. Pero fuera de ahí no queda otra cosa que la sucia ambición imperialista, el afán de destrozar a otros pueblos, de aplastarlos y subyugarles; queda la traición a los principios del internacionalismo. Stalin al pactar con Hitler, rompía definitivamente con las débiles amarras que le ligaban a los principios socialistas. Facilitando el aplastamiento de las democracias burguesas, condenaba al exterminio los movimientos progresistas y revolucionarios de Europa. No

era, pues, una simple «neutralidad» la que había pactado Stalin. Un Estado socialista que facilita el imperio de la barbarie con su «neutralidad», no hace sino proclamar su beligerancia contra todos los valores de la civilización y cultura humanos. Stalin no ignoraba que su entendimiento con el fascismo crearía el caos más espantoso en los medios del proletariado internacional, que rompería todos los pactos de unidad y que enterraba definitivamente la política de Frentes Populares. Sabía que el odio y el desprecio ahogarían a los comunistas en cada país y que serían tildados de traidores y quintacolumnistas al servicio de la traición nacional y del fascismo. Stalin llevaba la desmoralización y la guerra civil a los pueblos amenazados por los nazis. Stalin ayudaba a Hitler.

La beligerancia de Stalin quedó demostrada no sólo en la ayuda práctica de trigo, forraje, petróleo, grasas, etcétera, que le suministraba en exclusividad, sino en declaraciones públicas como éstas: *Izvestia*, diario oficial del Gobierno soviético, escribía el 9 de octubre de 1939: «Iniciar una guerra con el fin de destruir el hitlerismo es cometer una locura criminal en política.»

El 10 de agosto de 1940, en la séptima sesión del Soviet Supremo, Molotov, Presidente entonces del Consejo de Comisarios del Pueblo, declaraba: «Nuestras relaciones con Alemania, en las que se produjo un viraje hace casi un año, continúan manteniéndose plenamente, según estipula el pacto soviético-alemán. Este pacto, al que nuestro Gobierno se atiene plenamente, eliminó la posibilidad de rozamientos en las relaciones soviético-alemanas en la aplicación de medidas soviéticas a lo largo de nuestra frontera occidental y, al mismo tiempo, garantizó a Alemania una seguridad tranquila en el Este. El desarrollo de los acontecimientos en Europa no sólo no debilitó la fuerza del pacto soviético-alemán de no agresión, sino que, por el contrario, hizo resaltar la importancia de su existencia y de su ulterior

desarrollo. Sólo podemos afirmar que, a nuestro juicio, las relaciones de buena vecindad y de amistad soviético-alemanas no se basan en consideraciones casuales de un carácter de coyuntura, sino en los intereses estatales básicos tanto de la U. R. S. S. como de Alemania.»

Y el mismo Stalin declaraba en *Pravda* el 30 de noviembre de 1940: «No es Alemania quien ha atacado a Francia e Inglaterra, sino Inglaterra y Francia quienes han atacado a Alemania, asumiendo así la responsabilidad de la guerra actual.»

Los Partidos Comunistas en todos los países siguieron la inspiración estalinista y declararon la contienda como una guerra entre potencias imperialistas y, entre los dos bloques, optaron por el del fascismo al cesar de combatir a éste y presentar a ingleses y franceses como «incendiarios de la guerra». (4)

Es indudable que en la rápida caída de Francia no solamente jugaron factores de descomposición interna, sino la posición de la U. R. S. S. La tremenda decepción de la democracia francesa ante la actitud soviética facilitó el desfonde de la resistencia. Prueba de ello es que cuando Hitler atacó a la U. R. S. S., comenzó a vibrar el entusiasmo combativo en las masas del pueblo francés y fue posible emprender la acción de la resistencia clandestina de los patriotas.

Hitler pagaba en buena moneda la traición de Stalin. El 24 de octubre de 1939, Ribbentrop declaraba en un discurso pronunciado en Dantzing: «Las tropas rusas avanzaron en todo el frente polaco y ocuparon territorios hasta la línea de demarcación que había sido previamente convenida con ellos.»

El 26 de noviembre de 1939 se denunciaba el pacto con Finlandia, que originó una guerra completamente impopular y

ridícula para la U. R. S. S, terminada con la creación de la República Carelo-Finlandesa.

El 27 de junio de 1940, Rusia ocupó la Besarabia y la Bukovina septentrional. El 21 de julio ocupaba Lituania, Letonia y Estonia y las hacía desaparecer del mapa geográfico. En abril de 1941, el tratado ruso-japonés reconocía la ocupación japonesa de Manchuria y el Japón reconocía a los rusos su protectorado sobre Mongolia Exterior. Un arreglo de dos imperialismos a costa del pueblo chino. Ni qué decir que este pacto dejó al Japón con las espaldas bien guardadas para realizar su ataque de Pearl Harbor del mismo modo que el pacto con Alemania dejó a Hitler en libertad de desatar la guerra en el Oeste.

El crimen de Stalin y de su banda era tanto mayor, cuanto que su fuerza pudo haber sido decisiva en cualquier momento de la guerra y haber evitado el colapso de casi toda Europa y ahorrado infinidad de vidas y sufrimientos a la Humanidad y a su propio pueblo.

El crecimiento militar alemán siguió el ritmo siguiente: De 10 divisiones en 1933 a 44 divisiones en 1938, en el período de plena agresión a España. Es decir, había organizado 34 divisiones en cinco años, siendo la media de crecimiento de 7 divisiones por año.

En 1938 Hitler se encontraba ya mejor preparado, había logrado crear una sólida base industrial y había instruido militarmente a sus reservas y creado cuadros preparados. En ese mismo año de 1938, comienza una nueva etapa de actividad militar caracterizada por la agresión armada a los pequeños estados, Austria y Checoslovaquia. Es éste un

período de transición hasta el comienzo de la guerra en 1939 en el que Hitler despliega sucesivamente su fuerza militar, que pasa de 44 divisiones después de la agresión a Austria, a 51 después de la ocupación de Checoslovaquia, a 100 al comenzar la guerra con Polonia, a 210 al inicio de la lucha con Francia, y llega a su máximo, 260 divisiones cuando ataca a la U. R. S. S., sobre cuyas fronteras lanza 170 divisiones. Era una fuerza colosal, pero, o Stalin era un embustero o a la U. R. S. S. le habían sobrado siempre fuerzas para someter a Hitler.

En el discurso de Vorochilov en el XVIII Congreso del Partido Bolchevique, celebrado en marzo de 1939, después de afirmar que en 1938 la aviación soviética era el doble de poderosa que la alemana informaba que desde el XVII Congreso, celebrado en 1934, al XVIII Congreso, es decir, en cinco años, el ejército soviético había aumentado el doble. Según información de Stalin a la nueva promoción de oficiales de la Escuela Frunce de Moscú, en 1941, antes de la agresión alemana, el Ejército Rojo contaba con 300 divisiones, la mitad motorizadas. Quiere ello decir, aunque le supongamos un crecimiento de 50 divisiones por año, que en 1939, cuando hablaba Vorochilov, la U. R. S. S. contaba con 200 divisiones, lo que es igual a 100 divisiones en 1934, cuando Hitler apenas si disponía de una veintena.

En 1938 Hitler tenía 44 divisiones. Suponiendo que la U. R. S. S. no hubiera aumentado un solo soldado en su ejército le sobrepasaba en más del doble. En 1939, al comenzar la guerra con Polonia, Hitler contaba con 100 Divisiones. Y en ese período la U. R. S. S. con 200. El máximo de fuerzas Hitler lo alcanza en el momento de la agresión a la U. R. S. S., sumando 260 divisiones. Según las palabras de Stalin, en aquel momento la U. R. S. S., sin haber desplegado sus fuerzas, contaba con 300 divisiones.

Vorochilov sigue diciendo: «Toda la artillería de acompañamiento de un cuerpo de infantería alemán,

compuesto de tres divisiones, dispara, en una sola descarga, 6,070 kilogramos y el cuerpo de infantería del Ejército Rojo 7,136 kilogramos.» «El peso de las granadas que puede lanzar en un minuto un cuerpo de infantería del tipo mencionado es de 48,769 kilogramos en la alemana y de 66,505 kilogramos en la soviética.» «Calculando en 100 la descarga de toda clase de armas de los tanques y carros de asalto en 1934, tenemos en 1939 un aumento cuatro veces mayor.»

Y Vorochilov sigue dando cifras impresionantes del poderío soviético, para hacer esta terminante conclusión: «Estas cifras pueden servir como magnífica camisa de fuerza soviética para todos los agresores delirantes que, en un ataque de locura, pretendan lanzarse contra la tierra soviética.»

*

En todas las conciencias honradas del mundo levantó un vendaval de indignación el pacto germano-soviético, pero en los españoles que se habían batido durante tres años contra los fascismos de todos los colores, las consecuencias fueron infinitamente más penosas y las reacciones más violentas. En el interior del país, los combatientes que sobrevivían en las cárceles, en espera de ser llevados a los patíbulos fascistas, saborearon todas las hieles de la decepción al saber a Stalin en alegre compadrazgo con quienes habían hecho posible en España el sangriento régimen de terror en que vivían. Al mismo tiempo, el pacto germano-soviético rompió en mil pedazos la unidad de los comunistas con el resto de las fuerzas políticas de la emigración republicana, integrada por medio millón de combatientes que se hallaban en Francia, los que poco después al derrumbarse la débil resistencia

francesa, habían de quedar a merced de los piquetes de la Gestapo.

CAPÍTULO III

Funcionario del Komintern. Viaje ilegal a Suecia. El miedo en la Unión Soviética. Yo vi llorar a nuestros hombres. El infierno de las fábricas rusas. Españoles condenados en la «Estepa hambrienta». Prostitución y bandidaje en nuestros jóvenes. ¡Dos mil tumbas de niños españoles en la U. R. S. S.!

Había dado comienzo la afrentosa guerra contra Finlandia. Moscú se conmovía enardecido a conjuro de bélicas arengas, en las que se exaltaba hasta al frenesí la sin par heroicidad de los combatientes rojos contra «la soldadesca fascista» de Mannerheim. Los partes de guerra relataban a diario y en serie hazañas inigualables. La U. R. S. S. se defendía con estoicismo espartano de sus poderosos y temibles enemigos: ciento ochenta millones de rusos veíanse compelidos a hacer frente a cuatro millones de finlandeses. ¡Gloria al Ejército Rojo!

Era quizá relativamente fácil hacer comulgar a los rusos con descomunales ruedas de molinos: la poderosa propaganda estaliniana es capaz de conseguir esto y mucho más. Pero en el exterior las cosas tomaron un cariz distinto. La impopularidad de esta guerra hacía más bajas en las

conciencias de los hombres simpatizantes de la U. R. S. S., que todo el fuego de los defensores de Vivorg en las filas del Ejército Rojo. En la Unión Soviética se redoblaba el ritmo del trabajo y se reducían las normas de racionamiento a los ciudadanos.

Salí para Suecia acompañado de mi mujer y de Juan Comorera, Secretario General del Partido Unificado de Cataluña. Nuestros documentos nos acreditaban como turistas latinoamericanos que íbamos a embarcar a Noruega. La policía sueca no prestó mayor interés a quienes, según los visados, deberían salir para el vecino país en un término de setenta y dos horas. Se limitó a hacernos objeto de una discreta vigilancia hasta el mismo momento de atravesar la frontera hacia Noruega. Al llegar a Oslo el «aparato» nos hizo desaparecer en los mismos andenes de la estación. Al día siguiente la policía noruega nos buscaba por todas partes. Turistas provenientes de la Unión Soviética que habían «perdido» el barco y que no habían comparecido en la compañía naviera, ni reclamado ni hecho gestión alguna para anular sus pasajes o renovarlos, resultaban harto más que sospechosos. En aquellas mismas horas un automóvil nos aproximaba a los lindes geográficos de Suecia, mientras se esperaba la caída del día para poder atravesar la frontera por caminos de clandestinidad y contrabando. Llegó la noche envuelta en nieve. Una ventisca de horror, que helaba los huesos, protegió nuestro penoso regreso a Suecia. Otro automóvil y, horas después, nos calentábamos en una burguesa residencia de Estocolmo. La eficiente policía sueca no podía sospechar nuestro rápido regreso. Hicimos desaparecer nuestros falsificados pasaportes, obra maestra de la N.K.V.D. Ya no nos servían y en cambio nos comprometían. Nunca hubiera creído, de no haberlo palpado tan de cerca, que se pudiera odiar tanto a un pueblo como se odiaba en Suecia a la Unión Soviética. No eran los burgueses ni los reaccionarios, ni los pequeñoburgueses. Eran todos

ellos juntos a más de todas las masas populares comenzando por la clase obrera. La guerra contra Finlandia había sublevado la conciencia de los suecos, sin distinción de ideología, contra el País del Socialismo. El minúsculo Partido Comunista se había convertido en el blanco de todas las iras. Los comunistas eran excluidos de los sindicatos, y hasta los carteros se negaban a distribuir los paquetes de prensa comunista. Las «razzias» contra los supuestos o reales agentes de Moscú eran incesantes; espontáneamente colaboraban con ellas los porteros de todas las casas, que denunciaban a la policía a todo extranjero o elemento sospechoso. Nuestro trabajo se hacía difícilísimo. Nos delataba nuestra traza inconfundible de tipos mediterráneos. No podíamos salir a la calle más que amparados en la sombra de la noche. Pronto nos convencimos de que nuestra estancia en ese país era tan arriesgada como ineficaz. Sin embargo, Comorera y yo no queríamos regresar a Moscú ni a rastras. Solicitamos permiso y pasaportes a Moscú para dirigirnos a México. Moscú, de manera incomprensible para nosotros, insistía en que permaneciésemos en Suecia. Al cabo de seis meses de infructuosos empeños para conseguir nuestro desplazamiento a América, nos ordenaron regresar a la Unión Soviética.

Lo curioso de la orden de retorno era que se nos ordenaba el valernos de nuestros propios medios para efectuar el viaje. El hecho era insólito en las prácticas conspirativas por las que el «aparato» se regía. Teníamos dinero pero carecíamos de pasaportes. Resolvimos ponernos al habla con el senador socialista Branting, al que yo había tenido ocasión de conocer en sus frecuentes visitas a España durante la guerra. Le expusimos nuestra situación, los medios de que nos habíamos valido para introducirnos ilegalmente en su país y nuestro deseo de salir hacia la U. R. S. S. Nos prometió someter nuestra demanda al ministro del Interior. Al día siguiente nos comunicaba que el ministro estaba

preocupadísimo, pues de saberse que dos agentes de la Komintern habían podido permanecer durante seis meses burlando la vigilancia de la policía en el mismo Estocolmo, se vería obligado a dimitir como consecuencia del escándalo que se armaría. Todo cuanto podía hacer por nosotros... y por él, era «ignorarlos», facilitarnos la salida en avión hacia la U. R. S. S., sin trámites ni pasaportes. Embarcar y desaparecer. El ministro «no sabía nada de nada». Y así volvimos sin tropiezo alguno hacia los dominios de Stalin.

Comorera fue más afortunado que yo. Poco después lograba salir por la ruta del Pacífico hacia América. Yo encontré una oposición cerrada. El Ejecutivo de la I. C., de acuerdo con Pasionaria, estaba empeñado en retenerme en Moscú. Alegaban aquél y ésta que los anarquistas habían escrito una serie de libros en los cuales se atacaba furiosamente la gestión soviética en España, se insultaba a Stalin y se denigraba la actuación de los comunistas en la guerra, hasta presentarnos como responsables de la derrota. Se precisaba una réplica implacable contra anarquistas, socialistas y republicanos, y esa réplica debería ser yo precisamente quien la diera en un libro, que sólo podría ser escrito en Moscú. Una vez concluida la obra se decidiría sobre mi salida al extranjero.

Comprendí la situación. En el Ejecutivo de la Internacional Comunista se tenían algunas reservas sobre mi fidelidad y firmeza. Mi retención en Moscú sería la «prueba». La «prueba de la retención» en Moscú era entonces, y sigue siéndolo hoy, un método muy usual en los medios estalinianos. Cuando se tenían dudas sobre un compañero se le obligaba a permanecer indefinidamente en el «aparato» del Komintern. Sin que nadie se lo dijera, el confinado en Moscú se sabía prisionero, vigilado y en «desgracia». Cumplir con desgana el trabajo asignado, mostrar deseos de salir de la Unión Soviética para incorporarse al trabajo activo en su Partido, o no evidenciar el más encendido entusiasmo por cualquier

simpleza soviética, eran motivos más que suficientes para el aniquilamiento político del «probado». Si el confinado no demostraba una sumisión absoluta se comenzaba el acoso más implacable para hacerle comprender que no era nadie y que el último empleado era más digno de consideración que él. Progresivamente se le iría degradando hasta reducirle a la función más subalterna. Y al descendérsele de rango, automáticamente reducíansele también sus haberes, y hasta en el hotel o en la casa en que viviera se le desalojaría obligándole a trasladarse a otra de inferior condición.

Cuando el «probado» no tenía los nervios bien templados él mismo precipitaba el desenlace. Generalmente insistía en sus deseos de abandonar la Unión Soviética. La reiteración del propósito «confirmaba» a los encargados de la «vigilancia bolchevique», la peligrosidad del compañero. Y el cerco se apretaba hasta que la desesperación inducía al hombre a la protesta abierta. En ese momento el «probado» pronunciaba su propia sentencia política... y física.

Cualquier ciudadano del resto del mundo puede suponer que en tal caso, el aceptar o el rechazar la permanencia en a U. R. S. S., es un problema puramente personal. Eso es posible en cualquier país capitalista, pero en la «libre» patria de Stalin esa opción la resuelve el dilema: vivir o morir.

Yo había expresado dudas sobre la política de la Komintern en España, sobre la conducta seguida con Largo Caballero y con Prieto; había criticado la actuación de Pasionaria, Togliatti y Stepanov; había condenado el crimen de Nin y la persecución contra el P.O.U.M.; había manifestado disgusto por la intromisión de los «consejeros» soviéticos y mostrado poco entusiasmo por la forma en que se nos proveyó de suministros soviéticos. Todo esto debería ser puesto en claro. Lo comprendí y me apresté a salir bien de la «prueba». Era mi pasaporte de salida. Me alentó el saberme acompañado, el no estar solo. Una serie de compañeros habían hecho de la simulación su mejor arma de defensa contra los sabuesos del

«aparato» de la I. C. No obstante, en mi casa, aunque con las debidas precauciones, nos reuníamos casi todos los miembros del Comité Central y de la dirección de las juventudes y sometíamos al fuego de la crítica todo lo que hallábamos criticable en la U. R. S. S. y, sobre todo, la conducta servil de algunos de los miembros del Buró Político de nuestro Partido, tales como Pasionaria y Antón. Nuestras críticas a la U. R. S. S. dejaban indemne la esencia del régimen estaliniano. Lo que era una conducta política conscientemente estudiada y metódicamente aplicada, lo atribuíamos a simples errores de los hombres, y, como tales, de fácil rectificación. Este error de apreciación debería reflejarse en algunos de nosotros hasta mucho tiempo después de nuestra ruptura con los dirigentes soviéticos. Rechazábamos sus métodos pero defendíamos su obra. La Unión Soviética -nos decíamos-pese a todo, es el baluarte del socialismo mundial. No comprendíamos el proceso degenerativo de la Revolución de Octubre.

No obstante, en nuestro silencio en la U. R. S. S. no solamente había incompreensión, sino también temor. Cuando fuimos comprendiendo ciertos hechos reveladores de una política criminal, seguimos callados. En nuestro silencio había miedo.

Quien no conozca la vida interna de la Unión Soviética no sabe hasta qué grado la impotencia y la más desesperada nulidad rodean al hombre. En cualquier país un gesto de resistencia o protesta puede llevar al ciudadano a la expulsión de su organización o conducirlo hasta la cárcel. Pero el hombre sabe que su protesta tiene un significado, un eco o una explicación ante los tribunales; sabe que él y nadie más que él es responsable de sus actos, que su familia queda a salvo de toda culpa y que, aun encarcelado, sigue siendo un hombre. En la U. R. S. S., el que se hace reo político no solamente siente la muerte política, sino la infinidad de su soledad. Si alguien se entera de su «gesto» es para

condenarlo y para renegar de toda amistad con el «trotskista», «bujarinista», «zinovievista», «perro antisoviético», etc., que se ha atrevido a decir, por ejemplo, que «el pacto germano-soviético fue un crimen», o que «la U. R. S. S. ha provocado la guerra coreana».

No hay ciudadano, ni compañero, ni amigo, ni periódico, ni nadie que sea capaz de repetir estas verdades, ni siquiera en voz queda, aunque las sienta tan inconcusamente como que ellos son hijos de madre... El más profundo desaliento se adueña de la voluntad de uno. La sociedad te rechaza y el régimen te aniquila y aniquila a tu familia, te condena al ostracismo en las más infernales lejanías, absolutamente aislado de tus seres queridos, que a la vez son condenados a la miseria y al aislamiento más insufrible y degradante. Te quedan tres alternativas: el suicidio, la muerte lenta en un infierno de torturas morales y físicas en la gélida Siberia, o, si persistes en la discrepancia, el tiro en la nuca. Y el ánimo se empavorece, la entereza se humilla y el instinto de conservación se sobrepone a la dignidad.

Cuantos han conseguido salir de la Unión Soviética han dejado reflejados en sus relatos verbales o en las cuartillas el ansia de fuga, la angustia de las horas, los miedos de cada día.

Es un miedo que nada tiene que ver con la cobardía.

Es el miedo del hombre que se ve inerme y se sabe completamente impotente frente a la acometida de una manada de lobos hambrientos contra los que toda valentía resulta quimérica y perdida de antemano toda lucha. Es el miedo del condenado a vivir minuto a minuto su propia muerte. Un miedo sin otra perspectiva que el miedo mismo.

No es otra cosa lo que nos revelan los crispantes relatos de hombres como Ettore Vanni, Castro, Rico, «El Campesino», o como Krivintsky o Kravchenko, o Jan Valtino ¿Podemos tildar a estos hombres de cobardes? No, de ninguna manera. Su

propia denodada pelea para perseverar sin desmayo en la esperanza de la huida les acredita ya de audaces y hasta de temerarios. En la Unión Soviética el «desviado» político siente miedo a la espantosa tortura de la soledad, de verse solo, atrozmente solo en medio de multitudes que lo ignoran por completo y a la impotencia frente a un miedo colectivo asfixiante. Tengo a la vista un ejemplo: Enrique Castro. Me consta que no era cobarde físico. Y, sin embargo, le he visto en Moscú palidecer, descomponerse hasta enfermarse ante la inminencia de mi salida de la U. R. S. S. El acobardamiento provenía de su miedo político que, en Rusia, provoca estados anímicos semejantes al miedo físico. En la U. R. S. S. es más cruel la muerte política que el pistoletazo en la nuca. Por lo demás, es de sobra sabido que a veces, la mayoría de ellas, a la corta o a la larga, lo uno conduce a lo otro.

El temor de Castro no era producto de una actitud de enfrentamiento contra Stalin o contra el régimen soviético. Lo inspiraba, simplemente, el tener que enfrentarse a Pasionaria en la arena del país soviético, donde el vencido pierde todo lo que tiene que perder, si el vencedor goza del favor oficial. Castro refleja su miedo con estas palabras que transcribo de su libro «Mi fe se perdió en Moscú»: «... Sigo preocupado. Hernández insiste en salir rápidamente para América. Los descalabros del núcleo dirigente en México y en Cuba son motivos sobrados para aconsejar una reorganización incorporando nuevos elementos... Temo que Hernández logre salir y dejar esto en una situación en la que Dolores tenga todas las posibilidades de aplastar a los descontentos... Estoy seguro de que si este golpe se produce, la primera víctima seré yo.» Y más adelante, contestando a una pregunta de Líster acerca de las consecuencias que pudiera acarrearles mi marcha, contesta Castro: «Fuera él de aquí, desaparecerá toda esperanza en los compañeros, vendrá el desfonde y comenzará, sin duda, el aplastamiento del descontento.»

Ese tipo de miedos sólo en Rusia puede darse. Y lo más tremendo es que, al igual que entre los soviéticos, también entre los españoles el temor lleva a renegar de la amistad, acusar para salvarse y hasta infamar por cobardía.

*

Debo dejar bien sentado que los dirigentes soviéticos, con reservas o sin ellas, me trataron en todo momento con excepcionales atenciones. Personalmente disfrutaba de privilegios que le estaban vedados a los mismos secretarios del Ejecutivo de la I.C. Aunque me nombraron representante del Partido Comunista de España en la Komintern, para mí no existía la disciplina burocrática, pues el día que quisieron imponérmela contesté diciéndoles que no concebía el trabajo revolucionario y político comenzándolo a horas fijas y terminándolo a una concreta del día, por jornada de ocho horas. Como funcionario de la Komintern me asignaron un sueldo elevado. Y en mi calidad de colaborador y comentarista de la Radio de Moscú en sus emisiones para América Latina, ganaba el dinero que quería. Disponía de habitaciones permanentes en el Hotel Lux y de la «dacha» junto con Manuilski, los dos únicos a quienes se nos reconocía ese derecho.

Durante los meses que siguieron a mi retorno salí varias veces de Moscú haciéndome acompañar de Castro, para visitar los colectivos donde se hallaban trabajando los camaradas españoles. Las continuadas protestas de nuestros compañeros creaban inquietud en la Komintern. Nuestra misión era la de ir a tranquilizarles y a reprenderles por su «indisciplina».

Sería preciso la pluma de un Dostoyevsky para relatar la

trágica odisea de aquellos cientos de españoles desparramados por las más distantes regiones de la inmensidad soviética. Se comprenderá mejor si advertimos que todos ellos fueron escrupulosamente seleccionados para ir a estudiar a diferentes escuelas (políticas, militares, técnicas) de la Unión Soviética. Ninguno había sido llevado para que trabajase en la producción. Los habían concentrado en una casa de reposo en la ciudad de Jarkov. Una veintena habían sido destinados a la escuela política; otros tantos, a las Academias Militares. Al resto, las autoridades soviéticas los lanzaron a las fábricas.

Quien no haya conocido de cerca las fábricas soviéticas no puede tener una idea del ritmo enloquecedor con que allí se trabaja. En mis primeras visitas, cuando iba como simple turista, me maravillaba el esfuerzo colosal de los obreros, cuyo afán por rendir mayor cantidad de producción lo atribuía al entusiasmo y alegría de los proletarios, conscientes de que la propiedad colectiva era, al igual que el fruto de su trabajo, una parte integrante del mismo productor. ¡Cuán lejos estaba de la verdad! Ahora sabía por boca de mis compatriotas que aquellas extenuadoras formas de trabajo respondían a la desesperada búsqueda de unos rublos más para poder aumentar la ración de pan negro o para poder endulzar el té.

En la U. R. S. S. se trabaja, generalmente, a destajo. Las normas de producción y el valor de la producción de las mismas las determinan los jefes de la industria y los directores técnicos. «La fijación de las escalas de salarios debe quedar por completo en manos de los jefes de la industria. Son éstos los que deben fijar las normas». (Andreiev. *Pravda*, 29 de diciembre de 1935).

Los jefes de industria reciben pingües primas del Estado en cumplimiento de los planes de producción y por la economía conseguida durante el ejercicio mensual, semestral o anual. El obrero no percibe ningún beneficio. Esto excita la codicia de los altos burócratas de la industria. (5)

Supongamos que se fija a un tornero la producción normal en el curso de la jornada en diez piezas X. Cada una de esas piezas se pagan a rublo. El obrero gana 10 rublos diarios. Como el precio de la pieza está conscientemente calculado bajo para incitar al obrero a producir más piezas si quiere obtener el mínimo que necesita para vivir, éste se afana y se agota en el esfuerzo por aumentar la producción. Y en vez de producir diez produce quince. Y aquí entra en juego la extorsión y el atraco de los jefes de industria. Cuando sudando sangre y extenuado por el esfuerzo el trabajador consigue estabilizar su producción en 15 piezas, la dirección de normas de la fábrica estima que la «norma» de producción en una jornada deben ser 15 y no 10. (6)

Y al modificar la norma se reajusta el pago de las mismas, nunca en la misma proporción al viejo valor establecido, sino a menor precio. El trabajador deberá producir ahora veinte piezas para estabilizar su salario en lo que percibía por la producción anterior de 15. ¡Ese era el secreto de aquel ritmo enloquecedor que yo observaba en las fábricas soviéticas y que lo atribuía al entusiasmo, cuando no era otra cosa que la consecuencia de la explotación más despiadada y científica de la clase obrera y la manera de succionar la plusvalía del trabajo por el Estado y la casta burocrática! En definitiva, el sistema era una acabada manera de apropiación capitalista en las condiciones del capitalismo de Estado.

-Nos convocan, a veces, a algunas asambleas de producción -me explicaba un camarada español que trabajaba en la fábrica de locomotoras de Krematorsk-. Habla el director o el representante sindical. Someten a la aprobación de los obreros las modificaciones de las normas y del precio de cada pieza. Después piden nuestra opinión. Si alguien objeta la propuesta, surge inmediatamente algún miembro del Partido que comienza a decir que «para los bolcheviques no hay

nada imposible», que «los bolcheviques sin Partido» deben marchar al mismo paso que los que ya tienen el «glorioso» carnet, que los que se oponen a las nuevas normas son «saboteadores» de la construcción del socialismo, etc., etc. Te amedrentan. Se pone a votación y preguntan quién está en contra. Nadie osa significarse. Y se aprueban por «unanimidad» esas disposiciones antieconómicas que lesionan los intereses del obrero. Después se manda un telegrama a Stalin diciendo que los obreros de la fábrica de Krematorsk, llenos de espíritu bolchevique han acordado aumentar sus normas y retan a emulación a otras fábricas. Los trabajadores preferirían no asistir a estas asambleas. Pero se da el caso curioso de que diez minutos antes de acabar la jornada, milicianos armados cierran las puertas y no dejan salir a nadie hasta que la reunión acaba. ¡A la fuerza, Hernández, a la fuerza nos obligan a asistir a esas mascaradas de asambleas!

-Así se estimula el stajanovismo -comenté irónico.

-¡A la m... el stajanovismo! -gruñó.

-No es mala cosa -insistí.

-Mira, los stajanovistas que conozco en la fábrica son unos cuantos tipos a los que los directores han dado algunas facilidades técnicas para que nos jeringuen a los demás. Los obreros los odian con toda su alma, pues basándose en ellos nos bajan más y más las normas hasta reventarnos como mulos de carga. El stajanovismo no es otra cosa que el descubrimiento soviético de ciertas y elementales formas de distribución y racionalización del trabajo, del empleo de procedimientos que estamos cansados de practicar en España y en cualquier país medianamente desarrollado. Hay una sola diferencia: allí nos sirve para aliviar la fatiga, para disminuir el esfuerzo físico; aquí para destrozar nuestros músculos, para agotarnos de cansancio y para morirnos de hambre. En la fábrica no hay más de un uno por ciento de

stajanovistas que ganan unos 1.000 ó 1.200 rublos al mes. Otros que superan los índices de producción ganan unos 500 a 600 rublos. El resto, ganamos de doscientos cincuenta a trescientos cincuenta rublos por mes. (7)

-¿Y por qué no utilizáis vosotros los mismos procedimientos que los stajanovistas, puesto que tenéis una mayor cultura de trabajo? -pregunté.

-Si los extranjeros hiciéramos eso nos asesinarían los mismos obreros. De otro lado, las facilidades no las da la dirección a todos. Ganan más forzándonos las normas y pagándonos salarios de hambre.

-Quizá lo hacen para educar al campesino recién llegado a la fábrica en los ritmos de la producción industrial, tan diferentes a los de la agricultura -observé.

-¡Qué educación le van a dar y qué cariño pueden tomar a las máquinas si comienzan por reducirle a la más negra miseria! En el campo es difícil que el labriego no tenga algo que comer. En la fábrica se come los puños. La odia. ¡No es la mejor manera de educarlo! Tan verdad es lo que te digo, que a no ser por ese decreto publicado hace todavía unos meses, mediante el cual se castiga con la pena de trabajos forzados el hecho de abandonar el empleo sin previa autorización y hasta los retrasos en acudir al trabajo, aquí no paraba nadie. (8)

Los campesinos venían, veían, comprobaban, y se volvían a sus aldeas. ¿Crees que nosotros estamos aquí por amor al arte? Si no fuera porque nos habéis cerrado toda posibilidad de salir, haría mil años que nos hubiéramos ido de la U. R. S. S. haciendo lo de San Vicente Ferrer: sacudiéndonos los zapatos.

-¿Tan insufrible es vuestra situación?

-¡Insufrible no, infernal! Y comenzó a relatar.

-No tienes idea de lo que es vivir en esta maldita estepa cuando los lobos del frío bajan aullando y te muerden en las carnes mal abrigadas, y cuando sientes los espasmos del hambre en el estómago vacío. De la casa a la fábrica hay exactamente una hora de camino por senderos de nieve cristalizada que te fuerzan a marchar tambaleándote, resbalando, y cayendo en cuanto das una mala pisada. Cuando sopla el aire, una ventisca de millones de agujas penetra hasta los huesos y los papeles de periódicos con que enfundamos nuestras piernas se quiebran como si fueran de vidrio. Al respirar sientes que el taladro del hielo te punza en los pulmones. Tu propio aliento se congela y tienes que refregarte nieve sobre la cara para que no se paralice la circulación de la sangre. Nuestras orejas, pies y manos se hinchan espantosamente y los sabañones se nos revientan produciéndonos llagas, que con el calor de las mantas en la cama te pican ferozmente impidiéndote dormir. En esas condiciones llegas al trabajo. Una temperatura glacial inunda las naves. Las herramientas te queman de frías. Las manos entumecidas se niegan a sostenerlas. El trabajo resulta un suplicio, lo aborreces. A las 11 de la mañana estás desfallecido. Tocan la sirena y sales corriendo para el comedor. Pasas por delante de las mesas bien servidas de los técnicos y de los directores. Cubiertos limpios y flores en los centros. Sigues adelante hasta unas amplias corralizas donde en mesas corridas sin mantel y con cubiertos roñosos y mal aseados te sirven un *borsh*, sopa de col agria condimentada con trozos de patata, y alguna huella de carne, y con ella devoras cien gramos de pan negro y te bebes un vaso de «chay» (té). Algunos privilegiados pueden acompañarse de un poco de *kolvasak*, especie de salchichón de pésima calidad. Pagas por esa comida 4 rublos, de un promedio de siete u ocho que, descontados los impuestos, te quedan para todo el día. Con los tres o cuatro rublos restantes debes

alimentarte por la mañana y por la noche; debes fumar y vestir, debes comprar jabón y cortarte el pelo de cuando en cuando, y si tienes algún hijo o la mujer en la casa, la garra del hambre y de la desesperación se clavará irremediablemente en los tres. Por eso nuestros zapatos están deshechos y no podemos renovarlos, nuestras camisas están hechas hilachos, los calcetines los sustituimos por trapos o periódicos enrollados, nuestras ropas son andrajos. ¡Y trabajamos como bestias! La mayoría de nosotros ha perdido en menos de un año el cuarenta y hasta el cincuenta por ciento de su peso normal. De 14 niños que han nacido en el curso de un año en nuestro colectivo, trece han muerto sin más enfermedad que la desnutrición. El único que queda vivo es un hijo de Montoliú, puedes ir a verlo: un monstruo con una cabeza grande y unos hilos por piernas que se está alimentando con la pus que extrae del pecho enfermo de su madre...

-¿Pero no os facilitan leche ni para las criaturas? -pregunté horrorizado.

-Ni leche ni medicinas. Los médicos recetan sabiendo que no vamos a encontrar los medicamentos. Hemos recurrido a todos cuantos podemos reclamar: directores, jefes del Partido, responsables sindicales, al Socorro Rojo. Nadie nos atiende ni nos hace caso. Papeles, cartas, comunicados, plazos y esperas y mientras tanto nuestros hijos han muerto y nosotros también nos estamos muriendo de pie.

-Vamos a casa de Montoliú -dije.

De camino recogimos a Castro y los tres nos encaminamos hacia la pocilga que les servía de habitación. Era una casa de madera. En una pieza que no tendría más de tres metros cuadrados vivían dos familias. Dos matrimonios y el único niño superviviente del colectivo español. Adosadas a la pared unas camas individuales llamadas «turcas», que servían para que descansaran amontonados dos cuerpos. En un rincón,

sobre unos ladrillos refractarios, el infiernillo eléctrico que les servía de fogón. En el suelo una caja de cartón llena de trastos de cocinar. En medio de las dos camas una mesa y cuatro sillas. Pendiente de una viga del techo, amarrado con cuerdas; una cuna improvisada de un cajón. De una serie de clavos que servían de perchas, colgaban las pobres ropas de aquellos dos matrimonios. Un espejo quebrado sobre la repisa de la ventana y una jofaina, completaban aquella estampa de miseria. No podíamos revolvernos sin tropezar unos con otros.

Me acerqué a la «cuna». Un niño de varios meses yacía inmóvil. Sus ojos era lo único que delataba vida en aquel cuerpecito macilento, un esqueleto que no iba a tardar en acompañar a los otros trece en la fosa común del cementerio del pueblo.

La esposa de Montoliú, deshecha en lágrimas, tomó a su hijito en brazos. La vista de «aquello» nos impresionó. El niño hizo una mueca como para llorar y no logró más que abrir la boca y emitir algunos apagados gemidos. No tenía fuerza ni para llorar. Era una calavera con la piel arrugada sobre los huesos. La madre deslió las ropitas que le cubrían. Una piel seca y escamosa servía de funda a un cuerpo sin forma donde no había músculos ni tejidos. El niño se había ido comiendo a sí mismo, consumiendo sus tejidos y sus músculos y todo él, por falta de nutrición. La poca leche que extraía de los pechos exangües y enfermos de la madre sólo habían servido para retrasar el fin.

La madre lloraba. Montoliú, sombrío, nos miraba con silencioso rencor.

-¡El País del Socialismo! -exclamó el camarada que nos acompañaba-. ¿Para qué se retrata Stalin con la pequeña Tatiana en brazos? ¿Para qué se hace dar el título de «Protector de la Infancia»?... ¿Para qué?... ¿Para qué, si deja morir a nuestros hijos de hambre? ¡Como éste -gritaba

enardecido-como éste han muerto los otros! ¡Hambre, hambre y más hambre!

Montoliú se dirigió a su mujer y dando un tirón a sus ropas puso el pecho materno al descubierto.

Los pechos de la esposa de Montoliú eran dos enormes llagas purulentas con unos pezones cavernosos en que la carne daba la sensación de podredumbre. La escena era de horror. Jamás en mi vida habían presenciado nada semejante. Estábamos mudos. No sabíamos qué decir a aquellos padres a quienes nosotros habíamos elegido entre cientos de miles de refugiados españoles para llevarles a la Unión Soviética como un privilegio excepcional, como una meta ambicionada por muchos y asequible sólo a unos pocos.

-No nos importa trabajar hasta caernos muertos -decía Montoliú-. Estamos dispuestos a sufrirlo todo, pero la vida de nuestros hijos no os pertenece, es nuestra, nuestra -y las lágrimas corrían por las mejillas de aquel luchador que tenía el rostro curtido por el viento de plomo y de fuego de cien combates.

Al día siguiente nos entrevistamos con el secretario regional del Partido bolchevique. Nos escuchó con suma atención. Nuestras palabras silbaban como latigazos al dar airada expresión a nuestra indignación. Cuando hubimos concluido, aquel bonzo de frente achatada y pómulos salientes, comenzó a endosarnos un largo discurso en el que se refería a los sacrificios para la «edificación del socialismo», de las penosas privaciones impuestas al pueblo, para llegar a la conclusión de que «muchos niños soviéticos también morían por la imposibilidad de prestárseles las atenciones médicas y los alimentos necesarios». En Krematorsk, según él, la leche era escasísima y la botica estaba vacía. Había conocido la desgracia del colectivo español, pero nada había podido hacer para evitarla. Había escrito cartas y enviado informes a Moscú, y Moscú le había dicho que se arreglara con los

recursos propios.

-¿No alimentan ustedes los cerdos con *chivchivisas* (lentejas)? -pregunté.

-Sí, se las echamos para engordarlos.

-¿No le han dicho los camaradas del colectivo español que ellos se sentirían felices si usted ordenaba que les facilitasen unos sacos de *chivchivisas*?

-Sí... Algo de eso me dijeron una vez ...

-Y usted no les hizo caso. Era más importante alimentar a los cerdos que a los compañeros españoles. Luego las dificultades de la «edificación del socialismo» nada tienen que ver con el hambre de nuestros compatriotas, sino con la negligencia de usted.

-Si hubieran insistido, se las hubiese proporcionado.

-¿Y no hay en toda la región un Koljós de vacas?

-Los hay, pero la leche no alcanza para todos.

-¿Ni para alimentar a un niño cuya madre sólo puede darle de mamar veneno?

-¡Hay tantos casos semejantes, que es imposible atenderlos a todos! -trató de justificar el burócrata.

-¡Luego usted sabía que los niños españoles se morían de hambre y nada hizo para remediar la situación! Permítame decirle que hace falta tener hígados de hiena para condenar a muerte a unas criaturas cuya vida dependía de una cantidad de leche menor a la que usted consumirá diariamente en su casa y sin la cual podía usted seguir viviendo sin dificultad.

-Di órdenes al dispensario para que les facilitasen unos litros de leche cada día, ¿qué otra cosa podía hacer?

-Pero le constaba que el dispensario no disponía de ninguna leche, y que liquidarían el asunto diciendo que no tenían.

-Es posible que haya sucedido así, pero como el dispensario no ha insistido...

-A lo que se ve usted necesita que le estén insistiendo, rogando y suplicando, para que comprenda la necesidad de las cosas más elementales. ¿Comprenderá usted lo que va a significar que enviemos hoy mismo un telegrama al Comisariado de Salud, al Presidente de los Sindicatos, Shverník, y a Dimitrov, diciéndole que el secretario del Partido en Krematorsk es un perfecto burócrata, sobre el cual pesa la responsabilidad de la muerte de todos los niños del colectivo español?

Palideció el bonzo. Su actitud arrogante se trocó en servil. Desencajado, dijo:

-Yo mismo, si es necesario, con mi propio coche recogeré la leche y la haré llegar al colectivo español. Ahora mismo ordenaré hospitalizar al niño y atender debidamente a la madre. El almacén de la fábrica suministrará las *chivchivisas* que sean necesarias a los españoles. Haré que en el dispensario sean examinados médicamente cada uno de los compañeros españoles. Pueden ustedes confiar en mi palabra de bolchevique. Váyanse ustedes tranquilos que la situación cambiará.

-No obstante -dije-, el cable saldrá y añadiremos una petición más: que venga una comisión especial para iniciar una encuesta y establecer las debidas responsabilidades.

Nuestras cartas y telegramas a Moscú dieron resultado. Moscú, alarmado, se apresuró a enviar en avión una comisión integrada por cinco miembros representantes del Comisariado de Salud, de los sindicatos, del Socorro Rojo y de la Komintern. Más tarde me informaron que habían destituido y encarcelado al bonzo de Krematorsk, un chivo expiatorio para cubrir el expediente. De momento mejoró la situación de nuestros desgraciados camaradas, pero informes posteriores nos revelaban que pasada la primera impresión

todo había vuelto a la «normalidad». Y prosiguió la vida de tortura de nuestros compatriotas en el infierno de Krematorsk.

Visitamos otros colectivos en la ciudad de Gorki, en Jarkov y en Rostov. En todos ellos las mismas angustias, los mismos sufrimientos, las mismas hambres y miserias. Vi a jefes de escuela de aviación como Ramos (uno de los que pilotó el avión en que salimos de España Togliatti y yo) trabajando de peón en una fábrica, recogiendo chatarra y barriendo basura, cubierto de harapos y renegando de la hora en que había pisado la Unión Soviética. Vi a marinos y a muchos alumnos de las escuelas de pilotos a quienes sorprendió la conclusión de la guerra de España en la U. R. S. S. y a quienes se cerró la frontera violentando sus deseos de salir del país y a pesar de no ser miembros del Partido Comunista. Muchos de estos muchachos murieron peleando como guerrilleros contra los alemanes durante la guerra en la U. R. S. S. Los supervivientes, sabemos que fueron internados en el campo de concentración de Karaganda, en la llamada Estepa Hambrienta del Kazajstán por el delito de insistir en el propósito de abandonar la patria de Stalin. [\(9\)](#)

Tan obsesionante era el deseo de perder de vista el trabajo en las fábricas y tan imperiosa la necesidad de alimentarse un poco mejor, que se llegaba a casos de simulación de enfermedades y hasta de locura. En la fábrica de automóviles de Gorki, un aviador de bombardero y mecánico de motores de aviación, desesperado de trabajar en la «cadena», apretando las mismas tuercas cada día (única ocupación que pudieron darle a quien poseía tan alta calificación), ideó una treta para comer y descansar un par de meses en cualquier sanatorio. Un día espantosamente frío, cuando todo el mundo andaba por las calles arropado en cuantos harapos o prendas de abrigo tenía, Gómez, que así se apellidaba este compañero, se desnudó hasta quedarse en cueros vivos. Tomó un gran retrato de Stalin y se lanzó a la calle cantando

las estrofas de la Internacional. Los rusos le seguían por las calles, pasmados ante el inusitado espectáculo de aquel «loco». El primer miliciano con el que topó lo detuvo y llamó a una ambulancia. Los doctores dictaminaron que sufría de accesos de enajenación mental y le recomendaron descanso. Fue enviado a un sanatorio. A su paso por Moscú me refería la treta entre grandes carcajadas.

Al comienzo de la guerra germano-soviética, vi la posibilidad de acabar con los sufrimientos de mis compatriotas en la U. R. S. S., incorporándoles al Ejército. De acuerdo con ellos propuse al Comisario de la Defensa la organización de varias unidades guerrilleras integradas por españoles. Todos eran gentes fogueadas y cargadas de odio hacia los nazis por la intervención de la «Legión Cóndor» en nuestra guerra. Era más humano morir peleando en la cruel guerra de emboscadas, guerra en la que no había cuartel para el guerrillero -a los que los nazis colgaban vivos de ganchos carniceros clavados bajo la barbilla-, que morir de hambre y de frío en las fábricas soviéticas. Tras no pocas gestiones obtuve éxito en mi propósito, con gran alegría de mis camaradas. La bravura de los españoles fue proclamada en los rabiosos bandos de los invasores nazis que pusieron premio hasta de 10.000 rublos por cada cabeza de «bandido español». Y fue también reconocida por el mando soviético que hubo de cargar el pecho de nuestros hombres de medallas y condecoraciones militares. Dos hechos revelan la gloria de los españoles y la vileza de Stalin: en las horas más angustiosas de la evacuación de Moscú, cuando todo era pánico y huida, caos y desconcierto, cuando los jefes asaltaban los trenes y taponaban de coches las carreteras de la fuga, cuando el pueblo desmandado desvalijaba los almacenes y se entregaba al más frenético saqueo de la capital; en aquellas horas en que se consideraba inminente la entrada de los alemanes en la ciudad, el alto mando militar, sin confianza en nada ni en nadie, receloso de su pueblo y de

sus propias tropas, confió a las unidades españolas la defensa del corazón de la Unión Soviética, del Kremlin y de la Plaza Roja de Moscú, es decir, de la sede de Stalin.

Más tarde, en ocasión de la entrevista de Roosevelt, de Churchill y de Stalin en Teherán, las fuerzas de escolta de Stalin en el tren especial, la constituyeron españoles.

Concluida la guerra los españoles fueron nuevamente devueltos a las fábricas. Unos aceptaron en silencio la continuación del suplicio del sudor y del hambre; otros, una gran parte, especialmente los alumnos pilotos que no pertenecían al Partido Comunista, insistieron en salir de la U. R. S. S. Fueron considerados antisoviéticos y condenados a trabajos forzados en los campos de concentración de Karaganda.

Así discurría la vida de nuestra emigración adulta en la Unión Soviética. La de los cinco mil niños repartidos en diferentes lugares y escuelas no era mejor.

Cuando la guerra comenzó a agravarse en el norte de España, la U. R. S. S. nos hizo la oferta de estar dispuesta a recibir a unos cuantos millares de hijos de combatientes para salvarles de los horrores de los bombardeos y para educarles convenientemente. Yo era entonces ministro de Educación Pública y organicé la salida de varias expediciones de niños de ambos sexos, haciéndoles acompañar de profesores españoles para facilitar la educación en el propio idioma. Estaba convencido de que era una verdadera suerte la de aquellos niños tanto al alejarles de los riesgos de la guerra civil como de poder ser educados en el país del Socialismo.

Los primeros informes y cartas que nos llegaron tanto de los niños como de los profesores que les acompañaban eran altamente satisfactorias. Todos hablaban de la magnífica acogida que les dispensaron las autoridades y del cariño que les demostraban los ciudadanos de Leningrado y de Moscú, lugar este último donde estuvieron concentrados en una gran

mansión de la calle de Piragovskaia hasta que fueron organizadas las distintas colonias donde deberían establecerse. Los niños gozaron de un excelente trato mientras en España hubo guerra. Al terminarse la lucha con nuestra derrota, las consecuencias comenzaron a reflejarse en las atenciones y cuidados de nuestras criaturas. Ya no eran niños con la perspectiva de regresar en cualquier momento a su patria y maravillar a sus padres con el relato de la exquisita hospitalidad de la U. R. S. S. Ahora eran cinco mil refugiados más que de invitados pasaban a constituir una carga permanente para el Estado soviético. Y comenzaron los reajustes en los presupuestos y la introducción de medidas disciplinarias y de reglamentos educativos que trastornaron la vida y la enseñanza de nuestros niños y del personal docente español. Nuestros profesores pasaron a un plano secundario. La dirección de las Colonias se encomendó a burócratas rusos, la mayoría de los cuales no tenía ni siquiera nociones de pedagogía. El idioma español pasó a segundo plano. Los niños deberían estudiar fundamentalmente en un idioma que no les era conocido y con textos escolares propios para el infante ruso pero no para el niño español. Protestaron los niños y los maestros españoles y protestamos nosotros cerca del Comisariado de Educación, sin obtener éxito alguno.

Los burócratas rusos sometieron a nuestros alumnos a un régimen escolar en el que se alternaba el estudio con la tala de leña en los bosques en el invierno para el abastecimiento de la cocina y de la calefacción, y se obligaba a los pequeñuelos a levantarse en los gélidos amaneceres del invierno ruso para cumplir, antes del desayuno, con la «norma» de leña. En el verano les obligaban, desde que apuntaba el día, a realizar toda clase de faenas agrícolas y sembrar y recolectar para la atención de su propio consumo. Los pequeñuelos se resistían y como no podían eludir la realización de aquellas faenas impropias de su edad y de su

condición de colegiales, se vengaban en sus propios estudios, especialmente del ruso, dando índices bajísimos de asimilación y capacitación.

Una excesiva fatiga y una deficiente alimentación limaron la salud de los niños. En 1941-1942, una inspección médica que obligamos al Comisariado de Educación a realizar en todos los planteles de niños españoles, dio la proporción aterradora de más de un 50 por 100 de tuberculosos y de otro 30 por 100 de pretuberculosos. El porcentaje de mortalidad aumentaba de día en día, registrando en el primer año de guerra en la U. R. S. S., un 15 por 100, es decir, unos 750 fallecimientos. Algunos, los casos más graves, pudimos conseguir el trasladarles a sanatorios. Pero la mayoría siguieron un calvario de penalidades y sufrimientos inauditos arrastrándose a través de toda la inmensidad territorial soviética huyendo de los alemanes. No había un plan de evacuación. Cada director tiraba para donde se le antojaba y unas veces a pie y otras en furgones de tren, emprendían las repetidas huidas, sin organización ni aprovisionamiento, dándose casos de que pasaran días enteros sin probar bocado bajo el clima implacable del invierno ruso. En las cercanías de Krasnoarmeinsk, en Stalingrado, 16 niños que se quedaron rezagados por el cansancio de las tremendas jornadas a pie, con los alemanes en los talones, fueron atrapados por éstos. Los niños fueron conducidos a Alemania donde fue a hacerse cargo de ellos una comisión de falangistas españoles. Entre los pequeños prisioneros se encontraba la hija de Virgilio Llanos, dirigente socialista y comisario durante nuestra guerra. Asqueados de la vida soviética, resentidos por los tratos recibidos, estos niños fueron hábilmente utilizados por la propaganda hitleriana y por la Falange española.

Las colonias españolas fueron a parar a los lugares más distantes e inhóspitos de la Unión Soviética. Unas llegaron a Samarkanda y Kakan en la Rusia Asiática y otras hasta las

estribaciones de los Urales, en Siberia Central.

Muchos de nuestros niños eran ya adolescentes de ambos sexos. Habían pasado seis o siete años desde que salieron de España. Los más pequeños sufrían llorando las terribles calamidades de aquellas marchas y contramarchas, de las huidas empavorecidas durante semanas y meses, muertos de hambre, comidos de miserias y ateridos de frío. Los mayorcitos con quince o dieciséis años rompieron todas las amarras de la cuartelera disciplina y comenzaron a vivir por su propia cuenta. En Taskhent llegaron a organizarse en bandas de salteadores que robaban a mano armada y realizaban toda clase de tropelías entre los habitantes de la región. Preferían la muerte o el presidio a continuar pereciendo de hambre en los colectivos escolares. En Samarkanda y en Tibliss (Georgia) las jovencitas aprendieron que podían mitigar el hambre prostituyéndose, entregándose a los oficiales del Ejército o a los altos burócratas del Partido o de la Administración que eran los únicos que podían pagar sus caricias con un pedazo de pan. No pocas de ellas quedaron embarazadas.

Algunos de nuestros pilletes se dedicaron a robar en los trenes. Fueron a parar a las cárceles. En Kakan asaltaron una panadería. Aprehendido uno de ellos resultó ser el hijo de Carrasco, coronel del Ejército republicano y a la sazón coronel del Ejército Rojo en la Escuela Frunce de Moscú. El niño murió tuberculoso en la cárcel.

Gracias a la enérgica actuación de refugiados españoles adultos que, en la mayoría de los lugares, se hicieron cargo del cuidado de los niños y de los adolescentes, se pudo aminorar la tragedia de nuestros pequeñuelos y corregir en gran modo el bandidaje y la prostitución entre los jóvenes.

El anhelo de salir de la Unión Soviética se apoderó tan inconteniblemente de los jóvenes españoles que llegaban a extremos de desesperación como en el conocido caso de

Florentino Meana Carrillo que, al perder las esperanzas de poder abandonar la U. R. S. S., escribió una carta en la que explicaba su decisión de arrancarse la vida antes de continuar encerrado «en el inmenso campo de concentración y de hambre» que era la Unión Soviética. Ingirió un vaso de ácido sulfúrico. Al enterarse su hermano, otro jovencito, tomó un cuchillo, se trasladó al Hotel Lux donde creyó encontrar a Pasionaria, que era la que le había denegado la autorización a su hermano para regresar a España (Pasionaria era la única persona autorizada por las autoridades soviéticas para conceder o denegar los permisos de salida de la U. R. S. S. a los adultos y a los niños españoles) y al no encontrarla, descargó su furia contra el representante del Partido, cargo que desempeñaba en aquellos momentos, José Antonio Uribes, suplente del Buró Político, quien a duras penas pudo eludir la agresión del enfurecido muchacho, que fue a parar a la cárcel por intento de asesinato.

Cuando en 1943 salí yo de la Unión Soviética, el problema que más profundamente me había distanciado del resto de la dirección del Partido Comunista Español fue precisamente el de los niños y jóvenes, reclamados por sus padres o que habían expresado deseos de regresar a España junto a sus familiares, y que la obstinación criminal de Pasionaria y Antón, retenían en la U. R. S. S., «hasta educarlos como buenos bolcheviques», pues -decía Pasionaria-«no podemos devolverlos a sus padres convertidos en golfos y en prostitutas, ni permitir que salgan de aquí como furibundos antisoviéticos».

Por referencias verbales de algunos jóvenes llegados desde Rusia a México, gracias a la porfiada reclamación de los padres a través de las autoridades mexicanas, he podido saber que un grupo de los que allí quedaron fueron enviados a estudiar a ciertas universidades y la mayoría destinados a las fábricas. Los cálculos de mis informantes elevaban los

fallecimientos a la aterradora cifra de un 40 por 100 del total de los enviados a la U. R. S. S. en los años 1936-1937. ¡Dos mil niños españoles no podrán ya regresar a España!

CAPÍTULO IV

La guerra germano-soviética. Hitler ataca a su socio. Los traicionados, en ayuda del traidor. Stalin, «salvador» de la civilización. El chantaje del felón del Kremlin. Iván el Terrible y Pedro el Grande vuelven al Kremlin.

El 22 de junio de 1941, quienes amagaban con poner la «camisa de fuerza» a los locos agresores se sobrecogieron de espanto. El servicio de información soviético había captado una emisión de radio a las 16,45 horas del día 21 de junio dirigido al 1^{er} Ejército de tanques de Von Kleist, concentrado en el saliente de Sokal (región Grubeshow-Bieltz), que decía: «Narraciones sobre los héroes de Wotan. Nokar 15». Era la señal convenida para dar principio a la agresión contra la Unión Soviética. El Estado Mayor soviético no supo descifrar el contenido del despacho. Y durmió todavía unas horas tranquilo. A las 3,15 horas del día 22, la infantería alemana comenzaba su ofensiva, precedida por las explosiones de los obuses. Según los propios relatos de los alemanes, «el enemigo quedó paralizado por la sorpresa». La famosa «blitzkrieg» alemana se apoyaba ante todo en el factor sorpresa, en el impacto del primer ataque, en la rapidez del movimiento, a fin de evitar que el enemigo pudiera reponerse del poderoso golpe inicial, y aniquilarle en sucesivas y fulminantes batallas, acosándole sin tregua ni descanso, buscando la decisión final antes de que el adversario tuviera tiempo de reaccionar.

La U. R. S. S. no entró en la guerra para «sacar del pozo» a las democracias. La U. R. S. S. empuñó las armas

solamente cuando fue agredida por su socio. No fue Stalin, fue Hitler el que empujó a la U. R. S. S. al campo de las democracias. Que Stalin no tenía el menor propósito de luchar contra Alemania lo evidencian no sólo sus declaraciones sobre los «provocadores de la guerra» y la tenaz campaña llevada -vencida ya Francia- contra Inglaterra, que se sostenía heroicamente contra el acoso fascista, sino también las declaraciones de Molotov a las pocas horas de comenzada la agresión nazi: «El ataque sin precedentes contra nuestro país es una perfidia que no tiene paralelo en la historia de las naciones civilizadas. El ataque sobre nuestro país fue perpetrado a pesar del hecho de que se había firmado un tratado de no agresión entre la U. R. S. S. y Alemania y de que el Gobierno soviético cumplió de la manera más fiel las condiciones de ese tratado». Y agregaba después: «Nos hemos visto obligados a ir a esta guerra no por el pueblo alemán, cuyos padecimientos comprendemos bien, sino por un grupo de gobernantes fascistas sedientos de sangre, que han esclavizado a los franceses, los checos, los polacos, los serbios, los noruegos, los belgas, los daneses, los holandeses, a Grecia y a otras naciones».

Naturalmente, Molotov silenciaba que la esclavitud de Europa por «fascistas sedientos de sangre» había sido posible primero y facilitada luego por los que habían «cumplido de la manera más fiel» el pacto germano-soviético.

Y el 3 de julio Stalin declaraba: «La Alemania fascista ha violado inesperada y pérfidamente el pacto de no agresión firmado con la U. R. S. S. Naturalmente, nuestro país, amante de la paz, no deseando tomar la iniciativa en la violación del pacto, no podía lanzarse por el camino de la traición»... «Al atacarnos, Hitler se ha desenmascarado ante todo el mundo como un agresor sanguinario.»

Por lo visto, antes de haber sido agredida la U. R. S. S., cuando el estrépito bélico hitleriano trituraba pueblos y

naciones bajo las cadenas de sus tanques; cuando cientos de poblaciones eran barridas de la superficie de la tierra y silenciábase hasta el último latido de lo que fuera casa, museo, iglesia, jardín; cuando jalonaban sus avances con inmensas simas de cadáveres y hundían sus inmundas pezuñas en la sangre caliente de toda una generación; durante las infaustas calendas en que el mundo enloquecía de terror ante las hordas nazis, Hitler era para Stalin el honorable socio al que había que respetar y a quien, según su propia confesión, atacarle suponía el «lanzarse por el camino de la traición».

El Kremlin se estremeció de pavor. Todo el aparato oficial estiró las orejas hasta Londres, en anhelante espera de la reacción inglesa ante el ataque hitleriano a Rusia.

Aquel mismo día abandonaba yo la clínica del Kremlin, donde una doble pulmonía me había postrado en cama durante varias semanas. El mismo Manuiski pasó a recogerme y juntos nos trasladamos a Kunsevo, distante una veintena de kilómetros de Moscú, donde ambos teníamos nuestra «dacha».

-Comenzó la danza -dije a Manuiski sin poder ocultar la satisfacción que el hecho me producía.

-La situación es gravísima: 170 divisiones han hendido nuestras fronteras y nuestros ejércitos de cobertura han sido destrozados -dijo con tono sombrío.

-Las guerras, camarada Manuiski, no se deciden con los primeros éxitos territoriales conseguidos al calor de la sorpresa. En la guerra lo decisivo es ganar la última batalla. Y ésta la gana el que dispone de mayores reservas humanas, el que logra superioridad en la producción y se rodea de mejores aliados -aclaré con la convicción que me daba nuestra propia experiencia española.

-Hitler nos impondrá una guerra «relámpago» que le permita acabarla con éxito antes de que podamos movilizar

todos nuestros recursos humanos e industriales, y antes de que nuestros probables aliados puedan poner en pleno rendimiento su colosal potencialidad.

-Ustedes pueden ceder terreno, que tienen de sobra, para ganar tiempo. En cualquier parte que se detenga a los nazis, será la muerte de los estrategas del vértigo. Precisamente, la «Blitzkrieg» sobre el frente soviético antes revela miedo que seguridad. Hitler teme encontrarse entrampillado entre dos frentes, el inglés y el soviético.

-¿Pero cuál será la posición inglesa y norteamericana? Ahí está la incógnita -dijo con desaliento.

-En mi opinión -dije-, Inglaterra no puede dudar. El ataque a la U. R. S. S. demuestra que Hitler quiere asegurarse el asalto a Inglaterra.

-Veremos... veremos... El discurso que tiene anunciado Churchill para dentro de un rato nos sacará de dudas.

Llegamos a Kunsevo. En «la Casa Roja» había mucha gente esperando a Manuiski. Los rostros reflejaban preocupación. Entre los presentes, Togliatti, Piek, Golwad, Marty, Pasionaria y algunos otros colaboradores del aparato de la Internacional Comunista que pasaban sus vacaciones en Kunsevo. Todos querían oír a Churchill en la única radio que podían oírle: la de Manuiski.

Nos saludamos en voz baja como si estuviéramos en un velatorio fúnebre. Cuarenta ojos miraban el ojo mágico del aparato de radio, que debería indicarnos la perfecta sincronización con la B. B. C. de Londres. Parte del «cerebro de la revolución mundial» esperaba, con la angustia apretándole la garganta, las palabras de Churchill, a quien Stalin había caracterizado como el primero «entre los estranguladores del movimiento de liberación de los pueblos», de los que «siempre han preferido hacer la guerra con manos ajenas».

La estancia estaba débilmente alumbrada por el camuflaje de la luz. Me sentía cansado y sobreexcitado. No podía exteriorizar lo que pensaba. Me hubieran tomado por loco o por antisoviético. De no haberme contenido ese temor les hubiera gritado mi contento por el ataque nazi a la U. R. S. S. Era un contrasentido, pero lógico. Estaba harto de aquella mordaza que había agarrotado nuestras lenguas y encadenado los puntos de nuestras plumas, impidiéndonos exteriorizar nuestro odio contra el Canciller de Sangre que había pisoteado la libertad del pueblo español y aupado al poder a Franco. Moscú nos lo había prohibido. Al pactar con Hitler no sólo le brindó la amistad soviética, sino la sumisión de todo el movimiento comunista internacional. La alta dirección de la I. C. caracterizó la guerra de contienda imperialista, pero a los comunistas se nos ordenó atacar solamente a los que se defendían de Alemania.

Piek gruñó:

-¿Qué nos irá a decir ese viejo zorro?

Nadie contestó. Piek esperó un momento, luego me preguntó con curiosidad:

-¿Qué opinan los camaradas españoles?

-¿De Churchill o de los alemanes? -pregunté a mi vez con cierta ironía.

No debió agraderle mi pregunta y volvió a quedar silencioso. Yo veía solamente su gruesa y blanca nuca. Cerca de él, Golwad tenía la boca abierta y su granujienta nariz, en la luz incierta, parecía más gruesa que de ordinario. Los demás fumaban silenciosos o cuchicheaban en voz baja. El gesto taciturno y severo de Manuiski les imponía respeto. La radio transmitía musiquillaailable que sonaba a herejía en nuestros anhelantes oídos. De pronto, el speaker anunció algo en inglés. «¡Churchill! », exclamaron varias voces. Un remolino humano de alientos contenidos envolvió el aparato de radio. Todos estábamos de pie, mirando el ojo verde de la

pantalla, como si por él fuera a filtrarse la oronda humanidad del premier inglés. Vibró una voz recia, viril. Churchill había comenzado su histórico discurso. Yo ponía la misma atención que los demás, aunque no entendía una palabra. Una secretaria tomaba rápidos apuntes. Miré el rostro de Manuiski. Sus ojillos relampagueaban y sus dedos índice y pulgar atusaban su boscoso bigote. Era un gesto de contento en él.

El discurso fue breve y preciso. La traducción me hizo saber que Churchill había dicho:

«... Daremos toda la ayuda que esté a nuestro alcance a Rusia»... «Si Hitler se imagina que su ataque contra la Rusia Soviética provocará la más mínima discrepancia en nuestros objetivos o una disminución en los esfuerzos de las grandes democracias que han decidido su eliminación, está lastimosamente equivocado»... «El peligro ruso es nuestro peligro»...

El amplio «hall» se había llenado de optimistas y ruidosas manifestaciones de contento. La velada se prolongó entre supuestos y conjeturas sobre la posibilidad de la desmantelada Inglaterra para poder saltar sobre el continente europeo. Se recordó la suerte de Guillermo y se habló del lastimoso fracaso de las previsiones de Hitler en el «Mein Kampf». El segundo frente era una realidad.

Pocos hechos en la historia más dignos de admiración que la heroica lucha del pueblo y del Ejército soviéticos contra los invasores nazi-fascistas. Fueron semanas, meses, años de fragor constante, de acoso alemán en su furia desbordada, de resistencia soviética en su valentía sin dimensión, en que los sitiadores resultaban sitiados, en que los que habían entrado no sabían cómo salir, en que los generales de la «Blitzkrieg» vieron al fin a sus soldados fugitivos delante de la contraofensiva soviética.

De este hecho innegable que el mundo admiró, Stalin y sus

corifeos han tratado de deducir dos conclusiones tan estúpidamente pretenciosas como éstas: la Unión Soviética ha salvado la civilización; la Unión Soviética ha demostrado su superioridad sobre todos los demás sistemas sociales.

Con esta atronadora propaganda se intentaba hacer olvidar al mundo la infamia del pacto germano-soviético y se intenta justificar toda la política expansionista de los señores del Kremlin, pues «el mundo se lo debe todo».

Veamos de cerca estos dos leit-motiv de la propaganda estaliniana.

Creemos haber demostrado que no fue Stalin, sino Hitler, quien obligó a la Unión Soviética a entrar en el campo de las democracias. Stalin mismo lo reconocía el día 3 de julio de 1941 al declarar: «Nuestra guerra por la libertad de la patria se fundirá con la lucha de los pueblos de Europa y América por su independencia y por las libertades democráticas. Será el frente único de los pueblos que luchan por la libertad». Luego hacía dieciocho meses que el mundo estaba en guerra por la defensa de la libertad y de la democracia. Hacía dieciocho meses que los hombres morían por lo que Stalin calificaba de «locura criminal», esto es, la lucha por destruir al hitlerismo.

El «salvador» de la civilización, al pactar con Hitler, no desconocía la índole de sus aliados; sabía que en su engreimiento salvaje eran capaces de mutilar un busto de Miguel Angel, ensuciar un museo, tirar al blanco sobre el busto de Gogol o limpiarse el fango de sus botas en un autógrafo de Tolstoi, aun a sabiendas, aunque jamás los hubieran leído, de que se trataba de dos genios de la literatura rusa y universal. Su crimen, su odio, era un rencor consciente contra la cultura. Eran como sus émulos, los fascistas españoles, que al asesinar a García Lorca no procedían ignorantes de la significación genial del poeta, sino que esto, su nombre, su fama y su gloria, les removía aquel

limo del alma que se desbordó en uno de los crímenes más repugnantes y odiosos del fascismo español.

El «salvador» de la civilización, al pactar con Hitler, al nutrir la máquina que aplastaba los pueblos de Europa con el petróleo ruso, sabía que con ello alimentaba a unas fieras entre las fieras, sin clasificar aún en los tratados de zoología, puesto que las fieras no acometen más que por instinto de conservación o para procurarse sustento. La bestia hitleriana mataba y asesinaba como norma de conducta, por crueldad, por desprecio al hombre, azuzada por su bárbara teoría racial, que declaraba que «todo lo que no pertenece a la buena raza (germana) es basura». («Mein Kampf».)

El «salvador» de la civilización, al pactar con Hitler, sabía que pactaba con el monstruo que había declarado y escrito que «la guerra es el estado natural del hombre» o, «la vida es la guerra»... , lo que era igual a decir «asesinar es mi modo de vivir». Y su secuaz Franco, en la vileza del plagio, había de decir: «La paz es un accidente». Es decir, para los fascistas de todos los colores el trabajo, la familia, el amor, la alegría, todas las conquistas y afectos que distinguen y afirman al hombre en la vida, eran y son un fenómeno circunstancial. Y Stalin ayudaba a la obra de los que consideraban que el ingeniero no construía los puentes para que por ellos transitaran los mensajes del trabajo, sino para que los saltasen las bombas de la aviación; a los que consideraban que el arquitecto no trazaba ciudades para la comodidad y recreo del hombre, sino para que las arrasasen las batallas; que el labrador no araba los campos para recoger el fruto eterno de la tierra, sino que tenía que abonarlos para que los pisoteasen los ejércitos y los segasen las balas; que el obrero no forjaba una pieza para perfeccionar la máquina que manumita al hombre de pesados trabajos, sino que tendría que construir las máquinas de la muerte; que el sabio no investigaría para aliviar el dolor humano o para ensanchar los dominios de la ciencia, sino

para supeditar todo eso al descubrimiento de los métodos más rápidos de exterminio y destrucción; que las madres no crearían a sus hijos con un sueño de felicidad, sino para que los asesinasen en la guerra.

El «salvador» de la civilización, al pactar con Hitler, pactaba con quien había comenzado la guerra en Alemania contra los mejores hijos del pueblo alemán, contra los obreros, los campesinos, los profesores herederos de Hegel y de Marx, para dar paso a los curanderos de la filosofía como Rossemberg; la guerra a la ciencia, para sustituir a Einstein por Darré; la guerra a la cultura, para reemplazar la literatura de Goethe, de Mann, por los artículos de Goebels; Stalin pactaba con los que entre alaridos salvajes quemaban en la Alexanderplatz de Berlín los libros de Marx, de Lewy, de Croce, de Voltaire, de Rousseau, de las mentes más preclaras de la Humanidad.

Y el «salvador» de la civilización, convencido de todo eso, declaraba en su discurso del día 3 de julio de 1941: «Pueden preguntarnos: ¿cómo ha podido ocurrir que el Gobierno soviético se haya avenido a concertar un pacto de no agresión con gente tan felona y monstruosa como Hitler y Ribbentrop? ¿No habrá habido en esto un error por parte del Gobierno soviético? ¡Claro que no! Un pacto de no agresión es un tratado de paz entre dos potencias... incluso cuando esta potencia estaba encabezada por unos monstruos y caníbales como Hitler y Ribbentrop».

No se puede elevar a mayor altura de cinismo la justificación de un crimen de lesa Humanidad.

La civilización la salvaron los soldados y los héroes de El Alamein, Stalingrado, Iwo Hima, Dunkerque y Moscú, Coventry y Londres, y todos los hombres que en el mundo se alzaron en defensa de la libertad frente a la pesadilla concebida en la horrible noche del fascismo.

La segunda de las conclusiones estalinianas tampoco

resiste la prueba del análisis crítico. Arthur Koestler la ha destruido con estas palabras «Si, como nos asegura la propaganda soviética, el éxito de los ejércitos rusos en 1944 es una prueba de la excelencia del estalinismo y de su superioridad sobre otros sistemas sociales, entonces podremos también llegar a la conclusión de que la victoria de 1815 probó la excelencia del régimen zarista y la superioridad de la servidumbre sobre los principios de la Revolución Francesa. La misma analogía puede aplicarse a cualquier nación que haya combatido en esta guerra. Ningún ejército puede rivalizar con la suicida devoción de los japoneses ante su bandera; ergo, los heroicos defensores de Salamaua, que murieron hasta el último hombre y que en su mayor parte eran simples obreros y campesinos como los de Stalingrado, probaron con su supremo sacrificio que el reino del Mikado es el más progresista de la tierra»... «Es obvia la falacia lógica; y, no obstante, tal es el poder emotivo del mito soviético que incluso los intelectuales aceptan sin discusión la fórmula de que los rusos se batieron bien porque saben por qué están combatiendo, mientras que los equivocados y fanáticos japoneses, etc., se batieron bien porque no saben por qué están combatiendo» [\(10\)](#)

.

A esta excelente refutación de la presuntuosa propaganda estalinista deberemos agregar algunos hechos vividos por nosotros mismos en la Unión Soviética durante este período. El primero y más sintomático fue el desposeer a toda la propaganda interior de cualquier manifestación de lucha por la defensa del régimen soviético. Se utilizó un concepto más amplio. Stalin lo inició en su discurso del 6 de noviembre de 1941 con estas palabras: «¡Y estos hombres, privados de honor y de conciencia, hombres con moral de bestias, tienen la desfachatez de exhortar al aniquilamiento de la gran nación rusa, la nación de Plejánov y Lenin, Belinski y Chernishevski, Pushkin y Tolstoi, Glinka y Tchaikovsky, Gorki

y Chéjov, Séchenov y Pavlov, Riepin y Súrikov, Suvorov y Kutúsov!» Por encima del carácter ideológico se situaba el sentimiento nacional, que es uno de los factores emocionales más poderosos con que se mueven los pueblos en las contiendas guerreras. Durante la guerra los soldados y los oficiales del Ejército Rojo no ambicionaban la orden de la «bandera de Lenin», sino las de Suvorov y Kutúsov, que eran la máxima condecoración y honor militares.

Los médicos españoles que se incorporaron al Ejército me confesaban un día su asombro porque el 90 por 100 de los reclutas al pasar la revisión médica llevaban pendientes del cuello escapularios y medallas religiosas. ¡Y se batían como leones contra los invasores de su patria! Stalin se congració con la Iglesia Ortodoxa, acabó con los museos antirreligiosos, concedió amplias prerrogativas al clero, se restauraron todas las iglesias. Durante la Pascua de 1942, cuando Moscú perecía de hambre, todos los almacenes de comestibles, las pastelerías y cooperativas obreras se llenaron de los simbólicos huevos de Pascua. Se celebraron concilios y se condecoraba a los Príncipes de la Iglesia por el Gobierno. Y los popes exaltaban a las multitudes que llenaban increíblemente las iglesias a luchar por la «santa Rusia» contra el invasor teutón. En un folleto que fue profusamente distribuido en aquella época, titulado «La Religión y la Iglesia en la U. R. S. S.», se decía: «El Partido Bolchevique, como dirigente de la clase obrera, con la mayor consecuencia y audacia se levantó contra el salvaje régimen zarista y las persecuciones religiosas». En reciprocidad, en otro folleto titulado «La Iglesia Ortodoxa Rusa y la Guerra Patria», Nicolás, metropolitano de Kiev y Falich, decía cosas como éstas: «El poder de los soviets ha sido establecido por Dios».

Moscú fue, en estos años, sede de reuniones y congresos de eslavos. El Internacionalismo proletario cedió el terreno a los lazos de sangre, a los vínculos raciales. El himno de los trabajadores, la «Internacional», fue relegado al olvido. La U.

R. S. S. cantaba ahora con estrofas nacionalistas las glorias de la Patria Rusa.

Los hombres y las mujeres, los jóvenes y los ancianos rusos, con la nueva política oficial, sintieron renacer su ardiente patriotismo. La literatura oficial impuso nuevos modos. Las frases «camarada» y «comunista» dieron paso a las de «patriota» y «hombre ruso».

No criticamos esta política, constatamos un hecho. Tampoco criticamos al régimen por lo que pudiera tener de socialista. Simplemente, nos limitamos a observar que el régimen estaliniano procuró disimular su propia esencia ideológica, que eliminó sus propias consignas, que se vistió con los ropajes de las «glorias del pasado zarista» para llamar al pueblo a luchar contra el invasor.

*

Stalin, el hombre que declaraba el 3 de julio de 1941 que «no podíamos violar el pacto» con Hitler, porque hubiera sido «lanzarnos por el camino de la traición», amenazó constantemente durante toda la guerra con romper el pacto con los aliados que habían acudido en su auxilio el 22 de junio de 1941 y buscar la paz por separado con la Alemania fascista.

Practicando la tan conocida táctica de que la mejor defensa es el ataque, los exégetas de Stalin escriben ahora: «Durante la guerra, los imperialistas anglo-norteamericanos practicaron una política ruin y farisaica, demorando a todo trance la apertura del segundo frente, a pesar de sus solemnes promesas. Más aún, como se ha aclarado posteriormente, a espaldas de la U. R. S. S. mantenían conversaciones secretas con los hitlerianos para la conclusión

de una paz por separado» [\(11\)](#)

.

No estará de más decir que no fueron los rusos los que abrieron el segundo frente. Los abrieron los anglo-norteamericanos. Y Stalin, el 10 de mayo de 1943, con «olvido» de lo que escriben ahora los Malins, declaraba: «Al mismo tiempo, las victoriosas tropas de nuestros aliados derrotaron a las tropas italo-alemanas en la zona de Libia y Tripolitania, limpiaron estas zonas de enemigos y les continúan machacando ahora en la zona de Túnez, mientras que la valiente aviación anglo-norteamericana asesta golpes demoledores a los centros de la industria de Alemania e Italia».

Un día del mes de enero de 1942, hallándome en Kuyhichev, capital provisional de la U. R. S. S., trabajando en función de corresponsal extranjero y de comentarista de radio, fui convocado, juntamente con otros periodistas comunistas, a una reunión especial con Losostzky, jefe de Información del Gobierno soviético. Losostzky nos planteó algunos problemas muy turbios e imprecisos. La médula de los mismos era la siguiente: nuestros aliados están retrasando la formación del segundo frente, pretextando que no están debidamente preparados. Deberemos darles un toque de atención muy discreto, pero comprensible. Busquen ustedes la forma más hábil para dejar entrever que la U. R. S. S. no está dispuesta a soportar por más tiempo el peso principal de la guerra.

-¿Pero qué otro remedio queda sino pelear? -preguntó una jovencita norteamericana que se hacía llamar Ross.

-Nadie dice que vayamos a dejar de pelear -aclaró Losostzky-. Se trata de provocar cierta intranquilidad en nuestros aliados, al mismo tiempo que acentuamos nuestra propaganda cerca del pueblo y ejército alemanes, de que los rusos peleamos solamente por liberar nuestra tierra de invasores, que no ambicionamos ni una sola pulgada de suelo

extranjero. También deberemos hacer una nítida diferenciación entre el Gobierno fascista y el pueblo alemán.

-Comprendo bien lo que se refiere al pueblo alemán, pero no tanto la relación que ello pueda tener con la premura del segundo frente -objeté.

-Ustedes saben que nuestros aliados han declarado repetidamente que lucharán hasta la rendición incondicional de los alemanes, que no habrá paz negociada; debemos, sin decir lo contrario, diferenciarnos un poco de ellos. Unidos, pero no revueltos. Así comprenderán que nuestros objetivos serán tanto más comunes cuanto más eficaz sea su colaboración en la guerra.

Las explicaciones de Losostzky no pasaron de esa nebulosa. No podíamos adivinar lo que se proponían, ni lo sospechábamos siquiera.

El 2 de febrero de 1942 Stalin precisaba: «En la Prensa extranjera se charla a veces de que el Ejército Rojo se propone exterminar al pueblo alemán. Esto, desde luego, es una mentira estúpida y una calumnia necia contra el Ejército Rojo. Este no abriga ni puede abrigar propósitos tan idiotas. El Ejército Rojo se propone expulsar de nuestro país a los invasores alemanes y liberar de los usurpadores germanofascistas el territorio soviético»... «Sería ridículo identificar a la camarilla hitleriana con el pueblo alemán. La experiencia histórica nos dice que los Hitler vienen y se van, mientras que el pueblo alemán y el Estado alemán quedan.»

La tesis era, en general, correcta y aceptable. Podía servir muy bien a la estrategia política de ahondar y provocar disidencias internas en la retaguardia del enemigo. Pero era también una invitación al pueblo y ejército alemanes a liberarse de la camarilla fascista y llegar a un arreglo con los rusos, que sólo peleaban «por liberar su tierra». Era también una sutil insinuación al mismo Hitler de que se podría llegar a una paz por separado a base del abandono del territorio

soviético. Y era, al fin, una amenaza a los aliados, amenaza de una nueva felonía a la sombra de una titánica lucha; el puñal oculto bajo el manto de la amistad. Esta coacción de Stalin provocó una declaración de Churchill en Quebec el 31 de agosto de 1943, en la que decía: «Tuvimos en una ocasión un magnífico frente en Francia, pero fue destrozado por el poder concentrado de Hitler, y es más fácil la destrucción de un frente que reconstruirlo de nuevo». La alusión era precisa y clara.

Si en este tiempo Hitler hubiera deseado reconciliarse con su antiguo socio, no le hubiera costado ningún esfuerzo. Pero Hitler hizo oídos de mercader. Quizá después de Stalingrado se arrepintió, pero ya era tarde. Con el segundo frente en Occidente y con sus mejores tropas derrotadas en Rusia, era poco lo que podía ofrecer a Stalin. El señor del Kremlin aspiraba ahora a más. Sabía que su ganancia sería mayor con la derrota definitiva de Alemania que pactando con Hitler una paz separada.

Y comenzó el nuevo juego del tahúr. Las victorias le abrieron el apetito expansionista. Ya no se trataba de arrojar a Hitler de las fronteras soviéticas, sino de tragarse medio mundo. Siguió el juego fullero con los aliados. Cuanto más comprometida era la situación de Alemania, más precisa se hacía la amenaza de una paz separada de la U. R. S. S. con el Tercer Reich. El truco dio excelentes resultados. Roosevelt y Churchill se movían bajo el temor de enojar a su aliado. Y fueron cediendo y transigiendo a sus demandas.

Stalin trazó nuevas rayas a la geografía mundial. Stalin, que en enero de 1942 se había adherido a la Carta del Atlántico, en la que se especificaba por los firmantes «que sus países no buscan el engrandecimiento territorial o de otra clase», tiró la carta al cesto de los papeles. Rusia exigió y obtuvo en las conferencias de Teherán, Yalta y Postdam extensos territorios en Europa y Asia. Se anexionó la zona oriental de Polonia, con lo que lograba alargar su frontera hasta

Checoslovaquia. Se engulló limpiamente a los Estados bálticos y absorbió la Prusia Oriental, lo que le ofrecía una amplia zona fronteriza con la misma Alemania. Se anexionó la Rusia carpática, enlazando así con Hungría. Igual suerte cupo al Azerbaijan iraní, lo que la situaba sobre los límites turcos. Con la «liberación» de Rumania y de Bulgaria y la victoria del Mariscal «Tito» en Yugoslavia, que pensó explotarla para sí, como explota la de cualquiera de sus satélites, el nuevo Pedro el Grande se situaba sobre el Adriático y el Mediterráneo. En Asia logró las islas Kuriles y la Sakhalin, al norte del Japón. Exigió y obtuvo el «protectorado» sobre la Corea del Norte, y, en Europa, por derecho de ocupación, se situó en el corazón de Alemania, en el mismo Berlín.

Rusia se transformó así en la primera potencia de Europa, sin otro rival en el mundo que los Estados Unidos de América del Norte.

El expansionismo de la Rusia estalinista de la postguerra es, pues, un fenómeno natural. Abandonados los principios del socialismo, poseídos los hombres del Kremlin de una fiebre chauvinista que les ha llevado a renegar del internacionalismo, la U. R. S. S. se comporta con la lógica de una potencia imperialista. Su lucha actual contra el bloque anglo-franco-americano no está inspirada en la defensa de un sistema social, sino en la disputa de zonas de influencia y predominio sobre los pueblos débiles. Es una rivalidad de iguales. La belicosidad de la U. R. S. S. es la enfermedad de los fuertes. Su antiimperialismo, una forma de lucha más hipócrita, que nos recuerda aquello de que el mentiroso tiene dos males: que ni cree ni es creído.

Iván el Terrible y Pedro el Grande proyectaban sus sombras sobre las altas torres del Kremlin.

CAPÍTULO V

Un relato impresionante. Por qué Stalin asesinó a la vieja guardia. La nueva casta de señores. El Estado policiaco. ¿Se puede conspirar en la U. R. S. S.? Leyes infrahumanas. El miedo de Stalin. Ojos y oídos de la N. K. V. D.

En el círculo de mis relaciones en Moscú y Kuibyshev - capital provisional de la U. R. S. S. durante la guerra-se contaban algunas personalidades del régimen, tales como Losostzky, vicecomisario de Relaciones Exteriores; Vichinsky, el temible y cruel fiscal que empujó «legalmente» al patíbulo a los amigos más íntimos de Lenin; Sudoplatov, subjefe de la temible N. K. V. D.; Manuiski, miembro del Comité Central y representante del Partido Bolchevique en la Komintern; Vorochilov, el sencillote mariscal que se extasiaba viendo películas americanas del Oeste en las sesiones privadas que organizaba Losostzky; la hija de Stalin, una joven pelirroja, feúcha, que se aburría mortalmente con la «nurse» que constantemente la acompañaba y que prefería la compañía de mi mujer, que le hablaba de modas y de bailes en el mundo burgués y que la enseñaba a tejer sweaters.

Dimitrov, jefe de la I. C. y héroe de Leipzig; diplomáticos como Umansky, muerto trágicamente en México; escritores como Eremburg y otros de menor nombradía, figuras claves en el régimen estaliniano.

Concurría a reuniones donde las invitaciones eran muy restringidas, de prohombres del régimen que daban cita en sus casas a los más íntimos, en torno a espléndidas cenas y

a generosos y abundantes vinos. En sobremesa se charlaba o se jugaba al billar o se improvisaban bailes al son del gramófono. La mayoría de los concurrentes hablaba francés y ello me permitía mezclarme en las conversaciones, que generalmente versaban sobre temas intrascendentes. Las mujeres formaban rancho aparte, y siempre, siempre, discurrían en torno a las costumbres en el mundo exterior. De ahí que mi mujer llegara a ser un elemento esencial en sus charlas.

Estas relaciones me abrieron otras. Y trabé amistad íntima con algunos que no titubearon en distinguirme con confidencias cuya revelación les hubiera costado el pescuezo.

Un atardecer de espantoso frío en Kuibyshev, donde el termómetro marca temperaturas de hasta 60 grados centígrados bajo cero, uno de estos amigos, cuyo nombre y características debo silenciar para no ofrecer carnaza a la N. K. V. D., me había invitado a tomar el té en su casa. Mi mujer departía con la suya por algún lugar de la casa. Quedamos los dos en torno a un enorme samovar de plata, del que escanciamos no sé qué mares de «chay» en las largas horas que pasamos conversando. Mi anfitrión tenía un humor de perros, consecuencia de las negras noticias que se recibían del frente. Sin proponerme llevarle al terreno de las confidencias, le expresé mi extrañeza de que hombres de su categoría política y de su representación oficial estuvieran tan a oscuras en cuanto a los planes y proyectos de Stalin como podía estarlo el último koljosiano del país.

-Aquí no pintamos nada, amigo Hernández. Vivimos bajo el imperativo de la obediencia y del silencio. Hacemos lo que se nos manda, sin tener derecho a formular una pregunta o hacer una objeción -contestó con amargura.

-Ustedes tienen la culpa. ¿No son ustedes los cuadros dirigentes del Partido? ¿Por qué toleran el sistema? No es que yo sea partidario de que se divulguen ciertas cosas al

público, pero sí me parece inexcusable el que los responsables del Partido sepan a dónde se conduce al pueblo.

-Usted piensa con criterio de comunista extranjero; aquí eso significa la muerte política y hasta el exterminio físico.

-Entonces, ¿qué valor tiene su representación? -pregunté.

-Eso me pregunto yo y nos preguntamos cada uno para nuestros adentros, ¿qué representamos?... ¡Nada!

Quedamos en silencio. En la amplia frente de mi interlocutor se dibujaba una profunda arruga que la partía en sentido vertical, imprimiendo a todo el rostro una expresión de intenso sufrimiento moral. Sirvióse otro vasito de «chay» (té), que bebía a pequeños sorbitos, con la mirada clavada en una perdida lejanía. Comprendí por sus palabras y por su abstracción que aquel hombre estaba librando un combate penoso con sus propios pensamientos. De pronto dijo:

-Hubo un tiempo en que el Partido era una organización viva, creadora, democrática. ¡Venturosos tiempos aquellos!... En aquel entonces el Partido Bolchevique era una auténtica autoridad... Discutíamos con Lenin cuanto se nos antojaba discutible, sin que nadie sintiera inquietudes de ningún género. Se llegaron a publicar periódicos como *El Comunista*, donde figuras como Radek, Osinsky, Kolontai y otros dirigentes combatían públicamente la política de Lenin. Después vinieron las duras controversias con Trotsky, Bujarin... Lenin discutía, derrotaba a la oposición o era derrotado, pero jamás usó de su poder o prestigio para aniquilar a sus opositores. En los sindicatos se criticaba la política del Partido Bolchevique y los bolcheviques respondíamos con razonamientos para tratar de convencer a los criticantes de que nuestra línea era la justa. Nadie pensó jamás que por disentir de los comunistas podría exponerse a sentir el frío cañón de un revólver en la nuca. Se discutía apasionadamente en los Soviets. Todo el mundo pensaba en

voz alta. El derecho a la crítica era la base de nuestra democracia y la fuente de nuestras energías y de nuestra firmeza ideológica. Ahora... ahora todos estos organismos no son ya otra cosa que gigantes burocratizados sin autoridad, sin vigor y sin fe. No hay debates políticos. Todo individuo teme «salirse de la línea». Toda la ingente superestructura mental y orgánica de la revolución tiene la huidiza traza de un animal asustado.

-Quizá hayan sido los temores a esta agresión que hoy sufre la U. R. S. S. los que han determinado esa severa supresión de la crítica -dije por alentar las reflexiones de mi anfitrión.

-En vida de Lenin nuestra situación nacional era infinitamente más débil y peligrosa que lo es la de hoy mismo, a pesar de tener 200 divisiones alemanas en nuestro territorio. Además, esta supresión de libertades no la ha motivado un estado de emergencia; vienen de muchos años atrás. Cuando la G. P. U. dejó de liquidar a los rusos blancos y comenzó a exterminar a la vieja guardia, la libertad, la democracia, las esencias de nuestra revolución socialista comenzaron a caer asesinadas. Empezaron las «purgas», la era del terror. Colgándole uno u otro sambenito al cuello: trotskistas, bujarinistas, zinovietistas, saboteadores, agentes del fascismo y no sé cuántas cosas más, la vieja guardia fue siendo progresivamente acusada de traición y conducida a los paredones de ejecución. Stalin se erigió en «intérprete exclusivo de la línea del Partido».

-En verdad -corroboré-, los comunistas en el mundo nos preguntábamos cómo era posible que todos los amigos y colaboradores más íntimos de Lenin se hubieran transformado en contrarrevolucionarios.

-Stalin se propuso suprimir a todos los líderes que desde el interior del Partido pudieran desplazarle del mando. La tarea le resultaba difícil cuando tenía que medirse con las armas

polémicas, cuando estaba en vigor la disposición de Lenin que impedía que se aplicara la pena de muerte a los miembros del Partido. Los disidentes u opositores podían ser desterrados, encarcelados, pero la norma establecida por Lenin les garantizaba la vida. Pero Stalin utilizó el asesinato de Kirov para instaurar la pena de muerte contra los bolcheviques y comenzó a exterminar a todos cuantos compartían con él la herencia de Lenin.

-Pero no solamente ha liquidado a los cuadros políticos, sino también a los militares -aclaré.

-Dueño de los resortes del Partido, Stalin sólo podía temer a los prestigios del Ejército o a los jefes de la Policía, por el poder que representaban. Decidió poner de rodillas a las dos instituciones armadas y se valió de la patraña de que sus generales estaban conspirando a favor de una potencia extranjera, y el 11 de junio de 1937 todos los ciudadanos de la Unión Soviética nos sobrecogimos de espanto al saber de los fusilamientos del mariscal Tukjachesky, jefe del Estado Mayor del Ejército Rojo; del general Yakir, jefe de la Región Militar ucraniana; del general Uborevich, jefe de la Región Militar de Rusia Blanca; del general Kork, jefe de la Academia Militar Rusa, y de los generales Putna, Endemann, Feldmann y Primakov, juzgados sumarísimamente en secreto. En cuanto al mariscal Gamarnik, comisario adjunto de guerra y comisario político general del Ejército, se informó que se había suicidado. Después fue Bluecher, fue Yagoda, Iéjov...

-No puedo creer que esos hombres de prestigio tan sólido y de un historial revolucionario tan brillante, de la noche a la mañana se hicieran fascistas -indiqué.

-¡Qué fascismo ni qué niño muerto! -exclamó mi informante-. Stalin les temía no sólo por su popularidad entre el pueblo, sino porque a cada una de las «genialidades» de él, los generales le habían hecho conocer su opinión, a veces en tonos muy severos. Tal sucedió durante la colectivización

forzosa, que dio origen a infinidad de sublevaciones campesinas, al hambre y al terror. En ese tiempo, 1933, Bluecher, comandante militar del Lejano Oriente, dirigió a Stalin una especie de ultimátum, haciéndole saber que el descontento era tan general entre los campesinos de la Siberia Oriental que le era difícil poder responder de las defensas de aquella región en caso de ataque del Japón. Y Stalin hubo de hacer concesiones a los campesinos de aquel distrito. Tukjachesky, al igual que Gamarnik y otros generales, exigían sin cesar la motorización del Ejército Rojo, siempre regateada por Stalin; se expresaron contrarios a la cesión a los japoneses del ferrocarril estratégico chino-oriental y Stalin, temeroso de la reacción de sus generales ante la política exterior que iba a inaugurar con el pacto germano-soviético, los enredó en la siniestra tela de araña de su fraguado «complot», y los eliminó físicamente.

-¿Pero cómo no se produce una reacción unánime de cuantos como usted están convencidos de que Stalin es el cáncer de la revolución? -pregunté.

Mi informante sonrió levemente y mientras encendía un cigarrillo movía la cabeza con gesto desalentado. Me sirvió más té y prosiguió de esta manera:

-Para la mentalidad occidental hay cosas inexplicables en nuestro país. Ustedes viven una etapa de desarrollo cultural y político que en Rusia apenas si hemos logrado iniciarla. Nuestro pueblo era un pueblo semibárbaro cuando ustedes sabían lo que eran los derechos del hombre y disfrutaban de constituciones más o menos democráticas, que educaban al ciudadano en el ejercicio de sus derechos políticos y civiles y le facilitaban la adquisición de la conciencia necesaria para saber defender sus libertades conquistadas. Los rusos somos quizá el pueblo cuyas nociones sobre la democracia y la libertad son más ínfimas. Bajo el régimen zarista vivíamos sometidos al despotismo más acabado. Después, la revolución de febrero de 1917, con Kerensky al frente, brilló

como un relámpago en la noche negra de la opresión. Al cabo de pocos meses tomamos nosotros el poder. Hubo libertad, pero también comunismo de guerra. Murió Lenin y con él murió la democracia soviética. Después... después vino la era estaliniana. La libertad se trocó en dictadura... Y en un pueblo en el cual no se ha forjado sólidamente el concepto de democracia, una prolongada dictadura termina por entumecerle las facultades críticas. Se ha dicho, y con razón, que la capacidad de usar de la libertad se adquiere con el ejercicio de la libertad. Es triste tener que confesarlo, pero al cabo de veinticinco años de revolución la mayoría de los ciudadanos soviéticos carecen del estímulo que representa tener conciencia de lo que se carece. Hizo una pausa, y tras de decirme que quizá no comprendiera bien qué relación tenía todo aquello con la pregunta que le había formulado, prosiguió diciendo... Para intentar una sublevación contra Stalin deberíamos buscar el apoyo en las masas. Trato, pues, de evidenciarle lo difícil que ello es, independientemente de otras razones que examinaré más tarde.

-Hable, hable -le dije-. Todo cuanto usted me está diciendo descubre ante mí un mundo de realidades que hasta hoy eran sólo vagas sospechas y suposiciones.

-Esto no es fatalismo en nuestro pueblo, es hábito a estar mandado, a obedecer siempre. Ello crea costras de indiferencia, a veces, de inconsciencia y de cinismo. «Es igual -se dicen. Así ha sido antes, así es ahora, así seguirá siendo.» Otros, los que tienen más conciencia, se preguntan: «¿Para qué? ¿Quién se hará eco de mi protesta?» Y la sensación de la impotencia les desmaya el ánimo. No faltan tampoco los que a fuerza de repetirles y de escuchar en todas partes y de leer en todos los periódicos y revistas que estamos disfrutando de la más amplia y generosa libertad y de que fuera de nuestras fronteras los obreros viven bajo el azote del hambre y del látigo del capitalismo, se dicen a sí mismos como consuelo a sus dificultades: «Cualquier otra

libertad sería peor. Aquí tengo dificultades, pero nadie me apalea y, mal o bien, como». La dictadura de Stalin opera como un corrosivo en la voluntad de las gentes. Tiene, además, de todo lo criminal de cualquier dictadura, la virtud de no generar rebeldías, sino de asesinarlas antes de aflorar...

-... Una usted a este cuadro la fuerza de penetración en los espíritus de las gentes sencillas, de nuestras nuevas generaciones, de ese gigantesco aparato de propaganda empeñado en glorificar a Stalin. Se han batido todos los récords de la alabanza, de la adulación y del servilismo. Se han roto todas las medidas del encomio y del aplauso. Nada grande, nada meritorio, nada se crea ni se produce, nada se concibe o se realiza en la vida soviética que no haya sido por el soplo «genial» de la inspiración del más «grande hombre» de todos los tiempos y el martillo de la propaganda clava en las mentes de millones y millones de gentes simples, o de nuestros niños y jóvenes, que Stalin es la bondad y la sabiduría, el nuevo dios de nuestra paganía.

-Naturalmente -observé-, así se les inmuniza contra cualquier tipo de propaganda subversiva contra «el padrecito».

-Ese es el objeto. Para estos millones de seres, la palabra de Stalin es el evangelio bolchevique. ¿Comprende usted ahora por qué le es difícil a cualquier oposición apoyarse en las masas del pueblo?

-Perfectamente -dije.

-Pues oiga usted ahora el otro aspecto de la misma cuestión -dijo mientras se levantaba y tiraba con fuerza del pasador que cerraba el respiradero de la doble ventana, que, al abrirse, dio paso a una bocanada de aire helado en la estancia, donde la calefacción, el samovar y el humo de los cigarrillos hacían la atmósfera pesada. Llenos de nuevo los vasos de té, reanudó su impresionante información como

sigue:

-Cualquier cosa podrá negársele a Stalin menos talento maquiavélico y rara habilidad para la intriga. Planea las batallas políticas y el exterminio de sus opositores con la misma técnica que un excelente jefe de operaciones militares. Sus principios fundamentales los hace descansar en este triángulo: Dónde, cuándo y cómo. ¿El Partido? ¿El Ejército? ¿La N. K. V. D.? Resuelto el punto donde quiere golpear se plantea el segundo de los aspectos: ¿Hoy? ¿Mañana? ¿Dentro de un año? Maduradas las condiciones, resuelve el tercero: ¿Proceso público? ¿Tiro en la nuca? ¿Muerte «casual», con grandes ditirambos, lujo de crespones y viñetas negras marginando la fotografía impresa en *Pravda*?...

-... En el proceso de estas tres etapas logra posiciones previas: desorganiza al enemigo y organiza sus propias fuerzas; desmoraliza al adversario, haciéndole presentir el golpe, sin permitirle adivinar de qué lado y cuándo le puede llegar. Así los divide, los inmoviliza y los confunde. Tal ha sido su técnica en los golpes contra los más poderosos. Odiándoles a todos por igual los ha ido destruyendo por partes. Y cuando golpea a unos halaga a los otros. Si el procedimiento resistió la prueba de los poderosos, quién osará desafiar a este felino político con su sola fuerza personal?

-Conociendo el procedimiento, se puede hallar la forma. No dejarse golpear por separado, sino ofreciendo un solo bloque -insinué.

-Las posibilidades de una organización seria de la oposición las ha reducido Stalin casi al mínimo. Todo el sistema le auxilia en su vesánica autarquía. Ningún organismo político, sindical, cultural o cooperativo tiene vida propia o independiente; no hay empresa particular o privada, ni grupos específicos de productores con independencia

económica; todo depende del Estado, todo está controlado por la bien alimentada burocracia de Stalin, por los «técnicos», los representantes del Partido o de los sindicatos, por los directores de empresa y por la N. K. V. D. Esta burocracia constituye el pilar en que se asienta el poder omnímodo y tiránico de Stalin. La mima y la cultiva, la corrompe y la deshumaniza. Estas gentes, provenientes en su mayoría de las capas humildes del pueblo, que por mil circunstancias o por talento natural, por los estudios o por su ausencia de escrúpulos han escalado los más altos puestos de la administración, estas gentes, digo, viven en tales condiciones de lujo y bienestar que por no perder sus privilegios son capaces de las más infames villanías. No sienten ambiciones de otro tipo, porque todas se las han satisfecho; no desean un cambio de la situación, porque saben que cualquier solución de carácter democrático pondría en peligro sus «conquistas» ya logradas. Son los grandes beneficiarios de la revolución. Que el pueblo reviente de hambre les parece la cosa más normal, pues ellos no la pasan; que el pueblo viva en chozas, hacinado en un cuartucho antihigiénico y en la más espantosa promiscuidad, les tiene sin cuidado: ellos disfrutan de amplias y ventiladas casas, disponen de automóvil, de casas en el campo para pasar el fin de semana, comen hasta la hartura, se emborrachan y tienen queridas y el dinero y el poder - aunque sea poder delegado-les sobra por todas las partes. Son los que llenan los restaurantes, los teatros y la ópera, los que comparten las tribunas donde se exhibe el jefe»; los que llenan los grandes sanatorios, los que visten con espléndidos abrigos de pieles a sus mujeres y a sus hijos. En una palabra, son la nueva casta de señores que ha sustituido a la derrocada burguesía. Estos son los actuales cuadros del Partido, no diré todos, pero sí la mayoría.

-¿Pero ha sido posible tal degeneración? ¡La mente se resiste a creerlo! -exclamé.

-El Partido -prosiguió no es ya otra cosa que un gigante castrado, un eunuco político al que las «purgas» han desposeído de toda virilidad. Es una máquina acobardada que registra mecánicamente las órdenes y las transmite y las hace cumplir sin piedad. La proporción de afiliados al Partido no alcanza al 2 por 100 de la población. ¿ Es que no existen en la Unión Soviética hombres dignos de merecer el carnet del Partido más que en esa ridícula proporción? Existen. Pero Stalin no quiere un Partido de masas. Escoge meticulosamente cada uno de los miembros. Cuando cree que se han podido filtrar elementos vacilantes a sus mandatos o gentes con criterio propio, ordena una «depuración» y limpia el Partido de cuantos individuos no se han mostrado enteramente fieles u obedientes. De este 2 por 100 selecciona a los de «temple estaliniano» y los sitúa en los puestos de máxima responsabilidad, aunque exista un millón de hombres más aptos e idóneos que el designado. ¡Al fin ellos no tienen que pensar! ¡Piensa el «jefe», que no se equivoca nunca!

-En consecuencia, como usted verá, amigo Hernández, no existe ningún medio orgánico para oponerse al poder de Stalin. Desde el Buró Político para abajo cualquiera de los ciudadanos soviéticos está en las manos de Stalin y de su doble garra: la burocracia y la N. K. V. D.

-¿Pero existen hombres que piensen como usted? Si existen, ¿por qué no relacionarse y tejer poco a poco la red donde se aprisione a este nuevo Gengis Kan? -objeté.

-Si usted conociese un poco más nuestro sistema policiaco, no lo vería tan sencillo. La Policía del Estado, la N. K. V. D., es la organización más perfecta y eficiente que ha podido concebir la mente de un sátrapa sanguinario. Sus ramificaciones se extienden desde las torres del Kremlin hasta la «isba» del más alejado rincón de la U. R. S. S. y los mismos vigilantes se saben vigilados. Beria es el jefe y a su vez no sabe quién es el encargado de vigilarle a él. En ese

sistema reside la eficacia.

-¿Quiénes pueden conspirar? Los que tienen en su mano fuerzas que poder mover: militares, policías o altos cuadros del Partido. Puedo asegurarle que en esas tres instituciones, de cada tres hombres de cierta graduación existe uno que vigila a los otros dos. Un hombre puede confiar a otro hombre -como yo lo estoy haciendo con usted en este momento-sus pensamientos más íntimos y secretos y proponerle cualquier tipo de organización o de acción, pero en cuanto se reúnan con un tercero ya comienza la desconfianza. Incluso es admisible que la cadena pueda estirarse a media docena, pero el eslabón se quebrará inevitablemente. Uno de ellos, después de consultado, se planteará el problema de si no habrán ido a «probarle». Este sistema de la prueba se ha prodigado con tanta frecuencia que nadie se fía de nadie. El consultado se dirá: «Si no denuncio me denuncian y soy hombre muerto». Y sin otro propósito que el de demostrar que ha sabido resistir la «prueba» y cumplir con su deber de lealtad, se apresurará a delatar a sus amigos. Cuando la «prueba» es «prueba», generalmente se recompensa con algún ascenso; pero cuando la intención es honesta y se produce la delación, el delator manda sin querer al patíbulo a sus mejores amigos y descubre el complot.

-¿No se ha dado usted cuenta de que es muy difícil ver en cualquier café, restaurante, teatro o paseo a más de dos hombres juntos? -me preguntó.

-Es cierto -dije-, pero nunca pude suponerme que ello tuviera un origen en el miedo a la delación, a la falta de confianza entre los ciudadanos y amigos.

-Pues lo que sucede en las instituciones principales tiene su reflejo también en la vida del trabajo, en el campo, en la fábrica, en la oficina o el laboratorio. Allí donde haya más de dos existe un confidente *inkavedista*. En cualquier brigada de

koljosianos o de obreros, indefectiblemente existe el agente policiaco. ¿Quién es? Nadie lo sabe, pero están convencidos de que existe. Y cada uno desconfía del otro. Cuando un obrero se queja por cualquier circunstancia, los demás guardan silencio porque no saben si es un provocador que los está «probando» para descubrir sus opiniones. Pero si quien le escucha es miembro del Partido, obligatoriamente, sea o no *inkavedista*, deberá denunciar al quejoso, pues de lo contrario puede verse envuelto en la acusación de encubridor...

Mientras me hablaba este viejo revolucionario, recordaba que allá por el año 1932 asistí invitado a una depuración de la fábrica «Lakokraska», de Moscú. Aunque me impresionó el procedimiento, no le concedí otra significación que la de un exceso de vigilancia revolucionaria. Pero ahora comprendía todo el contenido de la escena que presencié. Hela aquí.

El secretario de la Organización del Partido en la fábrica tenía ante sí una serie de carpetas. Tomó una y pronunció el nombre de Markulov. En la sala se hizo un silencio sepulcral. El mencionado se puso de pie. Era un hombre como de cuarenta años.

-¿Desde cuándo eres miembro del Partido? -preguntó el secretario.

-Desde 1917.

-Relátanos tu historia -demandó el secretario.

Markulov habló un gran rato. Se había batido en casi todos los frentes de la guerra civil. Tenía tres cicatrices de otras tantas heridas. Después se había ido a su casa y trabajado en una serie de fábricas hasta que en 1930 se trasladó a Moscú y entró a trabajar en la fábrica donde ahora estaba. Nunca había sido sancionado por el Partido y se creía un buen bolchevique.

Terminado que hubo de hablar se sentó, mientras el

secretario blandía un papel extraído de la carpeta.

-Camarada Markulov, ¿con quién hablaste el día 19 de enero de 1931 durante la comida en el restaurante colectivo?

-No me acuerdo.

-¿No estuviste conversando con Alexis? -aquí un apellido que no recuerdo.

-No lo recuerdo, pero admito que así fuera, ya que solíamos comer juntos.

-¿De qué hablasteis?

-No tengo ni idea.

-¿No te acuerdas de que Alexis se quejaba de que en la cooperativa de la fábrica no había chanclos de goma mientras que en el almacén de los técnicos sobraban?

-Sí, ahora recuerdo. Efectivamente me habló de ello.

-¿Por qué no lo denunciaste? ¿Estabas de acuerdo con él? -rugió el secretario.

-No le di ninguna importancia, pues lo que me decía era cosa sabida por todos los compañeros.

-¿Y la vigilancia bolchevique? ¿No sabías que los perros inmundos de la contrarrevolución, las hienas trotskistas se habían dado como tarea fomentar el descontento entre los trabajadores por cualquier simpleza? -aulló encolerizado el secretario.

-Si hubiera sospechado de las intenciones de Alexis le hubiera denunciado -se defendió Markulov.

-Alexis ha sido arrestado por bulista y desmoralizador, por ser vocero de las ideas del enemigo de clase. ¿Sabes el castigo para sus cómplices?

-Yo... yo... soy un comunista sincero -balbuceaba el infeliz mortalmente pálido y descompuesto.

-Tú fuiste su cómplice. Tu silencio demostraba aprobación

a la obra de los contrarrevolucionarios -barbotó el secretario. Y volviéndose a la asamblea la exhortó a que aprobara la expulsión del Partido de Markulov, y de su puesto en la fábrica por indigno de pertenecer al colectivo, así como su consignación al Tribunal del Pueblo para que depurara responsabilidades.

Un rugido unánime de la espantada asamblea aprobó las conclusiones del cacique burócrata, mientras Markulov era sacado del local por dos milicianos de la guardia de la propia fábrica.

Y después le tocó el turno a otro de los que antes habían aullado contra Markulov, y la asamblea volvió a rugir. Cada cual creía salvarse clavando los dientes de su miedo en la carne del caído. La escena -no obstante mi fanática fe en aquella época-me impresionó desagradablemente.

La voz de mi interlocutor me arrancó al recuerdo de diez años atrás.

-... Luego la delación se ha instituido como una forma de autodefensa personal. El régimen estaliniano ha matado la amistad. Stalin es un lobo solitario que no tiene ningún amigo íntimo. Esa necesidad que sentimos los humanos de conversar, de confiarnos nuestros sentimientos, de reír y de llorar en el seno del afecto y del cariño de los amigos él no la ha sentido nunca. Vive alejado de sus hijos. En su casa sólo convive con su viejo ayudante, que le sirve de camarero y de ayuda de cámara, que cuida de su ropa y limpia las habitaciones que ocupa. ¡Ni el cocinero ni ningún otro sirviente le ven la cara de cerca! Y lo que él no siente lo considera superfluo para los demás. Somos, por obra y gracia de Stalin, un pueblo sin conviabilidad, sin civilidad. Y, aunque le parezca monstruoso a usted y al mundo civilizado, por ley se ha establecido la obligatoriedad, bajo penas severísimas a los infractores, de la delación en el seno de la familia. Los hijos deben denunciar a los padres y los padres a

los hijos, y los hermanos entre sí.

-¡Pero cómo es posible tal regresión a la barbarie! - exclamé indignado-. ¡ Si hace siglos que la legislación penal de los pueblos ha barrido de sus leyes el monstruoso concepto de la responsabilidad colectiva de la familia por delitos de cualquiera de sus componentes, y ha establecido la eximente de responsabilidad en los familiares de primero y hasta de segundo grado para casos de encubrimiento!

-Pues la legislación estaliniana ha establecido, por decreto del 8 de junio de 1934, el principio que voy a leerle.

Tomó de uno de los estantes de su biblioteca un pequeño libro, hojeó sus páginas y leyó en alta voz:

»3. En caso de evasión o fuga al extranjero de un militar, los miembros adultos de la familia, si de algún modo hubieran intervenido en la preparación o comisión del acto de traición, o hubieran tenido noticias sin denunciarlo a las autoridades, serán castigados con la pena de cinco a diez años de prisión, con confiscación de bienes.

»Los demás miembros adultos de la familia del traidor que vivieran con él o dependieran de él al tiempo de cometerse la traición, serán privados de sus derechos electorales y deportados por cinco años a las remotas regiones de Siberia.»

-Si eso es aplicable a los simples desertores militares - comentaba mi informante- ¡qué no sufrirán las familias de los disidentes políticos, de los que conspiran de cualquier manera contra Stalin! ¡Ni en el seno de la familia se puede hablar sin temor a que el miedo pueda llevar a uno de la misma a delatar al otro!

-¿Y se han producido casos de delación familiar? -pregunté espantado.

-Desgraciadamente, sí. El miedo es ciego -afirmó.

-Es para sentirse nihilista. A un loco furioso se le pone, por humanidad, la camisa de fuerza y se le recluye en un manicomio. Pero si el loco está armado y dispara contra las gentes, si no queda otro remedio, también, por humanidad, hay que exterminarle -grité enfurecido ante tanta infamia.

-También algunos han pensado en ello -aclaró aquel viejo bolchevique-. Pero Stalin conoce el paño. Sus entradas y salidas del Kremlin nunca son regulares. Tan pronto acude a las diez de la mañana como a las doce de la noche. Nadie conoce de antemano sus proyectos ni su ruta. Poquísimas personas conocen en Moscú la casa donde vive este hombre. ¿Conoce usted la carretera Moscú-Polonia? -me preguntó. Como contestara que sí, prosiguió-. Pues bien, a la altura del kilómetro catorce hay una desviación a la izquierda que se adentra en un paraje boscoso cerrado por diferentes empalizadas y barreras de alambre de púas. Nadie vive en los alrededores ni la carretera tiene comunicación con parte alguna que no sea la casa de Stalin. Todo el bosque está vigiladísimo y, pasada la primera empalizada, en la segunda se ven ya las garitas de los centinelas de la N. K. V. D. Los espacios entre las distintas barreras están vigilados por hombres y mastines que destrozarían al infeliz que por error, ignorancia del lugar o curiosidad se le ocurra saltar una empalizada.

-Cuando Stalin tiene que asistir a un lugar determinado y el hecho es público, todas las viviendas, todas las ventanas y todas las terrazas de las casas del trayecto son ocupadas por la N. K. V. D. Por las calles no transita un alma...

Al oírle evocaba mis propios recuerdos, mi asistencia a algunos actos a los que concurría Stalin. En mi calidad de representante del Partido Comunista de España en la I. C.

disfrutaba de este privilegio. El procedimiento era complicadísimo y misterioso. La invitación se me facilitaba a nombre personal cinco minutos antes de partir en el automóvil que había de conducirme, junto con otros invitados, al lugar determinado. La primera vez fue al Gran Teatro de la Opera de Moscú. El motivo, el XXIV aniversario de la Revolución de Octubre. Las sombras de la noche habían descendido sobre la Plaza Sverdlov, en uno de cuyos lados se yergue la imponente fachada del «Bolshoi Theatro». Al aproximarnos a la plaza nuestro vehículo fue detenido por un cordón de guardias. Una joven «miliciana», de abundante melena y guantes escrupulosamente blancos, nos pidió con mucha corrección nuestros documentos personales. Vista la fotografía del pasaporte, escrutaba nuestros rostros para cerciorarse que correspondía a la misma persona. Nuestros carnets del Ejecutivo de la Internacional Comunista no nos salvaban de la pesquisición. Al llegar a una de las puertas laterales del teatro, nueva revisión de documentos. Entramos en el zaguán y fuimos invitados a dejar nuestros portafolios y cualquier clase de armas que pudiéramos portar. Dejamos los portafolios, que era cuanto llevábamos. Subimos al primer piso, que da acceso a un amplio «hall», y allí un registro personal convencía a la N. K. V. D. de que habíamos cumplimentado la invitación de desprendernos de cualquier clase de armas. Entrada a la sala. En la puerta, una última comprobación de la personalidad con la tarjeta de invitación y el nombre del pasaporte. Después, amablemente, nos acompañaban hasta el numerado asiento, donde por cada dos extranjeros se intercalaba un ruso vestido de civil, pero con el aspecto inconfundible del inkavedista.

Este procedimiento no era exclusivo para los comunistas extranjeros, pues tuve ocasión de observar que los mismos requisitos se exigían de los generales y personajes civiles que habían sido invitados. Al parecer, en la vida diaria, para llegar al despacho de Stalin se pasa por la misma vejatoria

pesquisición. Stalin fue el último en llegar al «Bolshoi Teatro» y fue el primero en salir.

-... Cualquier clase de atentado terrorista contra Stalin es casi imposible -seguía diciendo el viejo bolchevique-. Y el complot en su forma clásica de varios conspiradores o conjurados tendría que darse entre el personal más adicto al señor de todas las Rusias, cosa muy improbable, por cuanto hemos examinado y por la calidad de los guardianes, y si alguno lo intentara tendría que tener endurecidas las entrañas, pues sabe que no es sólo su vida, sino la vida de su esposa, padres, hijos, hermanos, parientes hasta la séptima generación, amigos y colaboradores, los que serían ferozmente martirizados y al fin asesinados.

La única vez que el pueblo ve a Stalin más cerca es durante los desfiles en la Plaza Roja. Lo ve montado en el alto estrado del mausoleo de Lenin. La distancia es considerable. Cualquier clase de atentado tendría escasísimas posibilidades de éxito. Prácticamente, ninguna -dijo mi anfitrión, quien deseando dejar bien claro su pensamiento al respecto, agregó aún-. Como marxista, usted convendrá conmigo, en que el atentado personal es estúpido. Stalin sería reemplazado en veinticuatro horas por otro Stalin de diferente apellido, que, en general, continuaría la misma política. Stalin y el estaliniano son la consecuencia, no la causa, de la burocracia; luego a lo que hay que atacar es al origen, no al efecto. Contra eso de nada valen las pistolas individuales. La única arma eficaz es la acción consciente de las masas obreras decididas a liquidar todo el sistema burocrático.

Nuevamente se hizo el silencio. Deseando continuar la conversación insistí diciendo:

-Efectivamente. La U. R. S. S. es un inmenso campo de concentración con cines, teatros, comercios, hoteles, elecciones y periódicos. Un perfecto Estado policiaco donde

las gentes tienen la seguridad de vivir en libertad mientras la policía no decide lo contrario.

-Tenga usted la seguridad, amigo Hernández, de que su visita a mi casa será registrada en su expediente policiaco y en el mío. Nadie da un paso que no esté controlado. Cada casa tiene su portero. Cada portero es un agente de la N. K. V. D. que registra las visitas que se reciben, las horas que el visitante permanece en la casa, las entradas y salidas de cada vecino. Cuando se sospecha, los micrófonos se instalan en los lugares más inverosímiles de su propia casa y escuchan las conversaciones. Cada portero tiene doble juego de llaves de cada habitación y el derecho de entrar a inspeccionar si la conservación de la «propiedad socialista» es observada por el vecino o no. Y entra cuando le da la gana, cuando usted está y cuando no está. La vida de los ciudadanos está a merced de cualquier información tendenciosa de un portero.

Volví a recordar. Un día, allá por el invierno de 1931, siendo estudiante en la Escuela Leninista de Moscú, fui invitado por una amiga a su fiesta de cumpleaños. Nadia, así se llamaba la joven, reunió a un grupo de amigos. Pasamos una velada encantadora. Al día siguiente la Comisión de Cuadros (G. P. U.) de la Escuela me llamó.

La conversación se desarrolló a este tenor:

-¿Se divirtió usted anoche? -me preguntó el encargado de la Sección, un tal Mijailovich.

-Lo pasé bien -dije un poco sorprendido por la rapidez con que les había llegado la información.

-¿Conocía usted a todos cuantos acudieron a la fiesta?

-Los veía por primera vez.

-No debe usted volver a tal tipo de fiestas.

-¿Por qué?

-Resultan peligrosas.

-No comprendo. Nadia es miembro del Komsomol - Juventud Comunista-. Ella sabrá a quien invita -dije.

-En el Komsomol hay menos vigilancia que en el Partido. Y siempre puede haber gente interesada en saber quién es usted, qué hace usted y cualquier imprudencia le puede llevar a romper la conspiración.

-Lo tendré en cuenta -dije.

-En cuenta no. Usted debe prometer no volver a tales fiestas.

-Creo que he ido a un par de ellas -aclaré.

-Usted ha ido a casa de Nadia siete veces -contradijo Mijailovich, mientras su grueso dedo recorría los renglones de un papel donde estaban registradas con fechas y horas mis visitas a la joven.

-Si es una orden la cumpliré, aunque no comprendo claramente la razón -objeté.

-Es una recomendación.

Y dejé de visitar a Nadia. Hubiera sido inútil tratar de burlar a la N. K. V. D.

La llegada de las mujeres puso fin con su presencia a la más impresionante revelación que hasta entonces oyera de persona alguna. Al despedirnos dije al viejo bolchevique que cualquier día que dispusiera de tiempo me llamara, pues quería hacerle una serie de preguntas que su información me había sugerido. Me citó para cuarenta y ocho horas después.

Al salir a la calle densos copos de nieve vestían de sudario las calles de Kuibichev. Ninguna nieve podría ser más gélida que el hielo que sepultaba mi ruptura con Stalin.

CAPÍTULO VI

Degeneración del socialismo en la U. R. S. S. ¿Existe el socialismo en la U R. S. S.? Stalin y el capitalismo de Estado. La burocracia soviética. ¿Dictadura de clase o dictadura del partido? Explotación y plusvalía. El antisocialismo de Stalin.

Dos días después volví a visitar al viejo bolchevique. Su porte imponente adquiría cierta fiereza con su abundante y blanca cabellera que se agitaba como un airón en los bruscos movimientos de aquella cabeza que encerraba las iras enfrenadas de una generación que había heredado las mejores tradiciones de los decembristas, de los nihilistas, de los anarquistas y socialrevolucionarios, de los que se batieron en las barricadas de la revolución de 1905 y en las jornadas de febrero de 1917, y que conquistaron el poder en Octubre bajo la dirección de Lenin. Me recibió con la habitual familiaridad con que me distinguía desde que nos conocimos.

Las horas transcurridas desde nuestra última conversación habían sido para mí siglos de torturante reflexión. Todos los endebles lazos que me ligaban al régimen estaliniano se habían quebrado. Me encontraba como suspendido en un vacío espantoso. Me notaba ajeno a cuanto me rodeaba. Comenzaba a odiarlo. Era un extraño en un mundo hostil. Me sentía solo, aislado en medio de 180 millones de seres. Es la más desoladora de las soledades. Aquel medio de vilezas y mentiras, de miserias físicas y morales, de arbitrariedades y crímenes, me asfixiaba. Un deseo irrefrenable de evadirme, de perder de vista hasta el recuerdo de lo que durante más

de veinte años me había fascinado, me dominaba. Cuarenta y ocho horas antes me consideraba un hombre libre; ahora sentía la angustia del prisionero que cuenta anhelante los años, los meses, los días y las horas que le faltan para recobrar la libertad, para respirar fuera de los muros sombríos de la celda. No era una huída de mis ideales, era la fuga física y moral de un mundo donde mi permanencia sólo podría darse ya disfrazando los pensamientos, mintiendo y fingiendo una lealtad que había muerto en mi conciencia, y para no caer víctima de aquella jauría de modernos inquisidores, de los liquidadores de la Revolución de Octubre. Comprendí toda la tragedia de aquellos viejos bolcheviques que vivían condenados a sobrevivir en la desesperación de su impotencia, de sus noches sin sueño y de callados pensamientos, con la zozobra del rastreo de los sabuesos de la N. K. V. D., hombres a los que el régimen de desalmados que detentaban el poder en nombre del socialismo sólo dejaban una opción: el cadalso o la obediencia.

Afanoso, me di a la búsqueda del socialismo en el corazón de los dominios de Stalin. No era una rebusca libresca, teórica o sentimental, era la búsqueda del socialismo en la vida real, en las condiciones de vida y en el modo de vivir de un pueblo. ¡Vana pretensión! Ciertamente; en la U. R. S. S. se había derrocado el poder de los terratenientes y de los capitalistas expropiándoles sus bienes, se habían socializado las industrias y colectivizado el campo, pero la supresión de la propiedad privada y las nuevas relaciones de producción no habían cambiado la forma esencial de la explotación de los trabajadores. No había clases, pero había castas. Mientras la inmensa mayoría de los hombres se debatían en un infierno de miseria, condenados al hambre y al frío en infectos tugurios, una minoría reducidísima disponía y disfrutaba de los lujos más insultantes. El derecho a la libre expresión y reunión constituía la burla más atroz a un pueblo que alentaba con todos los matices del miedo y que se movía

o inconsciente como un rebaño o con el recelo de los animales vencidos.

Una casi absoluta concentración de poderes en las manos de una insignificante minoría de «redentores» generaba, en las relaciones sociales, poderosos elementos de capitalismo de Estado.

En las relaciones de trabajo sólo pude percibir la sumisión más completa del obrero al director de la fábrica, al que se habían conferido por el Estado poderes hasta para condenar a penas de prisión a los trabajadores que llegasen tarde al trabajo, faltasen a él o decidieran cambiar de fábrica o profesión. Iguales derechos habían sido decretados para los directores y administradores en las colectividades agrarias. Cada trabajador era un prisionero del torno, del surco o del cincel. El aniquilamiento de todo vestigio de democracia en el proceso productivo había sido completo.

En el orden militar las «Nuevas Ordenanzas Disciplinarias del Ejército Rojo», publicadas el 12 de octubre de 1940, establecían que «los jefes pueden imponer la disciplina por el castigo corporal y hasta por el fusilamiento a los soldados, sin incurrir en responsabilidad por las consecuencias». La democracia en el Ejército había sucumbido bajo la bota cuartelera de la nueva aristocracia militar. En aquellos días, el Gobierno soviético había establecido las Escuelas Sovorov, «para hijos de oficiales muertos durante la guerra». Eran escuelas calcadas del modelo de las de cadetes de la época zarista. Los hijos de los soldados muertos eran, por lo visto, criaturas de segunda o tercera categoría. No tenían derecho a formarse como oficiales. Eran escuelas de casta.

La consigna «enseñanza gratuita en todos sus grados para el pueblo» había sido sustituida, en la práctica, por la de «enseñanza superior en exclusividad para los hijos de los potentados». La supresión de la enseñanza gratuita en la educación superior diferenciaba a la juventud estudiantil en

pobres y en ricos. El decreto del 2 de octubre de 1940 fijó las matrículas que habían de pagarse en las escuelas secundarias y en las universidades. Seiscientos mil estudiantes hijos de padres pobres hubieron de suspender los estudios en ese año por no poder pagar los 300 y 500 rublos que en término de un mes deberían hacer efectivos los que desearan inscribirse. Los hijos de proletarios no podían costearse tales gastos. Solamente los hijos de los grandes burócratas podían formarse como técnicos o intelectuales.

La supresión de toda crítica -crítica socialista, progresiva-, la prescripción de toda lucha de opiniones, determinaba la muerte del espíritu liberal y de toda iniciativa creadora en el pueblo. La casta burocrática se había erigido en «tabú» y en depositaria exclusiva de la «verdad intangible».

Seguí buscando y encontré un Partido Bolchevique identificado y confundido con el poder estatal, gobernando con autoridad absoluta. El Partido era el Estado; el Buró Político, el Gobierno, y Stalin, el jefe omnímodo del Gobierno y del Estado. El Partido, un poder por encima de la clase obrera. Lógicamente, la dictadura del proletariado se había convertido en dictadura del Partido sobre el proletariado. El Partido ya no actuaba como fuerza motriz de la clase obrera, ayudándola y empujándola a dirigir el desarrollo de toda la vida económica, política y social del pueblo, sino que operaba desligado de las masas trabajadoras, como un poder «autónomo», burocrático y despótico.

Recordé que en el XVII Congreso del Partido Bolchevique, celebrado en 1934, la composición social de los delegados registraba un porcentaje de 9,3 por 100 de «obreros relacionados con la producción», lo que significaba que el 90,7 por 100 pertenecían a la categoría de la burocracia y tecnocracia. Y en el XVIII Congreso, celebrado en 1939 (en el momento de escribir estas páginas se anuncia la convocatoria del XIX Congreso; es decir, trece años después), ya no quisieron dar cifras del origen social de sus

componentes, lo que indica que los porcentajes se habían distanciado más aún. En la teoría y en la práctica, el Partido Bolchevique había dejado de ser un partido de la clase obrera.

El internacionalismo iba siendo ahogado cada vez más por toda una serie de manifestaciones rabiosamente nacionalistas y raciales. La prensa y los discursos oficiales invocaban el paneslavismo y la solidaridad de sangre por encima de la de clase. Stalin buscaba la inspiración «en la sombra protectora» de los Kutúsov, Suvorov, Alexander Newsky, Dimitri Donskoi, Khamel, Nitzki, príncipes y nobles a los que invocaba patéticamente el 7 de noviembre de 1941 en la Plaza Roja de Moscú. La historia revolucionaria cedía paso a la historia de los «héroes» reaccionarios e imperialistas del pasado más oscuro de la Rusia de los zares.

De toda mi búsqueda sólo podía sacar una conclusión: Socialismo sin libertad es igual a dictadura de Estado. Y un Estado voraz, explotador, dominado por una casta burocrática que absorbe la plusvalía producida por el esfuerzo del trabajo, es un tipo especial de capitalismo de Estado que nada tiene de común con los principios del socialismo científico y sí muchas semejanzas con el capitalismo de Estado de tipo fascista.

Quería conocer la opinión de aquel viejo bolchevique, más versado que yo en estas cuestiones, y, sobre todo, mejor informado del proceso seguido por la banda de Stalin en aquel fraude al marxismo-leninismo.

Servido el té y abierta la caja de Kasvek, cigarrillos de larga boquilla, el viejo bolchevique dijo hallarse a mi entera disposición y dispuesto a contestar a cuantas preguntas quisiera hacerle.

-Todas se resumen en una -dije-. Y es ésta: ¿Cómo ha sido posible este fenómeno de la degeneración del socialismo en la U. R. S. S.?

Se agitaron las blancas melenas del amigo de Lenin. Silencioso, se acercó a la librería y extrajo un par de libros. En la portada del que quedó encima pude leer: «El Estado y la Revolución». Se trataba de la clásica y conocida obra de Lenin. Dando un fuerte golpe con su mano abierta sobre aquel libro dijo así:

-¡Aquí, aquí está prevista y desarrollada la mayor parte de la teoría de lo que deberíamos haber hecho, y también de lo que no deberíamos hacer! Como usted sabe, entre el capitalismo y el comunismo existe, inevitablemente, un período que forma la fase inferior del comunismo, o sea, el socialismo. La sociedad socialista no aparece por generación espontánea, de la noche a la mañana, por el hecho de haber derrocado el poder del capitalismo. Las nuevas relaciones sociales que se forman después de la abolición del poder de la burguesía conservan durante mucho tiempo la huella del pasado, de la antigua sociedad. Entre las instituciones que conservan la huella del pasado deberemos considerar la organización estatal del período transitorio entre el capitalismo y el socialismo. El Estado es el compendio del poder y dominación en toda sociedad dividida en clases. La misma necesidad de la dictadura del proletariado es un resto de la sociedad dividida en clases. Sin embargo, tanto por su carácter como por sus atribuciones, el Estado de un tipo nuevo difiere de las formas estatales anteriores: es el instrumento de una imposición ejercida por la mayoría de los ciudadanos sobre una minoría insignificante, y su papel histórico consiste, por una parte, en romper la resistencia de la burguesía y de las otras clases reaccionarias, así como las tentativas de restaurar el antiguo orden de cosas y, por otra parte, en preparar su propia desaparición.

Hizo una pausa. El esfuerzo para concentrar el pensamiento volvió a dibujar en su espaciosa frente aquella arruga vertical que observara dos días antes.

-Si le cansa o no está claro, dígamelo. Estas cosas,

generalmente, son áridas y complicadas -me dijo.

-Le entiendo perfectamente -contesté sonriendo.

-Pues sigo. Partiendo de las leyes económicas que determinan la marcha hacia el comunismo, Marx y Lenin habían previsto que la clase obrera victoriosa y el socialismo estarían expuestos a dos peligros, procedente el uno de la burguesía vencida y el otro de su propia burocracia.

»Desde 1920 Lenin comenzó a llamarnos la atención sobre "la existencia dentro de la U. R. S. S. de condiciones particularmente propicias al desarrollo de la burocracia". Entre esas "condiciones" citaba la debilidad de las fuerzas productivas y el atraso técnico y cultural en nuestro pueblo, el predominio de los pequeños productores, la ausencia de intercambios entre la agricultura y la industria, y la propia fragmentación y aniquilamiento de los pequeños productores. Era el grito de icentinela, alerta! que nos daba a todo el Partido. Escuche usted lo que escribía en esta obra el genio previsor de aquel hombre, resumiendo su pensamiento en cuanto a la forma de luchar contra la burocracia del Estado proletario:

»Primeramente, además de ser elegibles, los burócratas deben poder ser reemplazados en cualquier momento; segundo, la remuneración no debe ser superior a la del obrero; tercero, se debe llegar, sin tardanza, a que todo el mundo ejerza las funciones de control y de vigilancia, para que cada cual sea durante un tiempo "burócrata", pero que nadie pueda convertirse en burócrata profesional. (Lenin, «El Estado y la Revolución».)

»Esta cita demuestra cómo en opinión de Lenin existen lazos indestructibles entre el ejercicio de la democracia y el socialismo, prueba que la democracia socialista constituye el arma más importante no solamente para la lucha contra el burocratismo, sino para la edificación socialista en conjunto. Vea usted si no esta otra cita:

»Luchar contra la burocracia hasta el final, hasta que sea vencida positivamente, no es posible sin que toda la población participe en el ejercicio del poder. (Lenin, Obras Completas.)

»La Commune, por ejemplo, no conocía remuneraciones superiores a 6.000 francos. Y ya en 1917, antes de la revolución, Lenin reprochaba a ciertos bolcheviques como un error imperdonable no haberse comprometido a instituir en todo el país un máximo de 6.000 rublos. Después de la revolución criticaba acerbamente la introducción de una escala de salarios de seis clases diferentes para los obreros. Actualmente tenemos en la U. R. S. S. remuneraciones que oscilan de 300 a 15.000 rublos por mes. Entre dichos extremos se han situado escalas de una complejidad que ningún régimen conoció jamás, ni la monarquía absoluta ni la república burguesa. Toda una espantosa jerarquización compuesta de burócratas, subalternos de niveles altos, bajos o medianos, ha sido instaurada fuera de la producción: esta burocracia instituida sobre la sociedad vive a expensas de ella, la devora.»

Otra pausa y otra tanda de sendos vasos de «chay» endulzados por unos pedruscos de azúcar, para partir los cuales había que auxiliarse de unos pequeños alicates niquelados. Como le observara esforzándose en la operación de fragmentar una de aquellas piedras, le pregunté qué misterio encerraba la extraordinaria dureza del azúcar soviético. Riendo me contestó:

-¿No ha observado usted nuestra costumbre? Generalmente no endulzamos directamente el té, sino que nos ponemos un pedacito de esta azúcar en la boca y sorbemos el «chay», con lo cual ahorramos toneladas del producto al consumo diario. Con cada pedacito podemos tomar dos o tres vasos de té. En las casas de la gente humilde, a los que el racionamiento sólo provee de caramelos en lugar de azúcar, llegan a extremos curiosísimos. Amarran

en algunas de ellas un caramelo a la lámpara y sentados los comensales en torno al samovar van chupando por turno el caramelo y bebiendo el té.

Reí de buena gana aquella fina crítica y triste verdad de la miseria de un pueblo. El viejo bolchevique reanudó su exposición:

-Como le decía, la misma situación existe en la economía; es decir, en un dominio en que debe prepararse la desaparición del Estado. La dirección de la economía nacionalizada por el aparato del Estado aparece como una medida necesaria, y revolucionaria por lo tanto, durante el primer período en que no ha sido vencida definitivamente la resistencia de la burguesía, y en que la clase obrera, o por lo menos una parte de ésta, no está aún en condiciones de asumir la dirección poniendo en práctica el conocido principio de Marx que establece la necesidad de la gestión directa de los productores por la libre asociación de los mismos productores. Este paso se efectúa, claro está, paralelamente al desarrollo de las fuerzas productivas, y en razón misma de este desarrollo. A medida que los productores directos, es decir los trabajadores, participan cada vez más activamente en la dirección de la producción y en la repartición de la plusvalía producida por el trabajo, el socialismo se hace cada vez más completo y más «puro», consolidando gradualmente las relaciones socialistas en la producción. Tal es la esencia económica de la democracia socialista...

Calló unos instantes, y tras de meditar sus palabras hizo esta afirmación: -... Así se efectúa la desaparición progresiva del Estado en el dominio de la economía.

y siguió:

-La dominación despótica de la casta burocrática, desde el punto de vista económico, se apoya en la propiedad del Estado de los medios de producción, de los que se ha atribuido la dirección absoluta. Esto es un vestigio del

capitalismo adaptado a las condiciones específicas del estado de atraso de Rusia.

-Dígame usted -interrumpí-, ¿qué es lo que diferencia a esta burocracia de la burocracia en los países capitalistas?

-Aunque parezca igual no es la misma. En la burocracia capitalista el burócrata se considera un personajillo, cuando realmente no es otra cosa que un servidor de la clase de los que poseen; entre nosotros se apropian espontáneamente el «derecho» de administrar a los productores inmediatos y el «derecho» de hacer privilegiada su posición frente a estos últimos. Es decir, la burocracia, en el período de transición del capitalismo al socialismo, se considera como un genio divino llamado a mandar al pueblo y a obedecer dócilmente y únicamente al «genio más grande», al que está en el escalón superior de la jerarquía burocrática. De ello se desprende que la ideología debe servir al burócrata y no el burócrata a la ideología.

-¿Y en qué medida podríamos considerar a la casta como una nueva clase? -pregunté.

-No sería correcto confundir a la casta con una clase históricamente considerada. Ciertamente que no podemos negar al fenómeno que presenciamos ciertas semejanzas con una clase. Podríamos decir que es una especie híbrida, que es y no es al mismo tiempo. La burocracia, en un país donde no existe la propiedad privada, no puede adquirir la fisonomía de una clase propietaria, aunque puede conseguir privilegios incluso mayores que el de los capitalistas considerados individualmente. En el mundo capitalista la clase tiene una perspectiva histórica, en la U. R. S. S. -como en cualquier país socialista-la casta carece de ella. Mientras la burocracia representa a la revolución, mientras empuja la lucha contra las supervivencias capitalistas, representa a las masas trabajadoras, aunque también a sí misma, pero en cuanto se encumbra como una potencia por encima de la sociedad,

tratando de crearse una perspectiva propia, no pasa de ser un tumor purulento adherido fieramente al cuerpo de la revolución, que tiende a pudrirlo si el desarrollo de la nueva sociedad no lo extirpa.

»A la larga, el desarrollo de las fuerzas productivas deberá entrar en colisión cada vez más aguda contra el predominio de la casta y sus formas de capitalismo de Estado. Es un proceso inevitable. Una revolución no puede detenerse ni estancarse sin riesgo a degenerar y morir. Debe avanzar, avanzar siempre, desarrollarse sin cesar hasta dar cima a sus objetivos históricos. Es un fenómeno en el que han jugado y jugarán factores objetivos y subjetivos, tanto nacionales como internacionales. De cualquier manera, pronto o tarde, en que este proceso se efectúe, lo que sí podemos afirmar es que la casta es una tendencia antisocialista y reaccionaria y que la lucha contra ella es parte integrante y fundamentalísima para la victoria del socialismo.

-¿Y cómo ha podido Stalin fomentar esa corriente contrarrevolucionaria? -pregunté.

-El problema no es solamente personal, aunque es indudable que la megalomanía y egolatría de este hombre han influenciado el proceso. Stalin no ha sido nunca un hombre de masas, sino un tipo solitario, enigmático, silencioso; un hombre frío, inflexible, cauto. Su propensión, la de dirigir por medio de «úkases», por decreto; no explicar, sino ordenar. Su concepto, la disciplina cuartelera. Al faltarnos Lenin muchos creímos -yo también-que precisábamos en la jefatura del Partido un hombre de carácter para que empuñara con mano inflexible las palancas del Partido, que, en la definitiva ausencia de Lenin podía resentirse y quebrantarse. No le teníamos afecto, pero sí confianza. Pronto nos percatamos del error. Al surgir las primeras oposiciones a la orientación estaliniana de colectivización forzosa en el campo, con deportaciones y razias de castigo a los campesinos, que dieron por resultado

infinidad de sublevaciones, el hambre y el exterminio de millones de aldeanos, pretendimos discutir en el seno del Partido aquella política alocada, y Stalin estranguló todo derecho de crítica. Cualquier oposición a su criterio era «pequeñoburguesa» y «contrarrevolucionaria». Pero resultaba que eran los mejores amigos de Lenin, las figuras más prestigiosas del Partido, las que estaban «desviadas». Stalin temía la polémica y la autoridad política de sus oponentes. Y pensó que le sería más fácil batirles por «expediente» que en la controversia. Y fue colocando en cada puesto decisivo del Partido a los hombres de su confianza no por la idoneidad, sino por el grado de sumisión personal que le demostraban. Al mismo tiempo fue operando una gigantesca concentración de poderes en su domesticado Buró Político, que era el Gobierno propiamente dicho.

-¿En qué medida podemos considerar consciente ese proceso? -inquirí.

-La eliminación de las masas del control de las funciones estatales y la absoluta concentración de poderes en el Estado crea ciertas leyes «naturales», a las cuales no pueden escapar los mismos que las producen, independientemente de su pasado revolucionario o de la charlatanería política. Así se ha ido formando y fortaleciendo esa casta burocrática que, por otro lado, se ha creado intereses particulares y se sirve de su predominio para protegerlos y ensancharlos. Como usted comprenderá -concluyó-, esa posición «autónoma» de la casta la va formando una mentalidad apropiada a sus intereses particulares, lo que inevitablemente la convierte en enemiga del progreso y del socialismo. Un fenómeno perfectamente dialéctico: cantidad y calidad.

-¿Puede decirse que Stalin es un contrarrevolucionario? -insistí.

-Objetivamente, sí. Stalin no es el renegado que se vende o traiciona deliberadamente, que se pasa al otro lado de la

barricada. No. Sería una apreciación errónea, antimarxista. Stalin consideró que era indispensable efectuar esa rigurosa concentración de poderes en manos del Estado, entendiendo que era el mejor medio para alcanzar los objetivos del socialismo en las condiciones concretas de la U. R. S. S. Sometió a sangre y fuego todo lo que se oponía en el camino de «su interpretación marxista» de la realidad rusa. Tenía más fe en los interventores y controles del Estado que en la iniciativa y capacidad de las masas. Sustituyó a éstas por aquéllos. Obtuvo resultados momentáneamente favorables. Las metas de industrialización y de colectivización se iban logrando. El Estado suplía con su poder coercitivo la impreparación de las masas. Se montó y se sobrepuso a ellas. Se aisló. La lógica del propio sistema burocrático, de fortalecimiento de los elementos de capitalismo de Estado, ha ido influyendo y operando una transformación en la concepción ideológica. Y a Stalin le parece que es el non plus ultra de la interpretación marxista la política antisocialista que está desarrollando. Es, ¿cómo le diría?, semilla y fruto, causa y efecto, motivo y consecuencia, parte y todo, sin poder desligar lo que hay de objetivo y de subjetivo en el proceso. Lo uno fomenta lo otro. Es un fenómeno de reciprocidad. Pero si hemos de juzgar a los hombres no por lo que dicen, sino por lo que hacen, no por sus propósitos, sino por los resultados prácticos de su actuación, a Stalin deberemos considerarle como al pontífice máximo de la burocracia y del fetichismo de Estado. Tan es así que en el XVIII Congreso del Partido Bolchevique enmendó la plana a Marx, a Engels y a Lenin, declarando inadecuadas sus tesis sobre la extinción progresiva del Estado. [\(12\)](#)

Tal me dijo en aquellas inolvidables conversaciones en la ciudad de Kuibyshev aquel viejo bolchevique, cuyas palabras habían de influir tan decisivamente en todo mi futuro político.

CAPÍTULO VII

Preparando la salida. Provocadores en el P. C. de España. La política de «Unión Nacional». «Abrazo de Vergara» con Falange. Stalin apoya a Franco. El Kremlin subasta a la República en el exilio.

A comienzos del verano de 1942 una llamada telefónica me hizo abandonar Kuibyshev y acudir presuroso hasta el despacho de Dimitrov. La primera cosa que éste me dijo fue que Antonio Mije era un provocador al cual había que quitar lo antes posible de la dirección del Partido. Me mostró la copia del cable que había remitido a Mije dándole órdenes de interrumpir todos los contactos que, según informaciones obtenidas, había éste establecido con la policía norteamericana, y el cable del servicio especial soviético en México, en el que se le daba cuenta de la reacción de Mije al recibo de las instrucciones de Dimitrov. Leí. Decía este último textualmente: «¡Qué c... sabe Dimitrov de todo esto!» Dimitrov estaba enojadísimo. Resumió sus observaciones con estas palabras:

-Será necesario que vaya usted personalmente a poner orden en la dirección del Partido que actúa en México. Reiteradas informaciones de nuestro servicio especial confirman que existe una corrupción escandalosa entre los camaradas de la dirección. Y lo que es más grave aún, elementos de provocación actúan abiertamente en el «aparato» de envío clandestino de compañeros a España, lo que origina la caída en manos de la policía de la casi

totalidad de cuantos llegan a las pocas horas de pisar territorio peninsular.

-En efecto -dije-. Algo anormal sucede. No puedo admitir que nuestros camaradas sean tan torpes o la policía de Franco tan inteligente que se haga imposible a nuestros enviados de América la permanencia y la actuación en España durante unas semanas al menos.

-Sí, es que se valen para documentarles de ciertos «favores» de algunas Legaciones latinoamericanas y de algunos agentes de embarque norteamericanos, previamente denunciados como espías de Franco. De tal suerte que antes de salir del puerto de embarque la policía franquista tiene ya la relación exacta de quiénes son y en qué barco llegarán. Todo ello lo saben los camaradas de la dirección de México, porque se les ha comunicado a través de Brauwder, y sin embargo no han hecho caso alguno -explicó Dimitrov.

-Dispuesto estoy a salir inmediatamente -dije conteniéndome para no bailar de contento ante la inminencia de dejar para siempre los dominios del Zar Stalin.

-Envíe usted un telegrama cifrado a sus compañeros pidiéndoles que le gestionen la entrada en México lo antes posible y que no reparen en gastos para conseguirla.

-De acuerdo. Hoy mismo saldrá el cable -respondí radiante. Estoy seguro de que Dimitrov se percató de mi alegría. Ignoro, en cambio, la interpretación que pudo darle.

-Pero no es solamente esto lo que ha motivado su llamada a Moscú. Hay problemas de orden político general que es preciso solucionar de inmediato. Necesitamos cambiar toda la línea táctica del Partido en lo que a España se refiere. Alemania está haciendo presión sobre los elementos falangistas más germanizados para arrastrar a España a la guerra. Deberemos realizar una política inteligente para tratar de evitar que el hecho se produzca. El momento es el más peligroso para nosotros. La ofensiva alemana hacia

Stalingrado y sur de la Unión Soviética, en la que el Ejército Rojo va cediendo terreno, está creando a la U. R. S. S. una situación difícilísima. Por diferentes razones, el mundo entero está pendiente de la gigantesca batalla que se libra a orillas del Volga. Al mismo tiempo, Rommel, en África, empuja a las tropas aliadas hacia el valle del Nilo. En el Pacífico, los japoneses muestran toda su insolente agresividad, sin que podamos asegurar que estamos libres del riesgo de un ataque traicionero por ese frente. El desaliento cuarteja los espíritus más templados de los demócratas. La audacia de los partidarios del nazi-fascismo crece en todas partes. España es pasto de la desenfrenada demagogia de los que quieren acabar con su «neutralidad» y lanzarse a la guerra para conseguir algunas migajas en el botín del para ellos inevitable triunfo de Alemania. Hay que impedir la acumulación del refuerzo que tanto moral como materialmente puede representar una España abiertamente beligerante al lado de Alemania.

-No veo ningún inconveniente. Pero ignoro qué es lo que podemos hacer que no estemos haciendo ya. Por todos los medios y procedimientos denunciemos sin cesar los horrores de la guerra y la inevitable destrucción de España si Franco cumple su promesa de poner dos millones de españoles a disposición de Hitler.

-Ahora se precisa algo más.

-¿Por ejemplo?

-Necesitamos emplear una táctica muy sutil, muy audaz y muy clara. Dentro de la Falange española existe una corriente de opinión opuesta a la participación de España en la guerra. Esa es también, sin duda, la opinión de la mayoría del pueblo español, y, naturalmente, la unánime de los emigrados. Ello hace posible un entendimiento entre sectores que se han combatido a muerte hasta ahora: hay algo de común entre fuerzas tan diversas. Esa es la primera

conclusión. La segunda, ésta otra: Serrano Súñer y sus bandas germanizadas acusan a sus opositores de estar haciendo el juego a la Komintern, al no percatarse de que si la victoria se inclinase del lado de las Naciones Unidas los comunistas se apoderarían de España y les cortarían a todos ellos el pescuezo. Necesitamos al mismo tiempo tranquilizar a unos y desarmar a los otros.

-No me parece mal, ¿pero cómo?

-Ya he dicho que se precisa mucha audacia. Hay que proponer un desarme de odios y el cese de la guerra civil entre unos y otros. En lo sucesivo España y los españoles no deben diferenciarse por el color de la bandera o por la trinchera que ocuparon durante la pasada guerra. De ahora en adelante deberán clasificarse solamente en estos dos bandos: primero, el de los que están por la guerra, y segundo, los que defienden la «neutralidad»; han dejado de existir las tradicionales banderas de «izquierdas» y «derechas» para dar paso a ésta: patriotas o antipatriotas.

-¡Pero eso equivale a proponernos un «abrazo de Vergara» con los verdugos de España! -exclamé.

-Hoy ya no hay verdugos particulares de este o del otro pueblo; existe sólo un verdugo, y éste, de toda la Humanidad: el hitlerismo. Su triunfo será la afirmación del régimen por muchas décadas en España y de otros tantos Francos en todos los países. Esta contienda es una e indivisible para los que luchan y para los que no luchan. Contribuir a la derrota de Hitler es liberar a España de Franco.

-Pero esa táctica llenará de confusión a los antifranquistas españoles. ¿Cómo podremos los demócratas españoles estrechar la mano de los falangistas cuando chorrean sangre de nuestros camaradas, de nuestros padres y de nuestros hijos? Nuestra táctica no será aceptada y el descrédito volverá a aislarnos hipotecando gravísimamente nuestro

futuro. Cada uno de los demócratas españoles está decidido, sin duda alguna, a empuñar las armas contra Hitler, pero también contra Franco: Franco y Hitler son dos conceptos inseparables para nosotros. Aliarse con éste y combatir al otro se les antojará a todos monstruoso por muchas que sean las razones que podamos alegar.

-Comprendo las dificultades. Pero es preferible correr ese riesgo al de ver a España alineada junto a Hitler. Por otra parte, no es difícil que la abierta beligerancia de Franco decidiera a Suecia y a Turquía a liquidar también su neutralidad. ¡No hay más remedio, camarada Hernández!

-Luego ya es cosa decidida.

-Sí, lo es; pero sería preferible que ustedes comprendieran la necesidad de aplicar esta política.

-Si he de ser sincero le diré que no será empresa fácil la de convencernos de la bondad de esa política. Empero, si de antemano es cosa ya resuelta, cumpliremos el mandato. No seremos los españoles quienes vayamos a crear dificultades a la victoria de las Naciones Unidas.

-Compréndame, Hernández, la aplicación de esta táctica no puede significar que las diferencias ideológicas y el ajuste de cuentas con la Falange vayan a desaparecer o a olvidarse, no. Es una especie de armisticio para salvar a España de los horrores de la guerra y privar a Hitler de un aliado abierto - trató Dimitrov de aclarar, contradiciendo en parte sus anteriores afirmaciones.

-Esa, me supongo, será una verdad que no podremos revelar.

-Pero que nosotros no deberemos olvidar -insistió-. Tiene usted tres días para reflexionar y redactar un proyecto de declaración política, que después someteremos a los demás miembros de la dirección -concluyó Dimitrov.

Este minúsculo remedo del pacto germano-soviético no lo

había concebido la mente de Dimitrov: era un mandato del Buró Político del Partido Bolchevique. Una vez más, los intereses de la Unión Soviética, sus líos y jugadas internacionales iban a inferir a los demócratas españoles un nuevo golpe y a los comunistas un daño irreparable; íbamos a sembrar la discordia y a encender entre nosotros otra nueva guerra civil. ¡Así lo disponía Moscú!

¿Pero era solamente Stalin el mandatario? ¿Eran solamente intereses soviéticos los que influían en nuestro viraje táctico? Creemos que no. Semanas antes de esta conversación y de este mandato, Churchill había estado departiendo con Stalin en el Kremlin. Y el jefe de los conservadores ingleses reclamó para Franco y para España una política más «atemperada», «menos agresiva», «más cordial», que permitiera a Franco y a sus jenízaros tener desde ese momento la seguridad de que la victoria de los aliados no comportaría en modo alguno ningún tipo de represalias contra su régimen y la garantía de que los comunistas se plegarían a estos designios.

Churchill -según se ha podido establecer después estaba ya en tratos con Franco para que éste no creara dificultades suplementarias al proyectado desembarco de las tropas anglo-americanas en África del Norte. Franco, entre otras cosas fácilmente deducibles, alegaría que ello significaba reforzar las posiciones de su cuñado Serrano Súñer, quien acusaba a los «neutrales» de fomentar el peligro rojo. Franco se comprometería a destituir a su cuñado del puesto de ministro de Negocios Extranjeros a cambio de que Stalin le diese la garantía de continuidad actual y futura, en la guerra y en la paz, de que los comunistas, dentro y fuera de España, cesarían en su campaña contra él y su régimen. Si Moscú quería atacar y si los comunistas españoles querían seguir la campaña, deberían hacerlo exclusivamente contra los suñeristas. Y Churchill se lo prometió y Stalin se lo confirmó, y los comunistas españoles, estúpidamente, volvimos a hacer

el juego antiespañol del señor del Kremlin.

Tres días después el proyecto de documento quedaba listo. En él se decía:

«Los momentos trascendentales que vivimos obligan a deponer las diferencias, los odios y las pasiones que nos separaron hasta hoy, para colocar por encima de todo los intereses supremos de España»... «Para lograr esa unidad de lucha el pasado no debe ser un obstáculo»... Y dejando a un lado toda reivindicación republicana, mejor dicho, renegando de ella, abogaba el documento por «la unión nacional hasta con las fuerzas más conservadoras» y por «la formación de un Gobierno de Unión Nacional».

Con pocas adiciones y modificaciones, el documento quedó aprobado. «Radio España Independiente, Estación Pirenaica», lo transmitió desde Moscú.

Franco podía ya respirar tranquilo. Churchill, también, y Stalin se refocilaría una vez más a costa nuestra. Pero... ¿y nosotros? Nosotros recibimos órdenes terminantes de cesar toda campaña adversa contra Franco y los «neutralistas» de Falange y centrar todos los tiros contra Serrano Súñer y los germanófilos, «que eran el peligro más inmediato»; recibimos la orden de disolver los grupos guerrilleros que hacían armas contra el régimen franquista por estar degenerando en auténticas partidas de «bandoleros». Y los disolvimos.

Franco cumplió la parte de su compromiso. Destituyó a Serrano Súñer del Ministerio de Negocios Extranjeros y no opuso ningún reparo al paso de los cientos de barcos que costeando el Sur de España llevaron soldados, armas y pertrechos hasta la costa africana el día 8 de noviembre de 1942. Era la apertura oficial del Segundo Frente. [\(13\)](#)

En los medios de la emigración republicana española los resultados de aquella política de «Unión Nacional» no se hicieron esperar. La organización denominada Unión Nacional Española, que representaba en el exilio la continuidad del Frente Popular que existiera en España, saltó hecha pedazos. Aquellas fuerzas -todas-que no aceptaron la consigna de Moscú fueron lisa y llanamente calificadas de «enemigos del pueblo», de «traidores a la patria», y así, los comunistas, mientras destruíamos todos los vínculos que nos ligaban a nuestros compañeros de lucha, a los antifranquistas, cantábamos endechas a las fuerzas de la más negra reacción española.

La trama de esta nueva infamia se hace más comprensible cuando se recuerda la marcha de los acontecimientos en aquella época. A los comunistas españoles se nos impone el viraje político en los momentos en que se perfilaban dos hechos que habían de cambiar la perspectiva del mundo: la derrota de Van Paulus en Stalingrado y el desembarco aliado en el Norte de África. Dos acontecimientos que proclamarían la inevitabilidad de la victoria de las Naciones Unidas. Es decir, cuando todo aconsejaba arreciar en la lucha de la democracia española contra el tiránico régimen franquista.

Con esta moneda pagábamos los comunistas españoles la parte proporcional que nos fue asignada en la operación de compraventa de Franco y las democracias en el verano de 1942.

Toda la política posterior del Kremlin hacia España es una consecuencia del acuerdo establecido con Churchill en Moscú, acuerdo en el que se perfilaron los grandes lineamientos de la redistribución europea en nuevas zonas de influencia.

No hay ningún español progresivo que en voz alta o baja no se haya preguntado por qué la U. R. S. S., pudiendo declarar beligerante a la España franquista al fin de la guerra mundial,

no quiso hacerlo; por qué la U. R. S. S., cuyo máximo dirigente, Stalin, proclamara un día que «la causa del pueblo español era la causa de toda la Humanidad avanzada y progresiva», olvidó esa verdad, precisamente en los momentos en que su intervención en los asuntos españoles pudo ser decisivamente favorable a la libertad del pueblo español. ¿Qué razones se han dado para justificar esa trágica «omisión»? Ninguna. A lo más que se ha llegado es a decir sotto voce que ingleses y americanos pidieron a Stalin que dejase en paz a Franco en reconocimiento al servicio prestado por éste en el momento del desembarco aliado en el Norte de África. Admitido el argumento, cuya verosimilitud está respaldada por la pública parcialidad de Churchill, que no cesa en proclamar el «debido agradecimiento» al Caudillo por su comportamiento en los días brumosos de la guerra, llegamos a la conclusión, cualquiera que sean las razones, de que la «causa del pueblo español» fue canjeada por un extemporáneo y tardío servicio del vencedor de la democracia española. Servicio éste muy discutible, pues en aquellos momentos era Franco el primer interesado en no correr la aventura de aliarse con Hitler, y porque el desembarco pudo hacerse y se hubiera hecho con la benevolencia de Franco o sin ella.

Todo concuerda en evidenciarnos que los dirigentes soviéticos se avinieron de buena gana a prolongar la supervivencia del régimen franquista en España, a arrojar «la causa de la humanidad avanzada y progresiva» en la esfera de influencia del conservadurismo inglés, lo que era algo peor que abandonar a su suerte al pueblo español: era venderlo.

En algún otro momento hemos dicho, refiriéndonos a este mismo tema, que puede haber momentos en la vida de los pueblos en que los compromisos, gratos o ingratos, se imponen a la voluntad subjetiva de los dirigentes. No somos nihilistas ni quijotes y sabemos que la política no debe ser

fruto de arrebatos pasionales ni de sentimentalismos suicidas. Pero por encima de todo debe haber una ética y una consecuencia en la conducta, una moral y unos principios. Podemos llegar a admitir que en los momentos del desembarco aliado la U. R. S. S. no tuvo más remedio, por consideraciones de orden táctico y de alianza con sus coaligados en la guerra, que admitir la exigencia anglo-americana de dejar tranquilo a Franco en aquel preciso momento, por las mismas consideraciones que un hombre honrado se aviene a entregar su bolsa a un enemigo que le asalta y le amenaza con la pistola; al entregarle su dinero ha perpetrado un pacto con él: se libra circunstancialmente de la amenaza y procurará después poner en juego todos los medios para hacerle detener y condenar por atracador.

Stalin pudo, sin ningún contratiempo, declarar beligerante a Franco, teniendo, como tenía, a la División Azul peleando en territorio soviético. ¿Qué Churchill podía reclamarle el cumplimiento de su compromiso? Stalin pudo -de haber sido cierto que su voluntad fue atracada en 1942-someter su actitud a un veredicto de pueblos y de masas en el mundo entero. La Humanidad civilizada se hubiera volcado a favor de quien reclamaba a Franco ante el banquillo de los criminales de guerra en Nuremberg. Stalin no sintió esta necesidad. ¿Por qué?

Muy fuertes debieron ser las razones que indujeron a la Unión Soviética a desaprovechar la oportunidad de reivindicar en tan favorable coyuntura la «causa del pueblo español» y de ganarse el agradecimiento imperecedero de los pueblos ibéricos. Pero Stalin no cedió gratuitamente a sus aliados las ventajosas posiciones que tan fácilmente podía adquirir en España. Y tan elevado debió ser el valor del trueque que ni siquiera ha llegado la U. R. S. S. a reconocer lo que otros pueblos han reconocido: la existencia de los distintos Gobiernos republicanos en el exilio. Y como esa es una concesión política más que a Churchill al mismo Franco,

y como en política no se da nada por nada, está bien claro que Stalin hizo almoneda con la República española y que «la causa de toda la humanidad avanzada y progresiva» fue nuevamente moneda de cambio en las innobles encrucijadas de la diplomacia imperialista del Kremlin.

Y hoy mismo, a los trece años del triunfo de Franco y a los seis corridos del fin de la segunda guerra mundial, la posición de la Unión Soviética hacia la democracia española sigue invariable. Stalin es consecuente en su posición pasada y reciente: no le interesa la desaparición del régimen franquista.

Entre un Franco que actúa desde la vertiente occidental de los Pirineos y que constituye un factor de disputas y desavenencias entre las naciones democráticas y, especialmente, de Francia e Inglaterra con los Estados Unidos, y una España democrática, progresiva y amante de la paz, el Kremlin prefiere el statu quo actual. Le es más útil la presencia de Franco en España que la de la misma Pasionaria.

CAPÍTULO VIII

La matanza de Catyn y el martirio de Polonia. ¿Fue verdad o mentira la disolución del Komitern? Los móviles públicos y los móviles secretos de la disolución. Muerte del internacionalismo proletario. La «disolución» al servicio del expansionismo soviético. Los Partidos Comunistas, apéndices del Comisariado de Negocios Extranjeros de la U. R. S. S.

Después de la publicación del documento, que ha pasado a la historia con el nombre de «Llamamiento a la Unión Nacional», comencé a organizar mi salida de la U. R. S. S.

A un cable sucedía otro y después otro y así hasta no sé cuántos y, la delegación de nuestro Partido en México daba largas al tiempo en incomprensible y absurda acumulación de dificultades para lograr el permiso de entrada. Transcurrió la segunda mitad del año 1942 sin haber adelantado un solo paso.

Pasé el invierno, y con él los intensos fríos, más fríos que nunca en la ciudad sin leña ni calefacción, que había sufrido temperaturas de ocho y diez grados centígrados bajo cero en el interior de las habitaciones, en las que un vaso de agua se convertía en bloque de hielo en menos de cinco minutos y donde la acumulación de mantas en las camas pesaba sin llegar a abrigar. Derretíanse los alargados montículos de nieve en las calles, produciendo imponentes barrizales. En los cielos plomizos de Moscú un sol pálido ponía notas de primavera en los árboles, ahora verdosos. También en las gentes, que, presurosas, se despojaban de sus informes harapos de invierno y comenzaban a desentumecer sus ateridos cuerpos a la caricia de aquella miseria de sol que retozaba allá arriba empenachado de nubes de ceniza.

Por aquellos días un mensajero personal me trajo la invitación de Vichinsky, vicecomisario de Relaciones Exteriores, para cenar en su casa.

Al filo de las ocho de la noche llegué al imponente bloque del edificio que forma la llamada «Casa del Gobierno», residencia del que fuera implacable fiscal en las grandes

«purgas» de la vieja guardia bolchevique. Encontré allí, entre otras gentes conocidas, al escritor Eremburg, a Constantino Umansky, a la sazón jefe de la Agencia de Información Soviética «Tass»; también saludé al temible comisario del Interior, Beria, y a su ayudante en los asuntos de espionaje en América Latina, Sudoplatov. Momentos después llegó Losostzky. Más tarde llegaron cuatro o cinco personajes más.

Vichinsky me dijo que se trataba de despedir a Umansky, quien debería partir al cabo de unos días para hacerse cargo de la Embajada de la U. R. S. S. en México.

La mesa del amplio comedor ofrecía un panorama policromado: era un bufett frío en el que podían contarse una treintena de distintos platos confeccionados a base de conservas y de ensaladillas típicas del país.

-Según me han informado, también usted sale dentro de unos días para México -me dijo Umansky.

-Hace meses que estoy esperando el visado norteamericano y no terminan de mandarlo.

-Es usted demasiado conocido; de otra manera le hubiéramos provisto ya de un pasaporte tan perfectamente bien falsificado que ni el mismo Roosevelt podría objetarlo -terció riendo Sudoplatov.

-Quiero que cuando llegue usted a México ayude a Umansky a comprar las mejores biografías de los próceres de la independencia de los países latinoamericanos. Las necesito para ilustrar algunos aspectos de la Historia de la Diplomacia que estoy escribiendo juntamente con un grupo de historiadores y de diplomáticos -me dijo Vichinsky. Le prometí hacerlo de buen grado. Se comía y se bebía con alegre despreocupación. Los brindis se sucedían con tal frecuencia que sospeché que en una hora más todos estaríamos borrachos. Cada uno de los comensales se sentía obligado a levantar su copa por la salud de Stalin. Hacerlo uno y no repetirlo los demás hubiera sido estimado como

grave desacato al «jefe» y, ni como olvido, se hubiera perdonado al infractor. Eran, pues, una veintena de brindis. Es sabido que, conforme a la etiqueta rusa, hay que trasegar hasta la última gota del vaso en cada uno de esos brindis. Hartos de comer y ya bien bebidos, la charla de sobremesa versó sobre el inevitable tema de la guerra. Ereburg peroraba:

-Estos tiempos de prueba unen a los pueblos. Hoy todos los pueblos de Europa están unidos por un odio común. Mañana lo estarán también en la magna tarea de la reconstrucción y en la de asegurar la libertad e independencia de los pueblos. Tenemos un solo enemigo común y tenemos un destino común...

-Camarada Ereburg, creo que está usted incurriendo en desviaciones oportunistas y pequeñoburguesas: nuestro destino es único y nada tiene que ver con el de nuestros aliados. El de ellos es el mundo en decadencia, el mundo que muere. El nuestro es el mundo naciente, en pleno vigor y con altos destinos que cumplir cerca de todos los países de la tierra. Para ellos la guerra será el fin: caerán poco después que nuestros enemigos, porque son parte del mismo sistema. Nosotros, en cambio, seremos árbitros de la nueva situación.

-¿Y no serán un estorbo los Estados Unidos a nuestros planes? -intervino Sudoplatov.

-No -replicó rápidamente Vichinsky-. Los Estados Unidos no podrán sobrevivir a la terrible crisis económica que sobrevendrá como consecuencia de la postguerra y que pondrá el mundo a los pies de la U. R. S. S.

Ereburg recuperaba poco a poco el color del semblante, que se le volvió blanco a las primeras palabras de Beria. Umansky, su buen amigo, que le observaba, le alentó con estas palabras:

-Seguramente el camarada Ereburg quería decirnos alguna otra cosa más.

Eremburg, ya dueño de sí mismo, habló así:

-Quizá me he expresado mal. Yo no me refería a los imperialismos, sino a los pueblos. En la dura lucha que ahora libramos nuestros aliados son muchos. Recuerdo, sobre todo, a los que están batallando junto a nosotros desde el comienzo de la guerra: los ingleses. En el verano de 1940, en París, oí a los oficiales alemanes fanfarronear asegurando que estarían en Londres el día 15 de agosto. Hacían planes discutiendo la calidad de las telas inglesas y de otros objetos que allí podrían adquirir. Los ingleses no capitularon. Supieron defender el bien más precioso: la libertad.

-Pero otros muchos pueblos sufrieron su suerte amarga. He vivido en Francia durante varios años y tengo un cálido afecto al pueblo francés. El no puede ser culpado en modo alguno de la dura situación en que se encuentra. Fue traicionado, desarmado y dejado a merced del enemigo. Los alemanes en París... ¡Es difícil imaginarse semejante cosa! Fui testigo del odio y de las vejaciones desatadas sobre esa ciudad encarcelada. No nació París para soportar ese destino...

Vichinsky le interrumpió con marcada ironía.

-Magnífico tema para su artículo de mañana en *Pravda*... ¡Continúe, continúe! Amoscado, Eremburg continuó con titubeos:

-Con nosotros están los curtidos noruegos, hijos de tormentas y montañas...

-... Con nosotros están los en otros tiempos pacíficos holandeses. Las bombas que han destruido Rotterdam han hecho de ellos hombres que anhelan la venganza...

-... Con nosotros están los belgas, cuyos padres conocieron la amargura de la ocupación alemana...

-... Con nosotros están los heroicos griegos...

-... Todos recordamos cómo lucharon los albaneses: David contra Goliath...

Sólo le escuchábamos unos cuantos comensales. Vichinsky, Beria y Sudoplatov, visiblemente aburridos con el tema, conversaban entre sí de no sabemos qué misteriosos secretos de Estado. De vez en cuando la palabra Catyn llegaba a nuestros oídos. Hubiera deseado saber de qué se trataba. Pero habría sido una descortesía abandonar también a Eremburg, que proseguía con entusiasmo:

-... Yo he estado en Checoslovaquia y cada vez que pienso en ese país recuerdo la magnífica Praga y su terrible destino. La Universidad de Praga, la más antigua de Europa, ha sido puesta en manos de los sargentos cuarteros de Hitler...

Recuerdo como si las estuviese oyendo aún aquellas palabras. ¡La Universidad de Praga! ¿Quién iba a suponer entonces que al arrebatársela a los sargentos cuarteros hitlerianos iba a caer en manos de los fanáticos esbirros de la N. K. V. D.? Pero dejemos que siga hablando el escritor soviético:

-... La sola palabra «ruso» abre la puerta de todos los corazones en Checoslovaquia, como la abre en todos los países de Europa...

-... Con nosotros están Uzhorod y Munkachevo, un lugar en que la palabra «ruso» significa «uno de nuestra casa». Las mismas canciones se cantan desde el Danubio hasta el Volga, desde Dalmacia a Siberia; canciones eslavas al fin y al cabo. Y Rusia se ha transformado en el baluarte de los pueblos eslavos martirizados por los alemanes...

Beria, Vichinsky y Sudoplatov interrumpieron sus cuchicheos al oír exaltar lo ruso; este último intervino:

-La Gran Rusia llegará pronto a sus fronteras naturales con Italia.

Gran alborozo. Alguien levanta la copa y brinda:

-¡Hurra por la Gran Rusia!

Contestamos todos a coro:

-¡Hurra... !

Vaciadas las copas, continuó Eremburg:

-Con nosotros están el pueblo de Yugoslavia y su caudillo, el heroico camarada Tito. Los serbios, los eslovenos, los croatas, los montenegrinos, los macedónicos. Los bosnioherzegovinos, no han sido vencidos, no han inclinado la cerviz. Los yugoslavos han entablado un desigual combate con el mismo orgullo que glorificó al príncipe Jenko, del folklore serbio. Las sendas de las montañas son recorridas por guerrilleros, hermanos de nuestros propios guerrilleros ucranianos y bielorrusos. Hace un cuarto de siglo los alemanes asolaron Serbia. Pero el país volvió a resurgir, y ahora, de nuevo, volverá a la vida fuerte, libre y seguro de la justicia de su causa...

Una voz interrumpió a Eremburg para brindar:

-¡Hurra por Yugoslavia y su gran jefe el camarada Tito!

-¡Hurraaaa... ! Una catarata de optimismo se desborda entre toda aquella gente. Alcé mi voz para decir:

-El camarada Eremburg no ha terminado. Falta entre sus menciones honoríficas el nombre de un gran pueblo: Polonia...

-Polonia -corroboró Umansky.

Prosiguió Eremburg:

-Herzen dijo una vez que nosotros y los polacos estamos divididos solamente por la sombra del pasado...

-Por desgracia -interrumpió Umansky-, creo que también el presente nos separa. Toda nuestra propaganda paneslava no logra borrar siglos de luchas sangrientas entre ellos y nosotros. Nuestra comunidad de raza eslava no puede borrar este odio común. Creo que toda nuestra propaganda en este

sentido es absolutamente ineficaz.

-En toda propaganda hay siempre una buena dosis de mentiras. Siempre ha sido así -replicó riendo Eremburgo

-Pues esta propaganda -intervino Vichinsky-hay que sostenerla hasta el fin, camarada Eremburg. Procure redoblar la suya. Hay que borrar muchas cosas. Y sólo el paneslavismo puede borrarlas en lo que a Polonia se refiere.

El lenguaje de Vichinsky era harto enigmático para que no llamase mi atención. Me acordé de que unos momentos antes la palabra Catyn era pronunciada en secretos. Mis reflexiones fueron interrumpidas por el giro que la voz de Beria imprimía al caso de Polonia.

-Yo, como el camarada Stalin, soy más radical en el asunto polaco. Creo en la necesidad de la propaganda, pero para reforzarla nada mejor que unas patrullas de la N. K. V. D. Por lo demás, el caso de Polonia tiene una sola solución que todos conocemos: su ocupación por el Ejército Rojo y el establecimiento de un poder adicto a la U. R. S. S. De esta manera acabará la vieja historia de Polonia y comenzará una nueva: la que nosotros hagamos.

-¿Y el general Anders y el Ejército polaco de liberación? -inquirió una voz.

-Ya nos encargaremos de que no constituyan un estorbo para nosotros -replicó Beria en un tono que ponía la carne de gallina.

-Me parece una buena medida -aseveró Eremburg, que quería a toda costa congraciarse con el temible Beria-. El general Anders y todos esos polacos que hacen el coro a los nazis alemanes en el asunto Catyn son unos cerdos que merecen su propia suerte: el matadero.

¿Catyn? Ya había salido a relucir la palabreja que venía hacía rato machacando mis tímpanos. La oía por vez primera en aquella reunión. ¿Catyn? ¿Qué quería decir ese nombre?

-¿Catyn? -musitó entre dientes Beria-. Creo que cometimos una gran torpeza.

Yo seguía sin comprender del todo. ¿De qué se trataba en realidad? Hubiera deseado saberlo, pero no me atreví a preguntar nada.

La conversación siguió por distintos derroteros hasta que la reunión terminó. No se volvió a mencionar la palabra Catyn. Yo mismo la olvidé poco después. Años más tarde el mundo se estremecía de horror al evocar esas cinco letras que ocultan uno de los crímenes más espeluznantes de la pasada guerra.

Los más abominables asesinatos de todos los tiempos palidecen ante la sevicia de la matanza del bosque de Catyn. Se han escrito bibliotecas enteras de libros para llevar hasta la conciencia del mundo las crueldades de los nazi-fascistas. Es verdad, los nazis asesinaron millones de seres humanos, montaron los hornos crematorios y las cámaras de gases letales; o convertían en grasa a sus víctimas y se solazaban haciendo pantallas con la piel de los judíos. Pero los nazis eran eso: nazis.

A Gorki le costaba trabajo encontrar la palabra exacta para definir el fascismo. Le llamó lo más vil, lo más abyecto, lo más canalla de cuanto había conocido la Humanidad, y empleaba estos términos, según el gran escritor reconocía, por no hallar otros más exactos.

De haber vivido Gorki, ¿cómo hubiera calificado a unos bárbaros que en nombre de la «civilización» asesinan a sus semejantes sin haber siquiera mediado la eximente de la pasión de la lucha y cuando a los que se asesina se les está llamando «hermanos», exaltando los «vínculos raciales» y «lazos de sangre» y convocándoles a Congresos Paneslavos ?

La matanza del bosque de Catyn subleva la conciencia honrada del mundo. Los crispantes relatos que en estos últimos años se han hecho de las bárbaras condiciones en

que fueron asesinados la casi totalidad de los cuadros de mando del Ejército polaco, revelan que en punto a crueldad Stalin podía demostrar a Hitler que la escuela soviética poco tenía que envidiar al salvajismo de las bestias pardas.

Lo que Beria calificaba de una «torpeza» había significado la muerte para 10.000 jefes y oficiales del Ejército polaco, capturados por las tropas soviéticas en su invasión de Polonia en septiembre de 1939, jefes y oficiales que se rindieron sin lucha ante el Ejército Rojo.

No es difícil comprender ahora la razón por la que Beria calificaba de «torpeza» la matanza de Catyn. El desenfreno expansionista de Stalin le llevó a repartirse el botín de Polonia con Hitler. Al rendírsele el Ejército polaco, el señor del Kremlin no ignoraba qué semillas de odio había sembrado en el corazón de aquella oficialidad patriota, que se vio arteramente agredida por la Rusia neutral, cuando Polonia se batía por su libertad y por su independencia contra todo el poderío de los nazis.

Rusia alegó entonces que la ocupación soviética de Polonia respondía al deseo de preservar el Este del país de la invasión hitleriana. Si esto era cierto, ¿por qué asesinó Stalin a 10.000 cuadros de mando del Ejército polaco, asesinato cometido a los pocos meses de tenerles en cautiverio? Stalin les asesinó porque no pensaba soltar la presa hecha en Polonia y porque sabía que aquella oficialidad representaba el brazo y el cerebro militar del pueblo polaco, capaz de batirse a muerte por la independencia de su patria en cuanto se presentara una coyuntura favorable. Stalin los asesinó en el período de su alegre compadrazgo con Hitler.

En los primeros meses de 1943, cuando la U. R. S. S. necesitaba de todos los auxilios para contener el empuje bélico de los nazis, y cuando en su rebusca desesperada de ayuda recurrió al paneslavismo para levantar una barrera de odio racial contra los invasores hitlerianos, los señores del

Kremlin comprendieron la «torpeza» de aquel crimen monstruoso que Hitler les lanzaba al rostro, mostrando a la U. R. S. S. como verdugo de los pueblos «hermanos».

El crimen de Catyn tiene una *reprise* en el verano de 1944. El Ejército Rojo había empujado a la soldadesca hitleriana hasta el oeste del Vístula; se encontraba a un tiro de fusil de Varsovia. Millones de octavillas de propaganda arrojadas desde aviones soviéticos incitaban al pueblo polaco a sublevarse contra los invasores nazis y a sincronizar su alzamiento con la ofensiva soviética. El ejército clandestino de los patriotas polacos, previo convenio de fecha, inició la heroica sublevación, seguro y convencido del apoyo de los ejércitos rusos. Durante días y noches de fiera batalla callejera los patriotas polacos se batieron con la rabia y el estupor de saberse traicionados por aquellos ejércitos que desde el otro lado del Vístula, sin disparar un solo tiro, contemplaban la desigual contienda. Agotadas las municiones de los insurgentes, los soldados de Hitler pasaron a cuchillo a decenas de miles de combatientes polacos.

¿Por qué Stalin mantuvo sus ejércitos inmóviles? ¿Por qué no acudió en ayuda de los hombres que había incitado a sublevarse? ¿Por qué contempló impasible el degüello de los patriotas polacos? ¿Por qué esperó a reanudar su ofensiva hasta después de producirse la masacre de los insurgentes?

Stalin dejó conscientemente a la soldadesca de Hitler la tarea de librarle del estorbo de los patriotas polacos. Stalin, una vez más, no quería soltar la presa polaca. Aquel ejército clandestino le dificultaba sus planes. Sincronizar su ofensiva con la sublevación interior hubiera supuesto compartir la gloria de la liberación de Polonia con los mejores hijos del pueblo polaco. Stalin quería ser el «liberador» absoluto. Aquellos patriotas que obedecían a su Gobierno exiliado en Londres querían proclamar la legitimidad y el derecho del pueblo polaco a darse un Gobierno propio y hubieran llamado a Varsovia a sus gobernantes refugiados en Londres. Los

cálculos de Stalin eran muy distintos.

El Partido Comunista polaco había sido disuelto y sus dirigentes fusilados o desterrados a Siberia por discrepancias con la táctica de los rusos y de sus peleles en la Komintern. Stalin no podía disponer de servidores seguros en el país conquistado. En esas condiciones, las fuerzas de los patriotas polacos usufructuarían la dirección de los destinos de la Polonia liberada. Y eso, ¡nunca! Polonia debería ser una provincia más de Rusia. Para ello necesitaba ser el amo absoluto. Ocupar y estructurar el nuevo poder de manera que no pudiera escapársele de las manos. Por eso propició el asesinato de los sublevados en el verano de 1944.

Cuando los hombres de pensamiento libre puedan llegar a conocer toda la infamia soviética en relación con Polonia, un grito de indignación surgirá de todas las gargantas en clamor de reivindicación del pueblo polaco y de execración para sus verdugos. Quizá con ningún otro pueblo los rusos han mostrado tanta ferocidad. Después de la «liberación», las «purgas» se suceden contra los mismos comunistas y la nueva oficialidad del ejército polaco. En su desvergüenza, Stalin ha llegado a lo que no se ha atrevido o no ha tenido necesidad de llegar en ninguno de los otros países satélites: a nombrar a un mariscal soviético, Rokosovski, ministro de Defensa de la República Popular Polaca. Y es que Stalin sabe que allí donde palpita un corazón auténticamente polaco, alienta un implacable enemigo de los nuevos opresores de su patria.

Comenzaba el mes de mayo de 1943. Los compañeros de México seguían sin dar señales de vida. La llegada del señor

Luis Quintanilla, embajador de México en la U. R. S. S. y gran amigo personal mío, obvió todas las dificultades en ocho días. Los norteamericanos tampoco tenían ganas de facilitarme el visado de tránsito. No decían que sí ni que no, pero no me lo daban. Este involuntario retraso me permitió vivir de cerca un nuevo acontecimiento de resonancia mundial fraguado en la turbia mente de los señores del Kremlin.

En mayo de 1943 la Tercera Internacional fue declarada disuelta. El acontecimiento conmovió al mundo. Lo único que no se conmovió fue la médula de los Partidos Comunistas. La «liberación» de la obediencia a Moscú no produjo entonces ni una sola voz disonante ni un gesto de independencia frente al Kremlin. Ningún Partido Comunista se conduce de manera diferente a la que seguía cuando marchaba uncido al yugo de la Komintern. La razón es clara: la dependencia de Moscú no había sufrido variación alguna. Stalin, contestando a las preguntas del corresponsal en Moscú de la agencia Reuter, declaraba el 28 de dicho mes: «La disolución de la Internacional Comunista es acertada y oportuna -isi lo sabría él! -, ya que facilita la organización de la ofensiva común de todas las naciones amantes de la libertad contra el enemigo común: el hitlerismo; desenmascara la mentira de los hitlerianos de que «Moscú» tiene, según ellos, la intención de inmiscuirse en la vida interna de los otros Estados; desenmascara la calumnia de que los Partidos Comunistas no actúan en interés de sus pueblos, sino obedeciendo órdenes de fuera; facilita el trabajo de los patriotas de los países amantes de la libertad, encaminado a la unión de las fuerzas progresivas de sus países, independientemente de credos políticos y religiosos, en un frente único de liberación nacional, a fin de desplegar la lucha contra el fascismo»...

El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista utilizó otros argumentos. Por ejemplo éstos; «Los Partidos Comunistas han adquirido suficiente madurez»... «disponen

de eficientes cuadros de dirección»... «la unidad ideológica de los comunistas es firme, no existen posibilidades de desviaciones doctrinales», etc.

En todos los países se hicieron las mil y una conjeturas sobre los motivos reales o supuestos de la acordada disolución. Los más coincidían en considerar el hecho como una concesión de Stalin a las potencias democráticas en pago del segundo frente.

¿Fue verdad o mentira la disolución de la Komintern? Yo era representante del Partido Comunista de España en la I. C. Solamente los miembros del Secretariado tenían un rango que podía considerarse superior al mío. Me enteré de la disolución por la prensa de Moscú. El procedimiento no pudo ser más humillante. Pero a Stalin le tenían sin cuidado las opiniones o los sentimientos de sus servidores. Los «mujiks» del movimiento internacional habíamos demostrado una obediencia tan incondicional al señor del Kremlin que el humillado hubiérase considerado él de ocurrírsele pensar que merecíamos ser consultados. El mismo día en que *Pravda* publicaba en un gran desplegado el comunicado de disolución, fui citado para una reunión a las seis de la tarde con el Secretariado de la Internacional Comunista, de cuerpo presente en la capilla mortuoria. En el curso del día habían sido convocados, asimismo, los diversos representantes de partidos para que fueran acudiendo a horas distintas. Al entrar en el imponente despacho del héroe de Leipzig, vi a éste sentado junto con Manuiski y Togliatti. En la gran mesa que en forma de cruz llenaba la estancia se veían restos esparcidos de comida y ceniceros llenos de colillas. Saltaba a la vista que se estaba trabajando sin interrupción desde hacía muchas horas. Me ofrecieron un vaso de té, cigarrillos y dulces. Al cabo de un rato de charla intranscendente, bromas y chascarrillos a cargo de Manuiski, tomó la palabra Dimitrov:

-Camarada Hernández, sin duda estará usted deseoso de

que le demos alguna explicación de las razones por las cuales hemos procedido tan irregularmente para hacerle saber la disolución de la Internacional, en cuyo engranaje directivo ocupa usted destacado puesto -y se quedó mirándome como para cerciorarse de que no se había engañado.

-Exactamente, camarada Dimitrov -contesté.

-Las cosas que son necesarias es mejor hacerlas que discutir las. Se discute sobre la marcha. Por la índole del problema consideramos conveniente actuar con todo sigilo, en evitación de imprudencias que pudieran advertir al enemigo de lo que proyectábamos y que con ello nos destruyera mañosamente la fuerza de la sorpresa. Esta decisión es una medida tanto política como militar. Tratamos por un lado de restar elementos de propaganda contra la U. R. S. S. y por otro de disipar reservas en nuestros aliados.

-Quiere decirse que es sólo una maniobra de diversión -apunté.

-En parte sí y en parte no. No es ni carne ni pescado -aclaró riendo Manuiski-. Hubiera sido necio entrar a discutir la conveniencia o la no conveniencia de la disolución de la I. C. Se hubiera precisado convocar congresos nacionales y después uno mundial para tomar la decisión. ¿Qué congreso podrían celebrar ustedes los españoles? ¿Qué congreso los alemanes o los italianos, los franceses, belgas, polacos, austriacos y demás? Hubiera sido tonto intentarlo. Entonces, ¿para qué convocar un Congreso de la I. C.? Eso en el aspecto formal. En el práctico, usted habrá comprendido que la disolución es una llamada de artificio pirotécnico para los papanatas de la galería. La disolución debe ser efectiva en nuestra propaganda, no en nuestra vida orgánica. ¿Correcto? -preguntó.

-Correctísimo. Pero para mi mejor comprensión, dígame: ¿Cuáles son los verdaderos motivos de la supuesta disolución?

-En situaciones tan complicadas como la que vivimos no es

posible que cada Partido pueda hallarse a la expectativa de una consulta con Moscú sobre cuestiones que deben ser decididas en el acto. En este aspecto habíamos dejado de ser un centro director y constituíamos en cierta medida un obstáculo. Los Partidos serán ahora más ágiles. La táctica podrá ser variadísima. En unos países podrán los comunistas entrar a formar parte de los Gobiernos, en otros, combatirlos; en ciertos países será recomendable la alianza con fuerzas tradicionalmente reaccionarias, pero patrióticas, que luchan contra el hitlerismo; en otros seguiremos la vieja táctica de clase contra clase. No es posible atenernos a la rígidas cláusulas de las resoluciones. En este sentido una mayor independencia de los partidos se hacía indispensable.

-Pero eso contradice la afirmación de que nada variará en nuestra vida orgánica -observé.

-De ningún modo. Nosotros seguiremos «ayudando» a los partidos por todos los medios, y si se quiere más eficazmente que hasta ahora. En Moscú funcionará una llamada «Comisión Liquidadora», integrada por Dimitrov, Togliatti y yo que discutirá con cada partido, siempre que ello no sea imposible, la línea a seguir. Serán líneas particulares y no generales. Es decir, que en lo sucesivo cada partido elaborará su propia política con nuestro consejo, sin atenerse a una orientación general, como se hacía hasta ahora. Esto dará mayor flexibilidad a los Partidos. Podrán existir tantas «líneas» como Partidos. Las contradicciones entre esas «líneas» serán consecuencia de las situaciones nacionales de los Partidos, no de una táctica multifacética de imposible elaboración común.

-Pero la responsabilidad de la política de los Partidos será compartida por la «Comisión Liquidadora» -insinué.

-La «Comisión Liquidadora» no existe como entidad política responsable. Seremos, simplemente, un órgano consultivo, de consejo y orientación. La responsabilidad será íntegra de

cada Partido.

-Eso nos deja en libertad de consultar o no con Moscú -arguí. -¿Qué dirección del Partido no sentirá la necesidad de aconsejarse en la enorme experiencia y práctica del Partido Bolchevique? -preguntó Togliatti-. Si tal dirección existiera demostraría una suficiencia pequeñoburguesa inadmisible. En este sentido deberemos saber interpretar y valorar la mayor libertad de acción en que quedan cada uno de nuestros Partidos.

-Pero puede darse ese caso -insistí.

-Lo corregiríamos en el acto -aclaró Manuïlski-. Además cada uno de ustedes seguirá desempeñando la misma función, aunque aparentemente haya dejado de ser lo que es. El aparato se descentralizará y disminuirá. Dimitrov se instalará en la Sección Extranjera del Comité Central del Partido Bolchevique y desde allí mantendrá el contacto con todos ustedes, resolviendo conjuntamente las cuestiones de cada Partido.

-Luego todo queda igual menos la responsabilidad de los Partidos, que será exclusiva de ellos -comenté riendo.

-Precisamente por ser mayor su responsabilidad, también lo ha de ser su vinculación con Moscú -comentó Dimitrov. Y añadió-: Naturalmente, todo esto es rigurosamente secreto. No debe informarse más que verbalmente a los miembros del Buró Político. A la masa del Partido deberá dársele la explicación oficial, y nada más.

-Entendido -dije.

-Mañana celebraremos una reunión conjunta con todos ustedes para recabar su aprobación, y esa será la última reunión del Ejecutivo de la Internacional Comunista -concluyó Dimitrov.

Al día siguiente, por unanimidad, fue considerada la disolución de la Komintern como una medida «genial» del

inspirador de su muerte.

La Internacional Comunista había quedado formalmente disuelta. Pero lo fue sólo en todo aquello que tenía de aparente independencia y de facultades para discutir la táctica del movimiento internacional de los comunistas. Ahora sería el Partido Bolchevique, sin estorbos ni intermediarios, quien decidiría por separado la conducta de los Partidos en los respectivos países. La dependencia de los Partidos sería más estrecha, su vinculación a Moscú más definitiva.

Al signar con nuestra aprobación el acta de defunción de la Internacional Comunista, los dirigentes de la Komintern refrendábamos también el fin del internacionalismo proletario, en la política de Moscú y en el seno del movimiento comunista meros formulismos desde hacía ya mucho tiempo. ¿Significó esto en la práctica ganar algo en el terreno de la nacionalización de los partidos comunistas? En absoluto. Si antes eran un conjunto de hombres de diversos países los que, aunque fuese de manera formal, determinaban la táctica y elaboraban la política de cada sección de la I. C., ahora sería exclusivamente el Partido Bolchevique el que la dictaría. De regimientos militarizados nos precipitaban a la condición de simples lacayos del Comisariado de Negocios Extranjeros de la U. R. S. S. Los Partidos Comunistas no podrían ya discutir divergencias o diferencias entre sí, ni intercambiar experiencias entre unos y otros. En lo sucesivo no tendrían otro porte que aquel que les diera el Comité Central del Partido Bolchevique.

¿Cuáles fueron los propósitos de Stalin al decretar la disolución?

No dudamos que se privaba al Eje de uno de sus banderines de enganche y propaganda. Pero la disolución no se efectuó en los momentos en que la suerte de la contienda parecía más problemática e incierta, lo que hubiera hecho

lógicamente aconsejable la medida, sino cuando soplaban vientos de victoria. Luego el argumento era poco convincente. La colaboración de los comunistas con las fuerzas nacionales de todos los colores en sus respectivos países se había producido desde el momento en que la U. R. S. S. se había incorporado a la lucha de las Naciones Unidas. Tampoco tenía solidez esta razón alegada por Stalin. No, no eran esas las causas de la disolución de la Internacional Comunista.

Las verdaderas causas debemos buscarlas en la ya planeada política de postguerra de la U. R. S. S. Stalin vio largo. Su golpe al internacionalismo era un golpe de perspectiva. El exacerbado nacionalismo de la burocracia del Kremlin comprendió que sus proyectos imperialistas podrían entrar en aguda contradicción con la política nacional de los partidos comunistas y de éstos entre sí. Si la U. R. S. S. estaba ya afilando los dientes con que se iban a devorar porciones inmensas de territorios ajenos, era congruente eliminar por anticipado toda posibilidad de que esa política pudiera ser manoseada en un organismo de carácter internacional, por muy domesticado que fuese. Si las complicaciones futuras hubieran de relacionarse exclusiva y directamente con la política nacional de la U. R. S. S., no hubiese resultado excesivamente dificultoso, con todo y los riesgos inherentes, el lograr la bovina aprobación de los Partidos; pero si tenía, como había de tener, carácter de problemas nacionales divergentes, de choques de encontrados intereses patrióticos, ya no sería tan fácil lograr la conformidad en la familia comunista, que en su inevitable disputa podría poner al descubierto la verdadera enjundia de sus respectivas discordias.

Stalin preveía que podrían surgir «desviados» que criticasen la política soviética o la aconsejada hacer por el Kremlin a través de los acuerdos y resoluciones del Komintern. ¿Iba a darles esa posibilidad en un foro

internacional? ¿Iba a descender a tener que justificar su política ante los comunistas extranjeros?

Ya sin una vinculación formal a la disciplina internacional no resultaría tan absurdo y escandaloso que los comunistas italianos disputaran con los comunistas yugoslavos sobre la soberanía en Trieste, o que los alemanes se peleasen con los franceses sobre la posesión del Ruhr, o que los polacos disputasen territorios a Alemania o que los rusos defendieran la línea Curzon. Serían disputas de carácter local, de intereses nacionales, que cada partido podría defender o impugnar, pero cuya extrema peligrosidad era patente de poder ser discutida frente a frente, en reuniones de carácter internacional y aparentemente, al menos, internacionalista. De esta suerte, Moscú podría ir sorteando la situación y aconsejando a los comunistas dependientes la táctica que mejor se acomodara a sus intereses en los diversos países y circunstancias, como hemos podido apreciar en el caso de Trieste, donde se produce esta voltereta circense. Al finalizar la guerra los comunistas italianos abogaban por la devolución de Trieste a Yugoslavia. Era lo patriótico, porque así lo decretaba el Kremlin. Pero en cuanto el Partido Comunista yugoslavo rompe con Moscú, los comunistas italianos cambian el rumbo de la interpretación del patriotismo, que ahora adscriben a una alianza con los neofascistas, exigiendo Trieste para Italia.

A la política expansionista de Stalin le era más útil el fraccionamiento del movimiento comunista que la unidad orgánica de los Partidos en la Komintern.

Los partidos comunistas pueden ahora dar volteretas como la efectuada por los italianos o como la últimamente dada por el P. C. francés. Las páginas de «L'Humanité» se cuajaban todos los días de alaridos contra las pretensiones anglo-americanas del rearme de la Alemania Occidental, por considerar este paso de peligro mortal para la seguridad de Francia. Así convenía a la política de Moscú. Pero un buen día

Moscú cambia de táctica y propone la unificación de Alemania, el rearme alemán y la restauración del poderío industrial de Alemania. Y el P. C. de Francia grita a todo pulmón que esa posición de la U. R. S. S. es la única que puede proporcionar tranquilidad al pueblo francés.

Otro caso. En un momento determinado Moscú aconsejó a los comunistas griegos alzarse en movimiento patriótico contra las fuerzas monárquico-fascistas de su país. Cuando a Moscú convino entrar en chalaneos sobre las esferas de influencia, permitió que las fuerzas inglesas ayudaran a la reacción griega a exterminar a sangre y fuego a las tropas de Markos, a las que Churchill combatía y llamaba «trotskistas» en medio del silencio cómplice de Stalin.

¿Cómo hubiérase podido, sin menoscabo para la Unión Soviética, pasar por alto estos y otros muchos hechos semejantes de existir una Internacional Comunista? ¿No tenía acaso Moscú la experiencia de España? Stalin no olvidaba que algunos de los hombres llamados a Rusia para contestar y discutir su pregunta de «por qué se había perdido la guerra de aquella manera tan luctuosa», nos dispusimos allí darle una respuesta categórica y sin tapujos; la inesperada contrariedad le forzó a realizar no pocos equilibrios para impedir la discusión sobre las causas de la derrota y las exigencias de la lucha del pueblo español, ya que para llevarla a efecto exigíamos tener a la vista los archivos de la I. C. y como para muestra vale un botón, Stalin, que no permitió a los comunistas españoles extraer experiencias, sí supo deducirlas para su capote, y muy claras, por cierto. Y si a un Partido o a unos hombres era posible reducirles al silencio en lo particular, ya no hubiera resultado tan fácil forzar el enmudecimiento de un conjunto de hombres o Partidos cuando se les ofrecía una tribuna para poder hablar. Y Stalin tenía razón. Las crisis sucesivas habidas en todos los países de la cortina de hierro, las «purgas» y «depuraciones» en Polonia, Austria,

Checoslovaquia, Bulgaria, Rumania, Albania y China, sin contar con la valiente posición del P. C. yugoslavo, han confirmado sus previsiones. La política imperialista de Moscú estaba reñida con toda apariencia de internacionalismo. La pervivencia de la I. C. era un peligro en ciernes y decidió enterrarla.

CAPÍTULO IX

Expulsado del Partido. De Moscú a la cárcel de Seattle. Apoteosis en México. Mi ruptura con el Partido. La escuela de Stalin. Entre la razón y la pistola. Lo que muere y lo que vive.

Llegó el anhelado día de la partida. En la estación de Moscú multitud de camaradas me abrazaron y fundieron sus lágrimas con las mías. Se puso en movimiento el tren. Mis angustias comenzaron a ahuyentarse conforme se alejaban y desaparecían las siniestras torres del Kremlin. Se iniciaba mi definitiva ausencia, física y política, de la Unión Soviética. En aquellas horas sólo me embargaba una pesadumbre: allí quedaban sepultados en vida multitud de seres queridos. Aún hoy veo como una pesadilla agitarse por última vez los pañuelos que tremolaban el adiós angustioso de aquellos compatriotas.

Allí quedaban entrañables compañeros de lucha, a muchos de los cuales ya no volvería a ver. Sucumbirían allí,

consumidos por el trabajo y por el hambre, o abatidos por el frío de la glacial Siberia, o rematados por el balazo en la nuca en los sótanos de la Lubianka, compañeros a quienes poco después el terror policíaco de la N. K. V. D. obligaría a renegar de mi amistad y a maldecir mi nombre para librarse de los campos de concentración siberianos.

Allí quedaban mi anciana madre y mi hermana, muy lejos de sospechar que unos meses después comenzarían a ser las víctimas inocentes de una persecución implacable que las convertiría en rehenes de Stalin y en prenda de chantaje para amordazar mi lengua y sujetar mi pluma.

Allí quedaban las torres del Kremlin, en cuyas sombrías oquedades se incubaban ya los más ambiciosos planes imperialistas de la nueva casta de señores que subyugan a todas las Rusias y que se disponían a esclavizar a los pueblos que ocuparan como libertadores y que hoy languidecen tras los muros carcelarios de la Cortina de Hierro.

Allí quedaban las fuentes y las raíces de una gran mentira que ha sembrado la confusión más espantosa en las mentes socialistas y, como consecuencia, la desconfianza y la inacción en las filas del proletariado mundial y desconcertado ante esa inaudita negación del internacionalismo, la fraternidad y la igualdad entre los hombres y los pueblos, y esa entrega del estalinismo al más sombrío furor expansionista, de los que habían de cambiar la dialéctica por esa nueva escolástica que sustituye la práctica revolucionaria por el practicismo más grosero, ávido y rapaz.

Allí quedaban muertas y sepultadas mis ardientes ilusiones de veinte años de intransigente lucha en defensa del «País del Socialismo», ilusiones a cuyo cadáver seguiría encadenado todavía durante mucho tiempo, en la loca creencia de que con todos los errores y todos los crímenes de sus dirigentes, la U. R. S. S. constituía un señuelo que mantenía viva la esperanza y que impulsaba a los hombres a

luchar por un mundo mejor.

Dos cómodos apartamentos *pullman* en el Transiberiano y unas cajas bien provistas de víveres, tabaco y coñac hicieron menos pesados los once mil quinientos kilómetros sin escala que separan Moscú de Vladivostok. Once días y medio después descendíamos en la terminal de nuestro viaje y me instalaba en el Hotel «Intourits», de la costosa ciudad del Pacífico, cuya travesía constituía la meta ambicionada de cuatro años de silenciosa pesadilla. En Vladivostok hube de esperar más de dos meses para embarcar. Los Estados Unidos no acababan de enviar el visado de tránsito. Escribí a Dimitrov diciendo que era inútil toda esperanza en una solución favorable de los norteamericanos, y le pedía permiso para embarcar sin el indispensable requisito, aun sabiendo que la falta del mismo me conduciría a la cárcel en el primer puerto americano. Dimitrov se mostró de acuerdo conmigo. Veintitrés días después nuestro barco atracaba en Vancouver. Allí me esperaba la policía. Tras infinitos interrogatorios acudió a bordo un juez, que me condenó a regresar al puerto de origen, y al capitán del barco a devolverme sin costo alguno en las mismas condiciones que me había traído.

Los abogados nombrados por el Partido Comunista norteamericano trabajaron bien, y antes de zarpar el barco de regreso lograron mi traslado a la prisión de Seattle, en la frontera del Canadá. Un mes de prisión, de interviús y de reportajes en la prensa de los Estados Unidos movieron a la opinión pública a mi favor a tal grado que el Departamento de Estado hubo de acceder a mi tránsito por tierra hacia la frontera mexicana. Moría el año 1943 cuando logré pisar la libre y hospitalaria tierra de México.

Una imponente muchedumbre de enardecidos camaradas me dio la bienvenida en la capital de México. Proveniendo de Moscú, todos presentían que yo era el hombre fuerte del futuro de la organización y el que estaba llamado a poner

coto a la vida de disipación ,y de escándalo de la delegación de nuestro Partido en el exilio. Y me rindieron unos honores como no los había recibido ni en las épocas de mayor popularidad en España.

Llegué enfermo de pulmonía. Los solícitos camaradas de la dirección del Partido me encerraron en una habitación del Hotel Roosevelt, con guardias a la puerta para no dejar pasar a nadie por «prescripción médica», y me aislaron de la masa de militantes del Partido. Mientras tanto, Antón, que me acompañaba, fue informándoles de cuáles eran mis propósitos y de cuál podría ser la suerte de cada uno de ellos si no cerraban filas contra mí y me obligaban a someterme. Se redoblaron las guardias y se hizo más severa la «recomendación» médica. Sin perder tiempo me prepararon una excelente casa de reposo y convalecencia en la pintoresca población de Cuernavaca. Yo vivía en las nubes, completamente ajeno a lo que se tramaba.

Aislado, más aislado que nunca de todo contacto exterior, dieron comienzo las discusiones. Yo mismo les facilité la tarea al conducirme sin malicia y con absoluta lealtad con mis sentimientos. Les informé de cuanto había sucedido y visto durante cuatro años en la Unión Soviética, de las penalidades y sufrimientos de nuestra emigración a la U. R. S. S. Mezclé a Pasionaria y a Stalin, a la emigración española y al régimen soviético, a la guerra y a la prostitución de nuestras niñas, a nuestros técnicos barriendo fábricas y pereciendo de hambre y a los aviadores encerrados en campos de concentración, a mis luchas y a mis desilusiones.

Candentes, como lava hirviendo, eran mis juicios y mis opiniones, sin apercibirme de que aquella crítica abrasaba antes que nada mi propia posición política. Creía hablar a mis viejos camaradas de lucha, sensibles y humanos y me encontré ante un puñado de degenerados que habían trocado hasta el último atisbo de dignidad revolucionaria por un confortable modus vivendi.

Cuando llegaron las primeras referencias hasta Moscú, Manuiski y Dimitrov se alarmaron. Ellos estaban dispuestos a auxiliarme en la lucha contra la delegación del Partido en México, estaban dispuestos a apoyar mi candidatura para la Secretaría General del Partido, pero nunca pudieron sospechar que yo haría un todo común de mi crítica a los métodos de la dirección del Partido con los del mismo Stalin. Su situación no era nada airosa. La mía tampoco. Ellos tendieron a salvarse condenándome. La dirección del Partido también. Yo, aunque entonces y hasta mucho tiempo después no lo comprendí, me salvé con la condena.

Hasta dos meses se alargaron las incesantes y estériles discusiones. Ungidos y aconsejados por Moscú me condenaron por ambicioso y antisoviético, por arribista y por trotskista. Mi ruptura se hizo inevitable, mi expulsión también.

Cuando regresé a la ciudad de México, aquellos viejos camaradas que tan entusiasmados me habían recibido con vítores y aclamaciones en la estación, me miraban con odio salvaje. No sabían por qué, pero les habían dado la orden de odiarme y me odiaban hasta en los entresijos de su alma. Sin transición alguna, sin pararse a meditar qué podía haber sucedido para que el héroe de la víspera fuera ahora un «traidor», aceptaron mi expulsión del Partido por ser un «perro antisoviético», un ambicioso sin escrúpulos, un degenerado moral y político. Quienes se atrevieron a hacer la más leve objeción, a apoyar mi petición de que se me juzgara ante una asamblea del Partido, de que se me oyera como a cualquier acusado, fueron fulminantemente excluidos por «liberalismo podrido». El aislamiento más perfectamente organizado dejó sin eco mis palabras y sin defensa mi posición.

Para que no cupiera duda inventaron documentos, falsificaron cartas y ofrecieron fotomontajes de estupideces

sin fin en las que yo mismo me confesaba autor de los más horrendos pecados y de las más fantásticas autocríticas.

Cada día las renovadas injurias e infamias me presentaban como un monstruo de la más negra reacción. Yo era agente del imperialismo desde los catorce años, en que contribuí a formar el Partido Comunista de España; era un provocador pagado por tales y cuales Embajadas; un espía de Franco durante la guerra; era un maniobrero que quería escalar la jefatura máxima del Partido y por eso criticaba a Pasionaria, atacaba a Mije y había conducido al suicidio a José Díaz.

¡Cuánta basura! Y me entristecía pensando que hubiera bastado que yo silenciara la crítica a la corrupción de los dirigentes y a la mentira del socialismo soviético para haber continuado siendo el «gran camarada Hernández» y el «genial dirigente». Pero no podía ni tenía derecho a lamentarme. Durante veinte años había contribuido a formar a aquel tipo de militante, a lograr hacer del Partido aquella secta tan estúpidamente sectaria. ¡Era la escuela estalinista!

Escuela estalinista que admite como normal y que enseña al hombre a convertirse en el espía de su padre y en delator de su amigo y en el verdugo de su propio pueblo, como un deber revolucionario; que prepara al hombre para que no sienta ningún escrúpulo en retractarse de lo que hasta la víspera ha aceptado como verdad inconcusa y a que sienta gozo cuando las «purgas» conducen al patíbulo a los ídolos que hasta ayer ha glorificado; que prepara al hombre para que admita como normal el gritar hoy « ¡Viva Tito! » y mañana, sin transición, sólo por mandato, gritar « ¡Muera Tito! », y a considerar el sumun del internacionalismo proletario las vociferantes amenazas de guerra de Stalin contra los pueblos yugoslavos por haberse opuesto a ser colonias o provincias de Moscú; escuela estalinista que hace al militante sentir un odio zoológico contra el disidente, odio irracional, animal, que le empuja hasta el crimen como método de combate ideológico. Para el hombre estaliniano la

calumnia, el insulto, la difamación, son procedimientos lícitos de lucha. Refractario a todo razonamiento, abdica de la facultad de pensar y obedece como fuerza ciega movida por instintos primarios que le conducen a la intolerancia más inquisitorial ante todo pensamiento que no se ajusta al suyo.

Yo mismo experimenté las excelencias de esa escuela. En mi propia carne, rota por el hierro alevoso del asesino emboscado, pude comprobar que el estalinismo y los estalinistas no tratan nunca de convencer; prefieren exterminar la oposición. A la argumentación polémica contestan con el insulto. Entre la discusión y el tiro en la nuca, dejan el razonamiento y empuñan la pistola.

Mi condena fue mi salvación. Salía definitivamente de la noche negra del engaño y de la mentira hacia luces de realidad invisibles hasta entonces para mí. Limpia la retina de prejuicios sectarios, al amortajar mis ilusiones con el frío sudario de la decepción, sepultaba un pasado, cancelaba una vida, pero sobrevivía el hombre socialista que había en mí.

En alguna de aquellas amargas horas de aislamiento, y como ráfagas retrospectivas de un pretérito ya lejano, evoqué mi vida desde el arranque de mis recuerdos. Una infancia huérfana, una niñez de harapos y de pies desnudos, de días sin pan y noches de hambre en el frío camastro de una buhardilla bilbaína de la calle de Belosticalle, donde cinco criaturas y dos ancianos nos acogíamos al amparo -ipobre amparo! -de mi madre viuda, que en los amaneceres crudos y lluviosos de Bilbao salía de casa para regresar por la noche harta de limpiar suelos y de lavar ropa en las viviendas contiguas para traer bajo el brazo un kilogramo de pan, que

con angustiada matemática repartía entre ocho bocas, que devoraban en un santiamén aquel fruto de doce o catorce horas de penoso trabajo. Y nos acostábamos hambrientos y amanecíamos con hambre.

Tenía cinco años. Las lágrimas rodaban silenciosas por mis infantiles mejillas cuando acurrucado en la cama sentía el beso maternal que me anunciaba la tempranera salida de mi madre. Una sensación de angustia anudaba mi garganta y con los dientes apretados ahogaba los sollozos. Todo mi pequeño ser se rebelaba contra aquella injusticia que yo no comprendía, que obligaba a mi buena madre a lanzarse mucho antes del amanecer, especialmente en los meses de las noches largas, a la búsqueda de aquel miserable pedazo de pan.

Un año después iniciaba los primeros trabajos de mi vida, voceando el precio de las sardinas que las lanchas pescadoras traían por la ría de Bilbao hasta los pretiles de los muelles del mercado de San Antón. Me daban veinte o treinta céntimos, y si al final sobraba pescado, un puñado de sardinas. En mi hogar constituía un acontecimiento el día que se podía encender el fuego y podíamos acompañar el mendrugo de pan con algo caliente.

A los siete años entré de aprendiz en un pequeño taller de pintura de automóviles. En esa fecha, 1914, dio comienzo mi vida de obrero. A los nueve años ingresaba en los grupos infantiles de la Juventud Socialista. Era un niño que pensaba como un joven.

No sabía leer ni escribir. No tenía ni idea de lo que era socialismo, pero me entusiasmaban los discursos de Indalecio Prieto, Oscar Pérez Solís y Facundo Perezagua. Aquellos hombres hablaban de que los socialistas luchaban porque en cada casa de obrero hubiera pan y carbón. ¿No era aquél mi «caso»? Pues mi puesto estaba junto a todos los que no estaban conformes con que las familias de los

pobres vivieran una existencia tan desesperadamente miserable como la mía. Yo sería socialista.

En este tiempo, 1917, se produjo un acontecimiento de gigantesca repercusión social y política: la revolución rusa. Como un airón de victoria las banderas de los bolcheviques agitaban el artículo 18 de su Constitución, que decía: «El que no trabaja no come»; «nada es de nadie y todo es de todos; ni pobres ni ricos; todos iguales».

No sabía quién era Lenin, pero le adoraba. No sabía quién era Trotsky, pero me entusiasmaban los relatos que le mostraban invencible al frente del Ejército Rojo batiendo a la soldadesca de la autocracia zarista. Hice de Rusia el símbolo de mi vida.

A los catorce años, aun prohibiéndolo las leyes de trabajo, era designado secretario del Sindicato de Constructores de Carruajes de Lujo de Bilbao. No era un adolescente, era ya un hombre, prematuramente un hombre. En este año de 1921 se producía la escisión en los viejos partidos socialdemócratas entre partidarios de la II y III Internacionales. Mi admiración por la Revolución Rusa me hacía ver como inmensa traición y como a traidores despreciables a cuantos pretendían oponerse a Lenin. Y formé junto a los primeros hombres que organizaron el movimiento comunista en España.

Comenzó una nueva vida para mí. La ausencia de una educación política nos llevó a odiar a nuestros camaradas de ayer, al punto de estimar como un gran acto revolucionario batirnos a tiros en las calles con los «social-reformistas», que rechazaban las 21 condiciones de Lenin. Fueron meses y años de sangre y de estupidez fratricida.

Vino después el golpe de Estado del general Primo de Rivera. La dictadura lanzó a nuestro joven partido a la clandestinidad. Comienzo a ingresar en las prisiones. De siete años que duró la dictadura pasé casi cinco entre muros y

rejas carcelarias. Las cárceles fueron mi escuela. Aprendí a leer y a escribir. Me desesperaba la conciencia de mi ignorancia. Mi afán de saber era infinito. Como era lógico, mi educación política fue unilateral. Todo cuanto no provenía de los clásicos del marxismo me parecía despreciable; cuanto se oponía a la revolución rusa se me hacía insufrible. Me formé en el más cerrado fanatismo.

Participé en el primer Comité de Juventudes Comunistas de Bilbao. En 1927 me designaron miembro del Comité Central de las mismas. En este año fui procesado por intento de rebelión contra la seguridad del Estado y permanecería encarcelado hasta la caída del dictador, a finales de 1930. Durante esa época fui nombrado representante de las juventudes ante el Comité Ejecutivo del Partido y poco después incorporado a la suprema dirección del comunismo en España, en calidad de miembro efectivo.

En 1931 el pueblo español derrumbaba la monarquía borbónica y proclamaba la República. De la acción en la clandestinidad pasé al contacto con las multitudes. Yo era uno de los oradores del Partido. En el verano de 1931 debí expatriarme a consecuencia de un hecho de sangre ocurrido en Bilbao entre socialistas y comunistas. La Unión Soviética me acogió y pasé un año estudiando en la Escuela Leninista de Moscú. Allí me enseñaron las primeras nociones metódicas y científicas de la interpretación estaliniana del marxismo-leninismo. Cuanto pude ver de la Unión Soviética me entusiasmaba. Lo bueno era bueno porque lo hacían los bolcheviques, y lo malo era malo por culpa del «cerco capitalista». Stalin, el «discípulo de Lenin», era mi dios.

Regresé a España en 1932 en calidad de miembro efectivo del Buró Político. Me destinaron a la secretaría de Agit-Prop, y me nombraron director del diario «Mundo Obrero», puesto que desempeñé hasta ser nombrado ministro al comienzo de la guerra, en 1936. Mi nombre y mi popularidad se abrieron rápidamente paso en los medios obreros y políticos del país.

Elegido diputado por Córdoba en febrero de 1936, pasé a ser, a los veintinueve años de edad, ministro de Instrucción Pública de la República.

Los siete años que median entre 1936 y 1943 están brevemente condensados en los acontecimientos que reseño en este libro. Fue preciso ponerme repetidamente en el yunque de mi propia patria para poder quebrar el acero de mi ciega fidelidad a Moscú. Fue necesario llegar por la acumulación de hechos a la convicción de la traición de Stalin para poder persuadirme de que la sumisión al Kremlin orilla a los hombres a la traición nacional.

Después de ser expulsado del P. C. de E. y de juzgárase en Moscú por «perro antisoviético» y «agente del imperialismo» Y «enemigo de la clase obrera», se abrió ante mi vida una nueva interrogación: ¿Qué es lo que ha muerto en mí, el fanatismo o los ideales?

Moría, sí, la fe en la gran mentira de Stalin, pero no podía morir mi ideal, porque en el mundo subsistían las mismas causas que varias décadas atrás me habían llevado a pisar los umbrales del Círculo Socialista de Bilbao. Mientras la injusticia social divide a la sociedad en explotados y explotadores, en ricos y en pobres, en hogares felices y hogares sin pan, las ideas socialistas no pueden morir. El sufrimiento y la miseria hacen a los hombres pensar en una vida más humana. Rusia es el fraude al ideal socialista, pero la grandeza de las aspiraciones a un mundo más equitativo y a unas relaciones sociales más justas están por encima de la accidentalidad de la interpretación de un fenómeno revolucionario. Yo seguía siendo socialista.

Mi «caso» era el reflejo del pensamiento de millones de hombres en el mundo que habiéndose entregado con todas las fibras de su ser a la causa que encarnaba la Revolución de Octubre en Rusia, habían de ir pedazo a pedazo desgarrándose en su fe hasta llegar a liberarse del gran mito

que representa esa revolución bajo la égida de Stalin. Ni yo era el primero ni sería el último. Millones de hombres cargados de historia y de amargura se han desgajado de la organización estalinista y miran hoy hacia sus propios países, buscando en ellos la raíz de una razón socialista con alma nacional, inspirada en las tradiciones, en la historia y en la economía de sus pueblos.

¿Puede dudarse de que si los disidentes polacos, rumanos, checoslovacos, húngaros, búlgaros y albaneses, y también los que existen en la misma Rusia, que han sido y siguen siendo tan bárbaramente «purgados», hubieran podido en sus propios países escribir con la libertad que lo hago yo en México, no se hubieran expresado en forma semejante a la mía, o de haber tenido libertad para optar no hubieran llevado a sus pueblos por el camino de Tito? Sin duda. Todos ellos son hombres de la vieja guardia, esa vieja guardia que Stalin ha liquidado en Rusia y que está exterminando en todos los países de la «Cortina. de Hierro», y en todos los Partidos Comunistas del mundo. Pero cada día son más los que se van que los que esperan ser «depurados». Es un proceso que se desarrolla sincronizado con la marcha política del Kremlin. Y ésta se desliza inconteniblemente por la pendiente del antisocialismo.

Pero ya no caminamos a ciegas. Un viejo proverbio latino dice que cuando está más oscuro es que va a amanecer. La noche de nuestra fe en Moscú ha pasado.

El autor



Jesús Hernández Tomás (Murcia, 1907 – Ciudad de México,

11 de enero de 1971) fue un político comunista español que llegó a ser Ministro de Educación y Ministro de Sanidad durante la Guerra Civil Española.

De pequeño se trasladó con su familia a Vizcaya, afiliándose a los 9 años a las Juventudes Socialistas (JSE). A los catorce años participó en la fundación del Partido Comunista de España, en el que fue uno de los militantes más activos del núcleo vizcaíno. A los quince era miembro de la escolta personal del secretario general del Partido, Óscar Pérez Solís. Al poco, participó en un atentado, frustrado, contra el dirigente socialista Indalecio Prieto.

En 1930 fue elegido miembro de Comité Central del PCE, razón por la cual en 1931 fue enviado a Moscú para completar su formación política, donde permaneció hasta 1933, año en el que participó en las reuniones de la Komintern. A su regreso a España fue nombrado miembro del Comité Ejecutivo del Partido. Desde 1936 se hizo cargo de la dirección del órgano del partido, *Mundo Obrero*.

En las elecciones generales españolas de 1936 fue elegido diputado por la provincia de Córdoba en las listas del Frente Popular. Durante la Guerra Civil fue uno de los ministros comunistas en los gobiernos de Largo Caballero y Negrín (Instrucción Pública y Bellas Artes). Siendo ministro en el gabinete Negrín, llevó a cabo una intensa campaña de prensa contra el entonces ministro de Defensa Nacional, Indalecio Prieto, usando el seudónimo de Juan Ventura, hasta que logró su cese (marzo de 1938), lo cual trajo aparejado también el suyo. Como ministro impulsó las denominadas Milicias de la Cultura —para la alfabetización de milicianos y soldados— y potenció el servicio radiofónico del Altavoz del Frente —dirigido a los combatientes combinando propaganda y entretenimiento. Posteriormente fue nombrado comisario político del ejército republicano de la zona Centro-Sur, siendo un ardiente defensor de la resistencia a ultranza.

Tras el golpe de estado de Casado fue de los contrarios a la rendición, permaneciendo en Valencia. Pese a la oposición de Palmiro Togliatti, con Pedro Checa y Jesús Larrañaga organizó la dirección del PCE que habría de pasar a la clandestinidad tras la victoria franquista. Finalmente logró salir del país, siendo uno de los últimos dirigentes del PCE en hacerlo.

En 1939 se exilió primero a Orán (Argelia) y después a la Unión Soviética, donde fue el representante del PCE en la Komintern y se preocupó por la precaria situación de los refugiados españoles. A la muerte del secretario general José Díaz se enfrentó con Dolores Ibárruri por el cargo, pero en 1943 fue enviado a México para intentar sacar de la prisión a Ramón Mercader, el asesino de León Trotski. En 1944 fue expulsado del partido bajo la acusación de llevar a cabo actividades antisoviéticas.

Expulsado del partido, intentó formar su grupo propio, el Movimiento Comunista de Oposición. Cuando Tito rompió con Stalin en 1948, Hernández se puso de su lado. En 1954 se trasladó a Belgrado y formó el Partido Nacional Comunista Español. Después fue nombrado asesor de la embajada yugoslava en México, donde trabajó hasta su muerte. Publicó una autobiografía en dos volúmenes en la que plasmaba sus divergencias y enfrentamientos con los dirigentes del PCE. *Yo fui un ministro de Stalin y En el país de la gran mentira* (1953).

Notas

(1) «Nuestra bandera». México, julio de 1940.

(2) No entra en el propósito de este libro estudiar la vida

interna ni los acontecimientos habidos en el interior del P. C. de España, a los cuales sólo nos referimos en cuanto tienen relación con la política de la Komintern y de Moscú. Por tal causa dejamos conscientemente a un lado, por hoy, lo que deberá ser objeto de otro detenido trabajo, en el cual pondremos al descubierto la podredumbre de los dirigentes Conminformistas y el fangal moral y político en que chapotea la actual dirección del P. C. de E., de esos ases del zig-zag, del vaivén, del hoy contigo y mañana contra ti, para buscarte más tarde y desdeñarte después, de los dirigentes de los elogios a Gil Robles, las endechas a los requetés y los suspiros a los espadones. En 1944 hubimos de decir públicamente, refiriéndonos a la actuación de la dirección del P. C. de E., que «con sus métodos de trabajo han logrado convertir la camaradería en desconfianza, la vigilancia política en soplonería, la disciplina consciente en temeroso acatamiento, la democracia interna en dictadura cuartelera, los activistas en sacaperras, los funcionarios en criados». Decíamos que «un desenfrenado terrorismo político agarrota la voluntad y libre iniciativa de los militantes. Discrepar, dudar o simplemente pedir aclaración a la política del Partido o a la conducta personal de los dirigentes es motivo de expulsión». ¿Qué no podemos añadir hoy? J. H.

(3) No han faltado comentaristas que han pretendido culpar a Inglaterra de la concertación del pacto germano-soviético, por la afrenta que representaba para el Kremlin el envío de un personaje de tan escaso relieve como Mr. Strang. No creemos en tales motivos, pues deduciríamos que los grandes problemas internacionales se resuelven por reacciones pasionales y no por calculadas y bien meditadas conveniencias, que nada tienen que ver con la mayor o menor representación de quien las trate.

(4) Al terminar la guerra, Stalin, en su discurso a los electores en 1946, calificaba de «definitiva e irrevocable» la guerra como una guerra que había sido «desde el principio

una guerra de liberación», una «guerra justa». El «genio» se quedó imperturbable y los P. C. del mundo se «tragaron» el papel de imbéciles que les asignó Stalin con su cínica confesión.

(5) Según datos oficiales soviéticos, el salario medio del obrero en la U. R. S. S. era en 1951 de 500 rublos al mes. Sin embargo, el salario más bajo de un obrero de la industria de la maquinaria era de 145 rublos, y el más bajo de un minero, de 260 rublos al mes. Los salarios de las autoridades burocráticas de la producción son incomparablemente más altos. El salario base de un director de empresa es de 2.500 rublos al mes, pero eso no es todo, ni mucho menos. Un director de empresa obtiene automáticamente, si ha ejecutado el plan mensual, una prima igual a su salario del mes, y de este modo sus ingresos se elevaban a 5.000 rublos. En la industria minera y en la metalúrgica, el director de la empresa obtiene un aumento de su salario del 25 por 100 cada vez que logra una disminución de los gastos de producción en un 1 por 100. La práctica demuestra que el salario del director aumenta de esta manera, una vez más, en un 100 por 100. Los burócratas dirigentes reciben, además, por la realización del plan anual, una recompensa igual a tres salarios mensuales. Por consiguiente, el salario mensual de un burócrata dirigente en la producción asciende normalmente de 8.000 a 10.000 rublos; es decir, 16 veces mayor que el salario medio de un obrero y 55 veces mayor que el salario obrero más bajo de la industria de maquinaria.

(6) Según declaración de Shvernick, jefe de los Sindicatos soviéticos, el 16 de abril de 1941 el 32 por 100 de los obreros eran incapaces de llenar la norma de producción asignada al rendimiento individual.

(7) El tipo medio de salario reconocido por Stalin en el XVIII Congreso del Partido Bolchevique, en marzo de 1939, era de trescientos rublos al mes. J.H.

(8) Decretos del 26 de junio y 24 de julio de 1940.

(9) Marineros del «Cabo San Agustín» pertenecientes a la Confederación Nacional del Trabajo (C. N. T.): Manuel Rodríguez Tejero, nacido en 1910 en El Ferrol; Juan Carrera Castillo, 1914, en Cartagena; Víctor Rodríguez Rango, 1916, en Avilés; Secundino Rodríguez de la Fuente; José Pérez Pérez, 1895, en Puebla del Caramiñal; Juan Gómez Marino, 1911, en Rivera; José García Santamaría, 16-1-1913, en Palmaire (La Coruña); Angel Castañeda Ochontado, 1909; Manuel Castañeda Ochontado (hermano del anterior), ambos de Cataira (Pontevedra); Antonio Leire Carpentí, 1912, en Puente deume (La Coruña); Ricardo Pérez Fernández, 1893, en Puebla del Caramiñal; Euricas Piñeiro Díaz, 1902, en El Ferrol; Francisco Ruiz García, 1903, en Vivero (Lugo); Francisco Llopis Crespo, 1899, en Barcelona; Juan Castro López, 1906, en Puebla del Caramiñal; Pascual Paster Justón, 1915, en Barcelona; Francisco Mercader Saavedra, 1916, en Alcantarilla (Murcia); José López González, 19-3-1916, en La Coruña; Francisco Alonso Martín, 1905, en Ampudia de Campos; Manuel Dávila Arias, 1900, en Puebla del Caramiñal; José Troche y Cándido Trigo.

Pertenecientes a la Unión General de Trabajadores (U. G. T.): Vicente García Martínez, 1893, en Puebla del Caramiñal; José García Gómez, 1911, en Palmaire (La Coruña); Ramón Santamaría García, 1916, en Pantaller Jobre; José Díaz Rivas, 1904, en Villa Juan (Pontevedra); Pedro Armento Gaco, 8-2-1912, en Puebla de Brollán; Avelino Acebal Pérez, 1894, en Veriña (Asturias); Ramón Sánchez Gómez, en San Fernando (Cádiz); José Polián Azaento, en Sestao (Vizcaya), y Manuel Jurado.

(Citado en el libro de José Antonio Rico, «En los dominios del Kremlin».)

(10) «El mito soviético ante la realidad», pág. 32.

(11) M. Malín, artículo publicado en el número 23 (6 de

junio de 1952) del periódico cominformista «Por una paz verdadera, por una democracia popular».

(12) Stalin se formuló esta pregunta: «En nuestro país han sido suprimidas ya las clases explotadoras; el socialismo está construido en lo fundamental; marchamos hacia el comunismo, y la doctrina marxista sobre el Estado nos dice que bajo el comunismo no debe existir ninguna clase de Estado. ¿Por qué, pues, no contribuimos a la extinción del Estado socialista?» Y contestaba: «Sería ridículo que los clásicos del marxismo nos suministrasen recetas para todos y cada uno de los problemas teóricos que pudieran surgir en cada país concreto a la vuelta de cincuenta o cien años... De donde se deduce que la fórmula general de Engels acerca de la suerte del Estado socialista no se puede aplicar sin más al caso especial y concreto del triunfo del socialismo en un solo país» (La Internacional Comunista, mayo de 1939).

La tesis de Stalin se apoyaba en la existencia del cerco capitalista. Después de la guerra el «cerco» de la Unión Soviética es de países socialistas. Y el Estado soviético se refuerza y fortalece. Los teóricos, a lo que se ve, siguen equivocados (J. H.)

(13) Arriesgada versión del autor, de la cual no se conocen pruebas.